

B

81358

BIBLIOTECA ESCOGIDA.

VOLUMEN IX.



BLANCA

NOVELA ORIGINAL

POR

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Segunda edicion.)

Patrocinio de Biedma y su obra

CADIZ: 1882.

—
TIPOGRAFÍA LA MERCANTIL

PLAZA GASPAR DEL PINO.

BLANCA

NOVELA ORIGINAL

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA.



A LA SRA. MARQUESA DE IZCAR.

*En prueba de sincera amistad y
gratitud por su cariño, dedica esta
sencilla obrita,*

La Autora.

CÁDIZ: 1882.

BLANCA.

CARTA PRIMERA.

Blanca de Osuna á Gloria G. de Guzman.

Vega de Granada, Abril, 186....

Recuerdo, Gloria mia, tu deseo de que te escriba mis impresiones, y empiezo á cumplirle con tanto mayor gusto cuanto más necesario es á mi corazon, que tú tan acostumbrada á leer en él sus sentimientos los analices.

Cuando al dejar el colegio hace un mes nos separamos en París, tú para casarte en Madrid y yo para venir con mis hermanos á esta preciosa quinta, temias que me fuese penosa esta soledad, pero tu cariño te engañaba.

La vida es aquí dulce é igual, pero no triste; como la Virginia de Saint-Pierre contaba las horas por la sombra de los ár-

boles y los años por sus frutos, yo podría contar los días que he pasado en este valle por las flores que he visto abrir sus capullos á la luz de estos jardines.

El paisaje que ofrece la vega es magnífico; alfombrado de flores y salpicado de blancas casas—conocidas aquí con el poético nombre de *Cármenes*,—que ocultas entre las ramas semejan palomas dormidas en nidos de laurel.

Mi alma parece despertar para sentir mil emociones nuevas al aspecto de esta naturaleza riquísima y agreste, de este cielo de purísimo azul; este espacio límpido y trasparente que se dilata hasta perderse en una franja de púrpura que limita el horizonte, cortado en parte por los picos de las montañas cubiertas de nieve, que refractan de una manera poderosa la luz del sol siempre radiante.

La ciudad de Boabdil se vé á lo léjos como una bandada de blancos cisnes ó semejante á una sultana que tiende su manto de flores miéntras besan sus piés las aperladas espumas del Darro y el Genil.

Ha dicho un escritor—Fernandez y Gonzalez—que Andalucía es el jardín del mundo, y Granada el eden de Andalucía.

¡Ay! á este eden sólo le falta para ser un cielo que tú estuvieses en él!

¡Cómo habias de gozar al admirar conmigo tanta belleza; al recorrer sus árabes palacios que parecen la realizacion del sueño de una hada; al aspirar sus brisas donde siempre suspira, uniéndose en una dulce armonía el eco débil de las hojas que agita el viento; al lento rumor de las corrientes y al tenue canto de las aves!...

No sé decirte cuánto me quieren mi hermana y su esposo; cómo adivinan mis deseos, cómo buscan todo lo que pueda complacerme.

¡Cuán buenos son y cuán felices!

María tiene treinta años, Manuel treinta y ocho, y la única tristeza que anubla el cielo de su dicha es que Dios no haya bendecido su union dándoles hijos.

Esta casa que es de forma moderna y muy bella, está adornada con un gusto exquisito aunque con sencillez.

Tiene á ambos lados dos torrecillas ó miradores góticos que forman por dentro un pequeño gabinete con una vista admirable.

Uno de ellos cerrado de cristales y tapizado de papel color rosa, ha sido desti-

nado para mí, y en él se ha colocado mi caballete, un velador con mis álbums, algunos libros, recado de escribir y pequeños divanes forrados de cretona.

Cuando sola en *mi nido*, como lo llama mi hermana, pinto ó leo viendo á lo lejos la vega iluminada del sol, me parece la realizacion de un sueño de cielo.

Muchas familias de Granada vienen á visitarnos, y aunque nuestro *Cármen* apenas dista 15 minutos de esta ciudad, María y yo vamos poco; Manuel vá algo más pues tiene allí muchos amigos que le acompañan en sus excursiones y cacerías.

Muchos de ellos vienen á buscarle aquí y hace algunos dias le presentaron á un jóven capitán de Artillería, que no sé por qué ha dejado una profunda impresion en mi alma, débil y vaga en un principio como la sombra que imprime el vuelo de una paloma, se hace más poderosa cada vez sin que yo pueda evitarlo.

Se llama Luis de la Roca; hacia cuatro años que estaba en Ultramar, y ha voido á recibir el último suspiro de su madre que hace dos meses murió en Málaga.

Tiene una figura muy distinguida; su conversacion agradable revela al hombre

de mundo, y tiene la delicadeza del talento realzada por su tacto social.

La primera vez que le ví apénas pude fijarme, pues acompañaba á Manuel á una cacería, y éste nos le presentó al partir, pero ayer ha vuelto y ha permanecido casi toda la tarde á nuestro lado.

Cuando llegaron leía yo la *Graciette* de Lamartine, sentada en un banco de piedra sombreado por lilas en flor.

La soledad que me cercaba, el penetrante perfume que aspiraba en el viento, la suave luz de aquella tarde serena en que el sol se apagaba, dejando en el espacio chispas de oro que flotaban en un vacío azul y transparente, la dulce tristeza de que están impregnadas aquellas páginas donde palpita el primer suspiro de un gran corazón, y que yo saboreaba con delicia identificándome con ellas, envolvían mi alma en un sentimiento que no puedo definirte, pero que me dominaba de una manera profunda.

Vino á despertarme de él la voz de mi hermana y su esposo, á los que acompañaban Luis y otro jóven que tal vez conozca tú; Antonio de Mendoza, hijo del conde del Valle que venia á despedirse pa-

ra Madrid, donde está su familia.

Volvimos á casa, y para llegar más pronto tomamos por un sendero estrecho que rodea el jardín; yo iba delante y tan distraída que la rama de una acacia cubierta de flor y un poco saliente, rozó en mis labios al pasar; la retuve un momento para aspirar su aroma y seguí: la alegre voz de María me hizo volver la cabeza y ví que Luis guardaba ligeramente en su pecho la ramita perfumada.

No sé por qué mi corazón se agitó violentamente, y algo de mi turbación debió pintarse en mi rostro porque Luis me miró de un modo singular.

El saloncito bajo donde descansamos tiene puerta al jardín y ventanas entoldadas de flores; allí está el piano que Manuel hizo traer de Francia para mí, y mis álbums de música.

Desearon oirme y toqué una balada de Beethoven, dulce y poética como la suave luz de la tarde.

Creo que logré imprimir á sus sonidos el sentimiento que se desbordaba en mi alma, porque al vibrar sus últimas notas todos estaban conmovidos.

Manuel me besó en la frente con esa

sencillez que forma la base de su carácter, y María se sonrió con placer al escuchar los aplausos que me dirigian.

Luis me miraba con éxtasis, y nunca olvidaré la expresion de sus grandes ojos negros que se fijaban en mí envolviéndome en una mirada húmeda, absorta, en que parecian unirse el rayo divino de la esperanza y el fulgor sombrío de la desesperacion.

Aquella mirada despertaba en mí distintas impresiones; halagaba y oprimia mi corazon y aún me agita su recuerdo.

He querido yo misma interrogar á mi corazon y saber por qué guarda el recuerdo de Luis, como si mi alma fuera un lago azul que sólo reflejase su imágen, pero mi corazon no sabe aún comprender sus sensaciones; en él luchan una luz y una sombra, como si fuesen la noche que acaba y la aurora que empieza.

Tú sabrás, Gloria mia, descifrar esta primera página grabada apénas en el blanco libro de mi alma, porque tu talento poderoso ha disipado siempre con su clara luz la sombra de mis impresiones.

Por esto no hay un instante en que tu recuerdo no acaricie mi pensamiento, que

vuela á tí con el anhelante afan con que vuela á su nido el pajarillo que por primera vez le abandonó.

¿Y tú eres feliz, Gloria mia, con tu esposo?....

Recuerdo que en la pension hablabas de Cárlos como de un hermano, y temo que este amor no baste á saciar tu corazon!

Te abraza tu amiga,

BLANCA.

CARTA SEGUNDA.

Luis de la Roca á Antonio Mendoza.

Granada, Abril, 186....

Tu ausencia, Antonio, deja á mi lado un vacío que cada vez se aumenta más.

Mi corazón había formado una grata costumbre de confiarte sus impresiones, y tu amistad alejaba de él las sombras, como aleja el viento de la mañana la bruma que envuelve las montañas.

Aquí estoy solo; cuando hace dos meses volví de América, la muerte de mi madre me hizo sentir tan intenso dolor, que me alejé de la sociedad, porque el que sufre necesita el aislamiento, pero á medida que cierra el tiempo las heridas del corazón— si bien dejando siempre hondas señales—

el pensamiento rechaza el vacío que es la nada, y el alma busca en nuevos sentimientos una segunda vida.

El poeta alemán Wolfgan Menzel, en una dulce y poética balada compara el amor á las rosas, que mueren y renacen; yo ampliaría esta bella imágen á todas las afecciones que siente el corazón; también en él se suceden ¡pero cuán distintas! Las primeras flores de la vida brotan con toda la savia loca de la juventud, con todo el calor del entusiasmo! ¡Cómo no han de ser bellas si las perfuma la esperanza y las esmalta la ilusión!

Pero ¡cuán fugaz es esa primavera! cuán pronto caen heladas por el desengaño, y cómo las que nacen luego brotan ya marchitas, sin vida y sin color!

Qué árida, qué triste queda el alma, cuando vé desaparecer todas sus esperanzas, todas sus ilusiones, heridas por el desencanto que encierra la realidad!

Yo, Antonio, vuelvo la vista á mi pasado, y apenas veo entre su sombra un recuerdo de consuelo que sea la estrella de tan oscura noche.

Cuántas flores puras he querido aspirar se han marchitado en mis manos; cuántos

rayos de luz he creído que alumbrarían mi camino, se han apagado al acercarme á ellos.

Siempre una sensación mezquina luchando con un sentimiento infinito; siempre el anhelo del alma dominado, empalidecido, encerrado en los estrechos límites sociales!

La felicidad se parece al reflejo ondulante que deja el sol sobre las aguas, su brillo atrae, y al acercarse para contemplarle mejor, nuestra misma sombra lo apaga!

¿Qué extraño es, pues, que el corazón cansado y sin poder saciar su ardiente sed, se oculte en el pecho para no sentir, como se oculta el ave herida en el nido para morir en él?....

Tú no comprendes hoy esta soledad moral que me rodea, este vacío insoportable que la vida abre á mi alrededor; tú guardas aún en el corazón todos tus sentimientos; cuando ese perfume celestial se halla eclipsado, no verás como ahora dilatarse ante tus ojos bañado en luz el horizonte de tu vida...

Yo veo el mío cerrado de oscuras nubes; sólo hay un pensamiento azul entre tanta

sombra, como si fuese una estrella para recordarme que hay cielo.

Sí, Antonio; del fondo de mi pensamiento y como para iluminarle, surge hoy la dulce imagen de una mujer.

No creas por esto que esté yo enamorado; adivino desde aquí tu sonrisa y contesto á ella.

El amor brota en el alma con el perfume de sus primeras flores; si esta esencia vuela á otro corazon que lo acoge, el amor crece como una nube de aroma celestial que envuelve dos almas; pero si este primer perfume se evapora y se pierde, el amor no se siente jamás.

Pero sin que sea amor, me inspira un sentimiento tan nuevo para mí que no lo sé definir.

Tú conoces á esta mujer.

Es Blanca, la hermana de la marquesa de la Vega, á cuya quinta te acompañé en tu despedida.

Antes de verla otra vez he querido analizar el sentimiento que me inspira, tan poderoso á la verdad, que mi razon es hoy débil dique para contener el torrente de mis ideas.

En vano quiero alejar su recuerdo de mi

pensamiento; su imágen aparece en el fondo de mi alma como iluminada por una luz celestial.

Victor Hugo ha dicho:—«Un ascua se cubre de ceniza, una estrella no.»—¿Será esta la blanca estrella que ha de iluminar las sombras de mi vida, y por eso lucho en vano por apagar su luz?..... ¿Cómo huiria yo de mí mismo para no verla, para no sentir la mirada de sus ojos negros, soñadores, que encierran toda la sombra de la noche y toda la luz de una aurora celestial? ¿Para no ver su frente altiva y pura, blanca como la primera luz del alba, orlada por sus magníficos cabellos negros que parecen el marco de ébano de un camefeo de marfil; su boquita que sonrie como un capullo de rosa que se entreabre, para dejar ver sus dientecitos como otras tantas perlas de rocío congeladas por la noche; la distincion de sus maneras, la sencilla elegancia de su traje de campo, sus piececitos de niña que parecen no poderla sostener, segun lo muelle y suave de sus movimientos, todo aparece ante mis ojos de una manera tan viva, tan exacta, tan embriagadora, que la vida entera me parece corta para contemplarla? ¿Será esa mu-

jer la que yo he buscado siempre, la que he soñado tanto?

¿Serán sus ojos, al encenderse en la llama del primer amor, los que me revelen esos misterios infinitos del alma, y será su voz, al vibrar bajo el sentimiento de la pasión, nuevo para ella, la que me descubra esos mundos desconocidos, que yo he visto dibujarse alguna vez en mi pensamiento con el mágico fulgor de la esperanza, y la que me haga aspirar en un oasis de gloria el primer aliento puro que dilate mi alma fatigada en el desierto del mundo?

Ah! qué locura!.... acaso al acercarme á ella la ilusión se deshaga, como esos preciosos reflejos que colora la luz á través del prisma de las brumas, pero en tanto, la veo como un iris celestial que disipa las dolorosas nubes de mi pasado.

Imposible!.... es un delirio irrealizable! ¡Cómo ha de poder el corazón de esa niña saciar la sed devoradora del mío!...

Ella, que acaso no haya oído nunca la palabra *amor*, que no sabe ninguno de los dolorosos misterios de la vida, cómo ha de poder sentir de la manera loca, delirante, infinita, que yo necesitaria en la

mujer que amara, para beber en el torrente de su pasión el olvido y la esperanza!

Quizá al verla, al leer en el fondo de su corazón de ángel, mis ilusiones vuelen para no volver, como se alejan para siempre del árbol tronchado por el huracán los pájaros que en él pusieron el nido de sus amores.

Qué triste desencanto si esto sucede!....

¡Y qué horrible sería también, con el corazón cansado y el alma dolorida, hallar ahora la mujer que hubiera sido en otro tiempo para mí el rayo de luz divina que habría guiado mi vida, como el dulce faro de un puerto celestial!

De todos modos, empieza para mí una lucha decisiva, y estoy solo; mi razón lucha con mi corazón, el recuerdo de mi pasado se alza como un sarcasmo frío de mis esperanzas del porvenir; quizá termine con esa muerte del alma que se llama olvido; quizá sea el naufragio en que pierda mi última esperanza!

Si estuvieras aquí me ayudarías con tus consejos: escíbeme, pues, porque mi imaginación es el caos donde sólo hay una estrella: Blanca.

LUIS.

CARTA TERCERA.

Gloria á Blanca.

Madrid, Mayo, 186...

Veó, mi querida niña, que tu carácter dulce y suave como el perfume de las violetas de los Alpes, imprime á cuanto te rodea esa belleza que brota en tu corazón y que te es tan propia como el fulgor á la estrella.

Tú, Blanca mía, eres uno de esos seres en los que brilla un reflejo divino; que son una sonrisa de la vida bajo una forma encantadora como el pedazo de espacio azul que se vé á través de las nubes, es una sonrisa del cielo.

Por eso no ves nunca sombra á tu alrededor, porque de tí misma parte la luz celeste que lo ilumina todo.

Tal vez esa soledad tranquila y plácida que tú me describes con tan bellos colores, sea hoy necesaria á tu alma no ménos que á tu desarrollo físico, pues si la soledad del aislamiento cuando se empieza á vivir es el abismo sombrío en que el corazón pierde sus alas y el alma su calor, la soledad dulce y grata de la meditacion, es el espacio brillante donde el pensamiento bebe su luz, cuando como en tí empieza á disiparse la blanca aurora de la niñez que acaba, ante el dorado sol de la juventud que empieza.

Tú, mi dulce niña, como todos los corazones grandes á los que parece que Dios deja aislados para hacer más notable su grandeza, tienes el deber de impulsar por tí misma las acciones de tu vida, tanto más, cuanto á los diez y seis años vives sin otra guía que tu talento, que tiene hoy esa vaga indecision de la llama que oscila en la mano de un niño, pero que brillará mañana en todo su purísimo esplendor.

Sin una madre delicada y tierna que cuide con su amor las primeras flores de tu corazón; sin un padre previsor y amante que trace ante tí la senda que debes seguir, tu pensamiento vacila ántes de tender su vue-

lo, como el pajarillo que mide con la mirada el espacio ántes de abandonar el nido.

Tu hermana es buena, dulce, angelical; pero su carácter risueño, ligero y casi frívolo, no es la sonda que puede llegar al fondo de tu corazón para buscar tus primeras impresiones ocultas en él, como las perlas en el mar.

Pídele consejo para un traje, para un prendido, para una joya; ella con su distinción suprema, con su elegancia incomparable sabrá elegir lo mejor, pero no le hables de las afecciones del corazón, porque no te comprenderá.

Estás, pues, sola, Blanca mía, al empezar tu vida; sola como la flor que crece en una roca sobre el mar; tal vez soy yo la única persona que comprenda el valor de tu alma, y aunque mi corazón te envía todo su cariño, como envía una estrella todos sus rayos al arroyo que la refleja, estoy tan lejos de tí, que mi voz llega á tu alma debilitada por la distancia.

A pesar de esto, deja, mi querida niña, que á través de las nieblas de oro de tu primer sueño, llegue á tu razón para disipar esa ligera sombra que han esparcido sobre ella tus primeras emociones.

No es la página primera de tu alma— como me dices en tu adorable candidez— la que pones ante mis ojos para que la descifre, sino la sombra de una ilusión que se cierne sobre tu pensamiento, como la bruma sobre los lagos.

El recuerdo que ese hombre ha impreso en tu corazón, se desvanecerá como esas franjas de rosa y oro que bordean el crepúsculo de la tarde.

A tu edad, Blanca, el corazón siente un exceso de vida que se revela en latidos, como en olas de fuego el volcán que estalla, como en guirnaldas de flores el árbol que renace, como en orlas de espuma el mar que se levanta.

Tal vez obedece á una causa material, ó es el esfuerzo del espíritu al desprenderse de las sombras que lo envuelven en la primera florescencia del pensamiento.

Sin embargo cuidarás mucho, querida niña mía, de no dejar grabarse esas impresiones en tu corazón, porque tú no verás nunca desvanecerse tus sentimientos como esas blancas nubes de la mañana que el viento disuelve en rocío, sino que tu primera afección llenará tu vida entera, porque tú no sabes olvidar.

Al despertar tu corazón—dormido hoy en tu pecho como en un nido de inocencia—busca en la razón, única base del mundo moral, tu apoyo y tu guía; no te dejes arrastrar del sentimiento, pues no debes olvidar que el arroyo besa á la flor sostenida en su tallo, pero que la deshoja si la lleva en sus ondas.

Tu corazón se abrirá al amor como un capullo al rocío: quiera Dios que el hombre á quien se consagre no deje evaporar su celestial esencia, sino que unida á la de su alma te ofrezca esa celeste nube que se llama amor, y que Víctor Hugo dice disuelve dos almas en un ángel!

De otro modo perderías tus ilusiones como se pierde en el desierto la semilla que lleva el viento de una flor.

Si soy yo feliz con Cárlos?

Sí, Blanca mía, muy feliz, no con esa felicidad suprema que tú sentirás si tus alas de ángel no caen abrasadas en el camino de tu vida, sino con esa dicha placida y tranquila que hace de la existencia una cadena de flores.

Cárlos me ama con ese amor en que entra por mucho la estimación, la confianza, y hasta diría la costumbre, y por nada la pasión.

Hemos crecido como hermanos, y nuestros corazones han cambiado sin esfuerzo este cariño por el de esposos encontrando en él la dicha.

Adios, mi querida Blanca; á pesar del poco valor que doy á tu primera emocion no estaré tranquila hasta que me escribas el estado de tu alma; no olvides que sólo una vez podemos elegir en la vida la senda que hemos de seguir. Te besa con el pensamiento tu amiga,

GLORIA.

CARTA CUARTA.

La Marquesa de la Vega á Isabel de Leon.

Vega de Granada, Mayo, 186...

Creerás tal vez, querida mia, que te he olvidado y te aseguro que no ha sido así, pues en este largo paréntesis de silencio, apénas ha pasado un momento sin que tu recuerdo me acompañe, y sin que vuele á tí mi corazon.

He estado muy ocupada en los dos últimos meses, y voy á decirte cuáles han sido mis ocupaciones para que me sirvan de disculpa, por no haberte escrito.

En Marzo cumplió mi hermana Blanca diez y seis años, y terminada ya su educacion fuí á París con mi esposo para sacarla del colegio y traerla conmigo, lo cual deseaba mucho, pues ella constituye mi

única familia, y es además para mí el recuerdo viviente de mis padres que tanto la querían.

Pensábamos volver á Madrid, pero Blanca, aunque desarrollada de una manera encantadora está delicada, y Manuel propuso pasar aquí la primavera para que el aire puro del campo robustezca á nuestra querida niña.

Tú no has visto á Blanca desde que tenía diez años, y no puedes imaginarte una figura más bella, más atractiva, más delicada y distinguida que la suya.

Es alta y sus formas que aún ostentan esa vaga indecision de la adolescencia, son suavemente mórbidas, modeladas de una manera bellísima; blanca como la diamela americana, su cútis como las hojas de esa flor, se colora con los reflejos del nácar á la más leve emocion.

Sus magníficos ojos negros brillan con una luz divina, que ocultan á veces sus largas pestañas, como oculta una nubecilla los rayos de una estrella.

Su cabello negro es largo y espléndido, y cuando siguiendo la moda inglesa lo deja suelto sobre su espalda, sus brillantes ondas la envuelven como un manto de terciopelo.

Sus mejillas, muy levemente rosadas, forman dos hoyuelos, á los que mi mamá llamaba el nido de sus besos. Su boca algo triste es encantadora, y cuando sonríe parece uno de los capullos de rosa que abren en las mañanas de Mayo.

Nada hay comparable al rayo de candor de su mirada y á la dulzura y bondad de su sonrisa.

Es imposible describírtela con todos sus encantos; cuando la veas comprenderás mi entusiasmo.

Estoy loca con mi querida niña, y deseando presentarla en el gran mundo y lucirla en mis salones.

Qué bonita estará mi Blanca vestida de gasa y encaje y entrelazados con perlas sus cabellos!

Cómo lo embellecerá todo con esa distincion que le es tan propia y que imprime á cada uno de sus movimientos una elegancia perfecta!

Yo espero que será muy admirada, porque á su belleza que es sublime, se une el encanto de una educacion esmerada, y de un talento superior.

Al terminar la primavera nos iremos á Baden, y luégo á Madrid, deteniéndonos ántes en París.

Nuestra vida aquí es muy sencilla; bajamos en carruaje á Granada algunas veces, y nos visitan, varias familias amigas. Blanca pasea con Manuel á caballo, yo no me atrevo á acompañarles porque estoy algo delicada y mi salud se resiente mucho con ese violento ejercicio, aunque me gusta, como sabes, la equitacion.

Esto es muy agradable; Blanca te haria de ello una poética descripcion; yo sólo te diré que la quinta está rodeada de jardines que la envuelven en nubes de aromas; que hay bonitas fuentes, floridos bosquecillos y muchos ruiseñores.

La casa, arreglada recientemente, es buena.

En el piso bajo hay á ambos lados dos saloncitos iguales, con puerta al jardin y perfumados siempre por las guirnaldas de flores que entoldan sus ventanas.

Uno de ellos lo ocupamos casi siempre Blanca y yo; allí está su piano, sus álbums de música, el velador con nuestras labores, libros y periódicos.

En el otro, destinado á Manuel, hay una mesa de billar, armas, cuadros de caza, libros, y una preciosa guitarra que Manuel toca con todo el estilo andaluz, ó

lo que es lo mismo, con toda la gracia del mundo.

En el piso principal tenemos un saloncito de recibir; á un lado las habitaciones de Blanca, compuestas de un dormitorio, un tocador y un gabinete de baño; al otro las de Manuel y mias, unidas entre sí por una puerta de escape.

En el segundo, destinado á los criados, están las escaleritas que conducen á dos miradores situados al Este y al Oeste y de una vista admirable.

El último, cerrado de cristales y decorado con gusto, forma un precioso gabinete que es donde mi hermana pinta, escribe ó lee, y al cual llamamos Manuel y yo *el nido de Blanca*.

A mí me cansa un poco la monótona igualdad de la vida del campo, pero los médicos la prescriben á mi Blanca, y luégo esta niña es como un rayo de sol que lo ilumina todo.

Sin ella, esta soledad seria insoportable; con ella, esta mansion es encantadora.

Cuando por la mañana la veo vagar por los jardines cogiendo flores, con las trenzas sueltas, las mejillas rosadas como la

dicha, y los ojos húmedos y brillantes, me parece la hada de la primavera imprimiendo á las flores perfume y color.

Cuando lee bajo un pabellon de floridas acacias que la acarician con sus guirnaldas; cuando iluminada por el sol que la envuelve como la aureola de un ángel pinta en la tarde abstraída y silenciosa, ó cuando toca el piano imprimiendo á sus sonidos el delicado sentimiento de su alma, nos encanta, y hace que lo olvidemos todo, dominados como por un poder misterioso, por la belleza que sabe imprimir á cuanto la rodea y que parece desprenderse de ella.

Manuel la quiere con delirio y la dá gusto en todo: ahora se ha empezado á hacer un pequeño oratorio que Blanca desea, y ella ha dibujado el plano de él; esta pequeña capilla llevará el nombre de la Virgen en la advocacion de su Concepcion Purísima, y aunque sencilla promete ser una obra artística.

Blanca tiene empezado ya el cuadro que ha de coronar el altar, y lo que de él lleva hecho es, segun las personas que le han visto, de mucho mérito.

Si tú no fueras tan bondadosa é indul-

gente, temeria que me llamaras egoísta, mi querida Isabel, porque apenas sé hablarte de otra cosa que de mi hermana; cuando la veas disculparás mi egoísmo y comprenderás mi entusiasmo.

Y tú, querida mía, no irás este año á las orillas del mar?

En Sevilla debe hacer ya un calor insostenible.

Si la delicada salud de tu mamá no le permite acompañarte ¿por qué no te vienes con tu hermano aquí y me acompañas á mí en la excursión veraniega, para que nada falte á mi dicha?

Si Pepe no podía continuar á tu lado toda la temporada, quedarias conmigo, y yo te llevaria luego á Sevilla.

¿Qué te parece este plan, Isabel mía?
Te espera deseando abrazarte tu amiga,

MARÍA.

CARTA QUINTA.

Antonio á Luis.

Córdoba, Mayo, 186...

Aquí he recibido tu carta que he leído con asombro, Luis; y con el interés afectuoso que me inspira todo lo tuyo.

A pesar de tus veinte y seis años, á pesar de la experiencia que crees tener del corazón y de tu larga vida moral, que tú aseguras ha gastado tus sentimientos, ¿no te conoces á tí mismo!

El hombre es siempre igual; aprende en la ciencia á analizar fibra por fibra el corazón; aprende en el mundo á conocer las sensaciones que se ocultan bajo bellas apariencias, y fuerte ya con su razón, cree medir con su mirada el abismo de la vida.

Sientes una emoción tan nueva que no

(3)

sabes comprenderla, y soberbio siempre, aseguras que no es amor.

Yo sé mucho ménos que tú de la vida; no tanto por tener seis años ménos, como por no haber sentido aún ninguna de esas violentas pasiones que tan triste huella imprimen en el alma, y sin embargo, al leer tu carta comprendí que sentias en esa emocion indecisa todavía, el primer estremecimiento de tu corazon al volver á la vida, para sentir con toda la grandeza de tu alma su único amor.

Yo no sé la historia de tu pasado: creo por lo que de tí he oido que hay en ella grandes dolores producidos por tristes desengaños; pero sea cual fuere, á tu edad los pesares se olvidan, y de esas ruinas del alma que se llaman recuerdos, brotan nuevas flores, siempre bellas, que perfuman la vida.

El dolor, por más que sea muy profundo, no arranca de una vez el sentimiento del corazon, tanto valdria arrancarlo á él mismo, sino que envolviéndolo en sombras, como el trozo de una bella estatua abandonada se envuelve en capas de polvo que ocultan su belleza, dominándole de una manera sombría, precisa y fatal, le

embota y adormece, dándole la apariencia de la muerte.

Pero un día el choque poderoso de una idea, la intensidad de otro dolor ó el timbre purísimo de una voz de ángel hacen despertar el corazón, y entónces su sentimiento es más grande, más candente, más poderoso, porque absorbe todo el calor, toda la savia de vida, comprimida en él por tanto tiempo. Tu corazón despierta, Luis; hé aquí todo.

Pero no comprendo—y de ahí mi asombro—que luches con ese sentimiento naciente, cuando la corriente de pasión que te impulsa te lleva á la felicidad.

Blanca es una niña bellísima, tierna, dulce, apasionada; te amaré de esa manera exclusiva y eterna que tú necesitas, porque tu voz al iniciarla en los misterios del amor se lo hará conocer intenso, grande y único, tal como lo sueña tu alma.

Yo comprendería tu dolorosa lucha cuando la mujer que la inspirara fuera indigna de tí; pero Blanca pertenece á una familia distinguida, no tiene padres, y es por esto dueña de sí misma, pues sus hermanos la quieren mucho para contrariarla; es un ángel de bondad y tiene el ta-

lento tan necesario para embellecer la atmósfera prosáica que se respira en el hogar, donde ella brillará como una estrella de la vida.

Comprenderia tambien esa lucha si ella no te amase, si amara á otro hombre; pero Blanca no ha amado jamás, y en la mirada involuntariamente abstraída que te dirige, pude yo leer sin equivocarme la primera palabra de su historia de amor.

Es, pues, una bella flor que tienes al alcance de tu mano; nada te impide cogerla para que perfume el ambiente que respiras, impregnándolo en esa purísima esencia que se desprende de la mujer bella, pura y amada.

«Una vírgen—dice Víctor Hugo—es una cubierta de ángel;» sea este ángel, Luis, el que te lleve asido de la mano á este oasis de gloria que pocos encuentran en el desierto del mundo.

Pero acaso yo me engaño al juzgar por tu carta el estado de tu alma; quizá sea una fascinacion pasajera lo que yo juzgo una pasion naciente, y entónces seria cruel despertar el corazon puro de esa niña, para hacerla sentir el primer dolor unido á la primera emocion.

Tú, que tienes talento y corazón, no puedes, no debes arrancar las primeras ilusiones de un alma virginal para que vuelen perdidas como secas hojas de flores marchitas.

Tú, ántes de encender en su corazón inocente la llama del primer amor, tan pura y tan radiante si arde en un espacio sereno, tan devoradora si se la comprime, debes analizar el sentimiento que te inspira, para tener la seguridad de ofrecerle en él la dicha.

Los hombres que como tú van buscando imposibles sobre la tierra, creen á veces haber hallado la realización de sus deseos, el ideal de sus sueños; pero ¡ay! cuando han levantado un altar en su corazón para el ídolo imaginario, éste cae envuelto en un vulgar desengaño, porque ese eden está sobre una nube que el menor viento deshace.

Tal vez Blanca te inspira esa atracción de lo desconocido, ese anhelo que las imaginaciones ardientes y soñadoras como la tuya sienten hácia lo que ven léjos, ó acaso es sólo la ardiente sed de emociones nuevas que en tí forman una segunda vida.

De todos modos, Luis, tú no puedes comprometer con un paso impensado su porvenir que hoy parece que tienes en tus manos; tú no puedes arrojar sobre la blanca alborada de su risueña vida la oscura noche de la desesperación.

Piensa bien que hoy te olvidará, porque su alma envuelta en los nevados velos del candor, no refleja aún las impresiones de su pensamiento, pero no así si tu voz al hablarla de amor infiltrara á través de ellos el rayo de tu alma para que su reflejo no se apague jamás, porque las mujeres como Blanca no saben olvidar.

Quizá te parezca extraño que yo te hable así; dispénsame si este lenguaje no te agrada, porque mi pluma traslade al papel mis ideas tal como ellas brotan, y sin que mi razón se las explique.

Además me inspira un gran interés cuanto se refiere á la felicidad de esa niña, sin que yo sepa la causa.

Tal vez porque es hija de una familia amiga de la mía acaso el encanto que de ella se desprende, pero yo quisiera ser su hermano para tener el derecho de velar por ella, de alfombrar de flores la senda de su vida, de protegerla y de ampararla.

Yo la amo como un sér superior, y al rededor de su frente pura y tranquila creo que se ciñe invisible una sombra de dolores que pudiera trasformarse en la densa aureola del martirio.

Ah! Luis, no seas tú quien haga derramar las primeras lágrimas á aquellos ojos tan bellos, donde parece que anida toda la luz! Tienes razon al asegurar que no he amado nunca, pero sin haberlo sentido comprendo el amor en su acepcion más infinita, más pura, más grande.

Yo tengo una madre hermosa, dulce y buena; ella ha formado mi corazon y le ha trasmitido el sentimiento del suyo; en mi madre he estudiado á la mujer y la he visto tan noble, tan digna, tan grande en su sencillez, que la profeso un culto apasionado unido á un tierno respeto.

Acaso pase mi vida sin sentir otro amor que el que siento por mi madre; pero si algun dia una ráfaga de pasion llena mi alma, yo entregaré á la mujer que la inspire con mi fé de niño todas mis ilusiones y todas mis esperanzas.

Espero tu carta con ansiedad; quiera Dios que ella me traiga la seguridad de tu dicha!

ANTONIO.

CARTA SEXTA.

Blanca á Gloria.

Vega de Granada, Mayo 186...

¡Cuán buena eres para mí, Gloria mia!
¡Cuánta ternura me revela tu carta, y cómo halaga mi corazón el dulce y fraternal cariño que en ella me manifiestas!

Gracias, Gloria de mi alma, gracias por los benévolos consejos que me envías y por el interés que mi porvenir te inspira.

Mil veces he leído tu carta, y siempre en tus palabras dulcemente graves al par que cariñosas, creía oír la voz de mi santa madre que desde el cielo se dejaba oír en mi corazón.

Apénas sé cómo empezar á confiarte mis impresiones: tantas son, tan nuevas y tan grandes, que se agolpan en tropel á

mi pensamiento, y mi pluma no puede coordinarlas.

Si tú estuvieses á mi lado, Gloria mia, sabrias dar un nombre á este anhelo que mi corazon siente, á este afan que me agita.

Tu carta me ha hecho meditar mucho, y he comprendido que este afecto naciente no se desvanece porque pasen sobre él algunos dias, como se desvanece la espuma si pasan sobre ella algunas olas, sino que se arraiga en mi corazon como la yerba marina en la arena de la playa.

He querido siguiendo tus consejos, que mi corazon llegue al fondo de mi alma y busque mis emociones que se agitan en ella de una manera poderosa, para analizarlas en su esencia: pero ¡ay! la razon es un dique muy débil, un cáuce muy mezquino para contener ni encerrar el torrente de sentimiento que se desborda inundando los sentidos.

En vano he interrogado á mi corazon; en vano he querido seguir el vuelo de mi pensamiento; mi corazon no responde; mi pensamiento no razona; como si hubieran arrojado sobre él un torbellino de nubes entre las cuales sólo hubiera una estrella,

no vé, no siente más que su luz, pero tan grande que se pierde en lo infinito; tan pura, que basta á iluminar mi vida.

Lo que tú creias una emocion pasajera, un exceso de vida en el corazon, era el primer reflejo de un sol de gloria que el soplo de Dios hacia nacer en el horizonte de mi vida.

Era como un presentimiento del amor iniciado por una sensacion purísima que dilatava mi alma en una atmósfera de cielo, como una voz misteriosa que revelaba á mi pensamiento inefables misterios.

Cuando hace un mes te escribí, no te engañaste al decir que mi corazon dormia; hoy despierta para sentir un delirio que lo engrandece y eleva.

¡Qué bella es hoy la vida para mí!...

¡Cuánta luz en el cielo, cuánta armonía en el viento, cuánto perfume en las flores!...

¿Por qué ántes no habré yo encontrado tanto encanto en todo lo que me rodea?

¿Será que, como dice Lamartine, el espectáculo está en el espectador, ó que como asegura Castelar, el alma se identifica con los lugares donde ha sentido la santa influencia del amor y la felicidad?

¿Es que estas flores salpicadas de rocío,

estas brisas impregnadas de perfumes, estos ecos tan tenues como suspiros de amor imprimen á mi alma su poderoso encanto, ó es que mi alma los vé á través del prisma de su dicha y les trasmite su belleza?

Esto debe ser, porque como dice Campoamor, la calma y la alegría

No van desde el mundo al alma,
sino desde el alma al mundo.

Mi alma es, pues, la que siente brotar sus emociones como rayos de luz que forman el foco celestial que hoy me envuelve.

Mi alma es la que disuelve sus aspiraciones en perfumes que me embriagan.

Mi alma la que transforma sus deseos en ideales armonías, que me acarician sin cesar!

Olvidar!... dices bien, yo no podré olvidar. ¿Qué es la vida entera ante la inmensidad de un sentimiento tan grande?

Una onda de incienso ante el altar de lo infinito, una flor que ántes de marchitarse ha enviado al cielo todo su perfume.

Ay! perdóname, Gloria mia, si al escribir mis ideas con el mismo desórden con que las siento brotar te causo extrañeza!

Te estoy hablando de los efectos de una causa que no conoces, aunque tal vez la adivinas.

Cuando al hablarte de mis impresiones te pedía que descifrases la primera página del libro de mi vida, no comprendía yo que el amor es la única clave de los misterios que en cifras de duda se graban en el corazón.

La voz de Luis les ha dado forma, porque su voz más que la armonía es la luz.

Su sonido vibra en mi corazón sin apagarse, y sus ecos parecen repetir mis pensamientos, para los que yo no encontraba palabras.

Todas las tardes las pasa Luis á nuestro lado; juntos vemos apagarse el sol entre nubes de nácar y brillar pálida la luz de la primera estrella; juntos oímos ese murmurio de la sombra que parece el rumor de un manto que se extiende; juntos aspiramos el primer hálito de la noche.

No extrañes, pues, que llame horas de cielo á esas horas que hacían llorar á Byron y que son las más bellas de mi vida.

Hay, sin embargo, en ellas algunas nubes muy leves, pero que hacen palidecer algún tanto la luz que las ilumina.

Estas nubes son un misterio que no

puedo desvanecer, y que no sé por qué hiela mi corazón.

Luis me ama, sí, no tengo duda de ello, pero yo miro á veces contraerse su frente como si la surcára un pensamiento doloroso; miro arder en sus ojos, que fijan en mí una mirada tan poderosa, como un rayo de desesperacion profunda, de dolor inmenso!

¿Qué tendrá? ¿Por qué esa nube de pena cuando todo nos sonríe?

A veces creo que me ha revelado su amor como impulsado por una fuerza superior á su voluntad.

Desde que te escribí le veía todas las tardes; siempre disculpaba su presencia, una vez cruzaba la vega cazando, otras paseaba á caballo, otras en fin buscaba á Manuel; yo leía en sus ojos que venía por mí, pero nada me decían sus labios.

Un día estaba yo más triste que de costumbre, y Manuel deseando distraerme me propuso un paseo á caballo.

Acepté, y mientras era hora de vestirme subí al pequeño gabinete de que ya te he hablado á pintar en mi cuadro y á soñar con mis delirios.

Apénas habia dado algunas pinceladas,

y sin sentir ántes sus pasos, tan abstraída estaba, cuando oí la voz de Manuel que me pedia permiso para entrar.

Creí que vendria á recordarme el paseo, y mi turbacion fué indecible al ver que Luis le acompañaba.

—Dispénsame, Blanca, me dijo Manuel sonriendo, si me permito dar á conocer tu nido; pero Luis, á quien he hablado de tu cuadro, deseaba verlo.

Luis se disculpó con algunas frases galantes y se adelantó con ánsia á contemplar mi cuadro.

Es la imágen de la Vírgen en su advocacion más bella, en la de su Concepcion Purísima, y está ya casi terminado.

Luis le miraba en silencio con esa atencion profunda y sostenida del artista, y en sus ojos se pintaba la admiracion.

Un rayo de sol, pasando á traves de los diáfanos cristales del mirador, iluminaba la imágen celestial soñada por mí y á que mi pincel ha dado forma, y aquella luz que parecia brotar de ella misma le prestaba una belleza celestial.

—Ah!—decia Luis, como hablando consigo mismo—qué correccion de dibujo, qué

suavidad de colorido, qué dulzura de contornos, qué ambiente, qué contraste de claro y oscuro, cuánta belleza!

—¿Es verdad qué vale mucho? le preguntó Manuel.

—Es una obra de genio, de ese genio que es un reflejo de Dios, dijo Luis con acento conmovido y tembloroso.

Yo le dí las gracias con voz débil, y Manuel puso fin á aquella escena recordándome que era ya tiempo de irme á vestir y que Luis nos acompañaría en nuestro paseo.

Cómo te he de decir yo todas las emociones de aquella tarde, si son más numerosas y distintas que las flores que esmaltaban el camino!

Sólo te hablaré de un suceso que dejó una honda huella en mi alma, porque es de esos que deciden del porvenir.

En Granada y sus alrededores no hay nada árido ni triste; siempre aromas, bosques y arroyos que reflejan su purísimo cielo.

La senda que seguíamos ostentaba toda la belleza de esta vegetacion jigante, y la contemplábamos silenciosos aunque quizá cada uno estaba dominado por distintas impresiones.

—Qué hermoso es esto,—dijo Manuel de pronto,—¿por qué no tomas un galope, Blanca?

Yo agité en silencio mi látigo, y mi caballo que es magnífico partió á escape á través de algunos árboles que crecían en medio del sendero.

Manuel y Luis me siguieron, pero de repente Manuel detuvo su caballo, sin que nosotros lo notáramos en medio de nuestra distracción.

En una de las vueltas del camino, y hácia el lado en que iba yo, había un inmenso tronco tendido; cuando le vimos estaba casi delante de mi caballo que seguía al galope.

—Ah! cuidado! me gritó Luis....

Pero ya no era tiempo: yo había avivado la carrera de mi caballo con un latigazo, y saltó de una brava manera el tronco abandonado.

Entonces me apercibí de que Manuel no venía y me detuve en medio del camino.

Luis excesivamente pálido y conmovido se detuvo junto á mí, y con una voz que temblaba y en la cual vibraban cien emociones distintas, me dijo:

—Ah! he sentido miedo por la primera vez en mi vida!

—Por qué? le pregunté yo sin pensar lo que decia.

—Porque la amo, Blanca, me dijo con una vez tan trémula como si le asustara el eco de sus mismas palabras; y luégo mirándome de una manera ansiosa y con un afan infinito me preguntó: ¿me amaré Vd?

—Sí! le contesté, más bien con el alma que con los labios, porque en aquel momento no sabia si existia, y de mi corazon que se agitaba violentamente se escapaba la vida.

Pero Luis si no oyó adivinó mi respuesta, porque sus ojos brillaron con una alegría tan inmensa, que yo cerré los míos no pudiendo resistir el fulgor de su mirada.

Todo esto pasó en muy breves instantes: cuando abrí los ojos, Manuel venia ya por el camino con algunas flores en la mano.

—Toma, Blanca, me dijo ofreciéndome el pequeño ramo; las ví tan bonitas que no pude resistir al deseo de cojerlas para tí.

Yo sujeté el ramito en mi pecho, y volví el caballo para tomar la senda que conduce á la quinta.

Al llegar á ella, y cuando me bajé rápidamente porque necesitaba la soledad y la calma para darme cuenta de las emociones que sentia, ví que Luis aspiraba con delicia el ramillete, desprendido de mi pecho.

—Ah! dije yo como quien despierta de un sueño, porque aquella accion me lo reveló todo, y el recuerdo de lo que momentos ántes habia sucedido volvió á agitar mi corazon.

Luis creyó que aquella exclamacion le interrogaba, y acercándose á mí como para despedirse me dijo con voz contenida:

—La acacia está ya marchita, y además estas flores simbolizan el recuerdo más grato de mi vida....

Desde entónces, Gloria, lo veo todos los dias, y aunque no he vuelto á oírle una palabra de amor, sus ojos hablan á mi alma un lenguaje divino; su voz levanta en tropel los sentimientos de mi corazon, como levanta el Simoun la arena del desierto.

Cuando me oye tocar una sonata ó

leer una poesía; cuando admira entusiasmado mi cuadro, me revela un amor tal que mi corazón siente orgullo de inspirarlo.

Pero luego su frente se contrae, su mirada se hace sombría, y mi corazón se llena de lágrimas porque ese misterio pesa sobre él.

Adios, Gloria mía; al leer esta carta puedes decir que lees en mi corazón, porque en ella he vaciado todas sus emociones sin que la forma las modifique ó embellezca.

Que tu voz me guíe como siempre te pido en un beso tu amiga,

BLANCA.

CARTA SETIMA.

El Marqués de la Vega á Cárlos de Guzman.

Vega de Granada, Mayo, 186....

Si yo no tuviese tanta confianza en tu amistad, temeria que dudases de la mia al ver que no te he escrito ni áun para felicitarte por tu casamiento con tu linda prima.

No me disculpo porque supongo que tu cariño lo habrá hecho ya; sólo te diré que esta agradable vida de campo ocupa todo mi tiempo.

Sé que has dejado la carrera de marina, que vives en Madrid y que Gloria es para tí la realizacion de su nombre.

Pobre Cárlos! casado al fin!.... ya ves, chico, cómo no vale ser práctico....

No se puede resistir la ola que nos im-

pulsa; la barca encalla en el escollo «matrimonio» y.... ¡hombre al agua!

Qué se han hecho tus magníficas teorías de libertad?...

Bah! el marino experimentado ha perdido la brújula con la primera ráfaga de borrasca.... y gracias al cielo que en tu naufragio te depara una *Gloria!*...

La verdad, Cárlos, confiesa que el hombre no puede vivir solo, que el vacío le ahoga; que la mujer es necesaria para embellecer la vida, porque como dice Schiller, «ellas siembran de rosas celestes nuestro camino, forman los afortunados lazos del amor, y bajo el púdico velo de sus gracias riegan con mano sagrada la flor inmortal de los nobles sentimientos.»

Confíesate vencido; reconoce el poder invencible del amor cuando se anida en unos ojos hechiceros, y en premio de tu arrepentimiento olvidaré tus pasados errores, de los cuales podía tomar ahora una agradable venganza.

Si no te creyese reconciliado ya por la influencia poderosa del amor con la dulce mitad de nuestro sér, te invitaria á pasar algunos dias en esta soledad para que com-

prendieses el valor de la mujer.

Hay aquí una niña, hermana de María y compañera de colegio de tu esposa, á la que profesa una tierna amistad, que es una ilusion realizada.

Con decirte que es andaluza te digo lo bonita que es.

Las andaluzas son un compuesto de sal, de gracia y de fuego; son las mujeres de que decia Byron «con sólo verlas andar palpita el corazon; no pueden compararse con nada del mundo, porque no hay nada que se les parezca; ¡cuánto hechizo en aquel elegante ademan que suelta ó recoge la mantilla, miéntras una mirada irresistible os hace palidecer y penetra hasta el fondo de vuestro corazon!...»

Mi Blanca es la andaluza más bella que ha cobijado el cielo azul de Sevilla.

Su educacion parisiense no ha evaporado en ella su gracia natural, sino que la ha prestado nuevos encantos, á la manera que un hermoso diamante adquiere al labrarlo más bellas luces.

Su voz es una armonía, su sourisa parece el centelleo de una estrella; su talento subyuga, y un no sé qué misterioso que se desprende de ella fascina dulcemente el corazon.

Creo que si la alegría tomase una forma se parecería á esta niña; es tan linda, tan delicada, como si una de las gracias hubiese robado sus alas á un ángel para envolverse en ellas, y se hubiera dejado animar por el soplo de la vida.

Aquí todos sienten hácia Blanca una dulce simpatía; yo la quiero como si fuera mi hija.

Es verdad que poco despues de mi casamiento murió su madre, y desde entónces—que era una niña—yo he cuidado de su educacion y de su porvenir.

Algunas veces me pregunto al mirarla si al avanzar en el camino de su vida hallará en él las flores que brotan con la dicha, ó la aridez sombría de los pesares.

Me hace pensar en esto el verla hace algunos dias preocupada y triste; acaso no sea más que esa melancolía tan natural á su edad y que parece la primera sombra de la vida, pero yo creo que la produce la impresion que ha hecho en su ánimo un jóven que ha conocido en Granada, y que es lo más simpático y atractivo que te puedes imaginar.

El parece que tambien se siente fascinado ante esta niña, á pesar de ser hom-

bre de mundo, y la asiduidad de sus visitas me hace creer que está enamorado de Blanca.

Este jóven, hijo de una familia distinguida de Málaga, es capitán de artillería, estaba en la Habana y ha venido con un año de licencia para asistir á su madre en la enfermedad que la produjo la muerte, y me inquieta la idea de que una vez casado con Blanca la llevase allá.

Quizá sea equivocacion mia, y me alegraré mucho, porque no quisiera que Blanca se separase tan jóven de mi lado.

Por lo demás, él es quizá el único que pudiera merecerla.

Luis de la Roca—así se llama—es un jóven altamente distinguido, de palabra insinuante y graciosa, de gran talento y sólida instruccion; su figura no puede ser más notable.

Alto, elegante, su frente ancha es altiva, sus ojos negros y brillantes sombreados por negras y finas cejas, parece que preguntan siempre; tan acariciadora es la expresion de su mirada.

Su tez tiene ese ligero tinte moreno que imprime el sol de los trópicos; su cabello negro y rizado como su barba, contrasta

con su palidez suave y nerviosa, y la dulzura de su sonrisa.

Tiene en fin ese *no sé qué* á que llama Balzac un compuesto de talento, buen gusto y deseo de agradar.

Si Blanca le ama, no será contrariada porque *su alma es delicada como el cristal, y un soplo la empañaría, un choque la dejaría rota* para siempre. Fernan Caballero dice bien; estas almas de ángeles apenas tienen otro destino que llorar.

Poco puedo contarte, porque apenas voy á Granada; que cazo mucho, que paseo á caballo, y que oigo algunas veces—siempre con gusto—cantar unas malagueñas ó una *soledad* á la gente *flamenca* de Granada, tan bien cantadas por lo ménos como las que oíamos en Cádiz en Puerta de Tierra, en donde una morena que parecia haber aspirado toda la sal de los mares, cantaba entusiasmándonos, y como arrullada por el rumor de las olas, aquel cantar tan andaluz:

Dicen que antes eran *dulces*
toas las aguas del mar;
 pero escupió mi *chiquiyo*....
 ¡y se *vorvieron salás!*....

Ya ves, Carlos, si tengo memoria. Y eso que podria ya cantar con Espronceda:

¡Porqué volveis á la memoria mia
Tristes recuerdos del placer perdido!

.

La inglesa Mistriss Trollope ha dicho —y debia entenderlo— que los recuerdos del pasado sólo sirven para acibarar los goces del presente: olvidemos, pues, y dejemos el pasado á los historiadores.

Dicen per aquí que tu mujer es muy bonita: ¿es esto verdad? me alegraré para que ello te disculpe de haber abdicado voluntariamente tus ideas.

MANUEL.

CARTA OCTAVA.

Luis á Antonio.

Granada, Junio 186....

Tienes razon, Antonio: el hombre no se conoce á sí mismo. «El que bien se conozca conocerá á Dios»—dice Vander-Haegen —y esto no le es posible á la pobre inteligencia humana, pues si *el árbol de la ciencia lleva aún su fruto vedado*, segun De Levis, el árbol del corazon le llevará siempre, porque las afecciones que brotan en él son siempre nuevas, y no puede la razon, gastada con el roce continuo de la vida, analizarlas.

Héme aquí, pues, creyendo haber sentido todos los dolores, causado de una existencia tan vacía de sensaciones puras, y sintiendo mi corazon abrumado por los recuerdos que pesan sobre él; héme aquí,

dominado por el vértigo candente de un nuevo delirio, más grande, más invencible, más insensato, que todos los que han agitado mi alma, puesto que brotan en ella á despecho de mi razon que en vano pretende resistir su impulso.

Al citarme á Víctor Hugo me recuerdas que él dice que «hay voluntades misteriosas por encima de nosotros:» es verdad: yo siento esa atraccion que me arrastra, y contra la cual mi voluntad es impotente; ¿de dónde parte ese iman misterioso y fuerte, esa fuerza desconocida que vence siempre?

La razon no lo sabe: vencida en su lucha se doblega herida, como se replegaba para morir el gladiador romano.

Yo creia extinguido para siempre el sentimiento de mi corazon; ¡ay! no lo estaba! como bajo los témpanos polares se extienden muertas las olas del mar, hasta que deshecho el hielo vuelven á agitarse murmurantes, bajo los pesares que me han oprimido se extinguian mis sensaciones, hasta que desvanecidos ante una emocion poderosa, vuelven á aparecer más grandes que nunca, y como si en un solo sentimiento se concentraran todas las fuerzas de mi sér.

Me parece un sueño que me domina envolviéndome en un extraño delirio lo que me sucede.

Amo á Blanca, sí, con ese amor que sólo se siente una vez en la vida, y para el que es pequeña el alma.

La amo no sé decirte cómo.

Figúrate lo que sentiria el que perdido en el polo bajo la sombra de su inmensa noche, viera de pronto aparecer el sol envolviendo en un manto de luz sus montañas de nieve; piensa en la dicha del que en medio del desierto de arena que se agita al soplo terrible del Simoum, halla el oasis donde las palmas le ofrecen fresca sombra; comprende lo que es para el náufrago la débil tabla que le sostiene en la vida, y tendrás una idea, aunque no exacta, de lo que esta niña es para mí.

A su lado lo olvido todo: sólo siento el éxtasis que deben sentir los ángeles ante Dios.

Cuando su boca dulcemente triste me sonrie; cuando su mirada me acaricia para que mi vida empiece en aquel momento; que el movimiento de mi corazon es nuevo como sus sentimientos; mi pasado desaparece como si hubiera sido un cuadro

cuyas tintas hubieran sido borradas por el soplo de un ángel.

Entónces parece que vivo en su vida, y ante la subyugacion completa de mi sér moral, se apaga esta tempestad de duda que luégo me envuelve, y ansío no sé qué delirio que me vuelve loco.

Pero despues que la fascinacion que su vista ejerce sobre mí cesa, vuelve á levantarse en mi corazon la lucha, más dolorosa, más terrible que nunca, y apuro la hiel de una amargura infinita.

Yo debia huir, yo debia alejarme para siempre, pero no puedo; ¡cuán pequeña es la voluntad del hombre!

La voluntad, como el tiempo, arrasa lo que es débil, y pasa humilde respetando lo que es grande.

Mi voluntad se estrella impotente contra mi amor, como los siglos ante las moles de granito que en forma de pirámides erigieron en Egipto los Faraones.

Hay además otra fuerza que me atrae, más poderosa quizá que la que nace de mi corazon.

Blanca me ama: ¿comprendes tú lo que es el amor de la mujer querida?

Es el ángel que entreabre la puerta del

paraíso; el rayo divino que partiendo de mi alma refleja en otra para envolverlas en la misma atmósfera de gloria.

En uno de esos momentos de olvido y desvarío que siento junto á ella, sin darme yo cuenta de lo que decía porque mi razón estaba dominada, la he dicho que la amo, y la he preguntado si me amaba.

Si Blanca hubiera sido una mujer vulgar, lo excéntrico, lo inconveniente de mi declaración la hubiese extrañado y quizá alejado de mí; pero Blanca es un sér superior; su talento poderoso leyó en mi alma, y comprendió que muy grande, muy excepcional debía ser su sentimiento, cuando no buscaba el cáuce suave de la forma y se desbordaba con la impetuosidad del torrente.

La ví no turbarse, no dudar, sino palidecer de una manera mortal, y serenarse al momento, como si hubiese hecho una valiente aceptación de su destino.

Me dijo que me amaba con una sola sílaba, pero de una manera tan sencilla, tan natural, como es natural la corriente al arroyo y el perfume á la flor.

Era la aceptación de su alma por mi alma, hecha de una manera independiente de nuestra voluntad.

Es verdad que mis ilusiones se han desvanecido casi siempre al acercarme al ídolo, pero Blanca ha sabido acrecerlas.

Si ella no me hubiese amado, yo guardaría su recuerdo como un perfume, como un reflejo, pero mi amor se hubiera extinguido.

No comprendo el amor que se alimenta de su misma savia, que vive por sí solo como una luz que flota sobre nuestra sombra; creo que es un astro que no tiene luz propia, necesita recibirla del objeto amado.

También mi anhelo se hubiera entibiado si hubiese visto á Blanca dudar, analizando el sentimiento naciente de su corazón.

Yo no admito en el amor vacilacion ni duda; creo que desde luégo se ama ó no se ama.

Siempre me ha parecido una parodia ridícula del amor, esa cosa que deja á los sucesos el cuidado de graduarle.

El amor ascendiendo como el flujo y reflujo de los mares, el amor creciendo como una planta lentamente, no lo he comprendido jamás.

Yo lo comprendo como una estrella que brilla desde que se enciende con toda su

luz, como un torrente que arroja en la primera onda todas sus aguas.

Al realizar Blanca por instinto mis sueños, mis deseos, ha dado forma al imposible de mi delirio y ha fijado, no sé aún de qué manera, mi destino.

Y sin embargo, ¡cuán triste, cuán sombrío está mi corazón!

Dichoso tú que sin haber sentido más que tu dulce amor filial, guardas todas tus ilusiones, cual doradas mariposas que beben la esencia de las flores de tu esperanza.

Ya verás cómo el destino se encarga de alejar las unas, de marchitar las otras!

Ya verás cómo arrastra el desengaño sus secas hojas, y cómo no les dá nueva vida la sangre de tu corazón convertida en llanto, pues el rocío del dolor no fertiliza.

¡Quiera Dios que no sientas nunca en tu alma el inmenso vacío que yo siento, ni opriman tu corazón tantas sombras como al mío!

Que no luches nunca como yo lucho despedazando tu alma que sientes revolverse ensangrentada, y ahogando en ella el primer germen de felicidad.

Compadéceme, Antonio, porque la vida me es insoportable, pues siendo inmensamente feliz, soy inmensamente desgraciado.

LUIS

CARTA NOVENA.

Gloria á Blanca.

Madrid, Junio 186....

El desórden, la impetuosidad con que tu carta está escrita, Blanca mia, me prueban que no es una ilusion instable y ligera la que oscurece un momento tu razon como al sol una nubecilla, sino que hay que combatir ó guiar tu primera pasion, que ofrece ser tan grande como el corazon en que se anida.

No sé por qué temia yo, y ahora siento acrecer mis temores por un vago presentimiento que no me explico, que tú sintieras el primer amor.

Creo que las almas como la tuya, elevadas por Dios sobre la humanidad y sostenidas por su propia grandeza, lo ven todo tan limitado, tan pequeño, que no pue-

den nunca sentir, ó mejor dicho, amoldar sus sentimientos á los límites de las pasiones humanas, porque hay en todo lo que nos rodea como una impalpable atmósfera de materialismo que pesa sobre nuestra alma y que envuelve en su sombra oprimiéndolas nuestras aspiraciones.

Vé aquí, Blanca mia, por qué al leer la impresion poderosa que ese hombre te inspira, mi corazon se llena de lágrimas y desearia estar á tu lado para hacerte oír la voz de la razon entre esa celestial armonía que percibes acariciando tus sentidos.

Yo quisiera, niña mia, que sintieras un poco ménos y pensaras un poco más.

Que ántes de contestar con una frase impremeditada que une con un lazo invisible tu corazon á otro corazon, hubierasinterrogado á éste iluminándole con tu poderosa inteligencia, y analizando sus sentimientos con tu razon serena, conteniendo esa expansion de amor que acaso sólo es un brote juvenil, que caerá como esas tiernas hojas con que se adorna la planta nueva y que no pueden resistir el primer soplo del viento.

Yo creo que no se puede amar lo que

no se conoce; sólo puede impresionar, porque el amor que une el sentimiento del alma y los sentidos, necesita una base moral que lo sostenga, y ésta sólo puede hallarse en la mútua estimacion, en la íntima confianza, en la igualdad de aspiraciones y deseos.

La impresion no combatida determina esa fascinacion del espíritu que se llama pasion, y que no es lo mismo que amor, pues si éste une en sí las más grandes aspiraciones del corazon, los más puros y nobles sentimientos del alma, sólo hace sentir su influjo como una luz celestial que ilumina, al paso que aquella domina y arrastra, oscureciéndolo todo entre la sombra del delirio y la locura.

Lo sé, Blanca, lo sé; tú no puedes olvidar; tú al amar á un hombre lo harás dueño de tu vida, de tu porvenir; pero para amarle así es preciso que lo conozcas mejor.

Que sepas cuales son sus sentimientos, sus aspiraciones, su educacion moral porque á veces las más bellas apariencias sociales ocultan un corazon envilecido y viciado; que sepas sus antecedentes, su carácter, porque de otro modo no le amarás

á él tal cual es y con sus defectos ó méritos, sino que amarás una idealidad á que tu imaginacion habrá dado forma y que será desvanecida al levantar la mano helada de la realidad el velo de tus ilusiones.

Es necesario además que veas lo que su amor te ofrece, porque como dice Masillon «es un desacierto amar por sí mismo lo que no puede ser nuestra felicidad ni nuestra perfeccion, ni por lo tanto nuestro reposo, porque amar es buscar nuestra felicidad en el objeto amado; es querer hallar en él lo que falta á nuestro corazon; es invocarlo para que llene este vacío horroroso que sentimos dentro de nosotros y lisonjearnos con la idea de que será capaz de llenarlo; es mirarlo como el recurso de todas nuestras necesidades, como el remedio de todos nuestros males, como la fuente de todos nuestros bienes.»

Ah! quiera Dios que si le amas así, tu corazon no se engañe, y amada del mismo modo sea ese amor la copa encantada donde apures la felicidad de la vida.

Pero créeme, querida niña, ántes de que ese sentimiento subyugue tu inteligencia, debes servirte de ella como el prudente marino se sirve de la sonda para

evitar los escollos, porque ¿acaso el mar tiene más peligros que la vida, ni la débil barca está más combatida en el Océano que el corazón de la mujer en el mundo?

Creo que ese hombre debe valer mucho cuando de tal manera te ha conmovido, pero quién sabe si esas ráfagas de tristeza que tú sorprendes en su frente no revelan el misterio de una de esas penas secretas que imprimen una huella candente en el corazón y que no se borra jamás!

Y habías tú, tan tierna, tan delicada de poder compartir el peso de un dolor inmenso sin que vacilara tu corazón?...

¡Ay no! se rompería y tus ilusiones más dulces y suaves, más bellas é inseguras que la *flor del aire* que crece en los bosques americanos—llamada así porque vive sostenida por las ramas y alimentada por el rocío—se escaparían de él para siempre dejándote la muerte en el alma.

Si por el contrario al conocerle mejor, al amor ideal de tus sueños une el amor de la vida, ménos espiritual pero más verdadero porque en esa afección se unen todos los sentimientos, si no te engañan tus deseos, entónces serás feliz, niña mía; y lo seré yo también, porque la dicha de las

personas queridas es como una luz que siempre envía un reflejo al corazón que las quiere.

Pero de todos modos no hagas un misterio de tu cariño: el amor verdaderamente grande, verdaderamente puro, es expansivo y no se oculta, pues el corazón halla como una satisfacción íntima en revelarlo.

Tu hermana y su marido deben saberlo; ellos que tanto te quieren, ellos que ocupan hoy el lugar de tus padres, guiarán tus primeros pasos en la difícil senda de las pasiones, y acaso donde tú sólo hallas flores su experiencia les hará ver espinas.

Espero tus noticias con el corazón palpitante de ansiedad; creo que cruzas hoy por una de esas crisis que deciden la dicha de toda la vida, y mi alma vuela á tí como queriendo leer en el porvenir.

Cárlos desea mucho conocerte, y ya te admira porque ha oído algunos de los versos que has tenido la bondad de ofrecerme, y no se cansa de admirar el bellissimo paisaje con que has enriquecido mi álbum.

Aquí se siente ya bastante calor; á fines de mes nos iremos, no sé aún á qué punto, pero ya te lo diré para recibir tus queridas cartas.

¿Cuándo dejais ese florido valle para buscar la grata frescura de las brisas del mar?

Te seguirá Luis ó abrirá con tu ausencia un paréntesis á vuestros amores?

¡Cuánto daría por admirar tu cuadro! desde luégo lo conceptúo tan grande, tan bello, como todas las obras á que imprimes el sello de tu talento y la ráfaga celeste de tu inspiracion.

Adios, Blanca, no olvides que tu dicha es una parte de la dicha de tu amiga

GLORIA.

CARTA DECIMA.

Cárlos de Guzman á Luis de la Roca.

Madrid, Junio 186....

Sé que has vuelto á la Península, que estás en Granada y que has tenido la irreparable desgracia de perder á tu madre. Siento contigo tan inmenso dolor, y no temo avivarlo con mi recuerdo, pues tú no eres de los que tienen el egoismo de huir la memoria de las personas queridas para no sufrir, sino de los que desean oír constantemente su nombre para no olvidar.

Sé por una dolorosa experiencia cuán vacío queda el corazon cuando se apaga en él la luz del cariño maternal, el más grande, el más puro, el único amor quizá de la vida que encierra algo de divino, y no extraño que dominado por él hayas olvi-

dado nuestra antigua amistad, dejando á la casualidad el cuidado de decirme tu grata proximidad.

Quizá no sea sólo tu triste aislamiento el que te ha hecho no dirigirte á mí, sino la creencia de que estuviese en los mares, pues hace mucho tiempo que no nos hemos visto, y debes ignorar que me he retirado para casarme.

Has leído esto con asombro, ¿no es verdad?

Sin embargo, soy feliz y he cumplido un deber.

Yo tenia una prima encantadora, Gloria de Guzman, á la cual queria como á una hermana; muy niña quedó huérfana, y mi padre trajo á su lado á la hija de su hermano, mirándola como suya; aunque mucho más jóven que yo compartia mis juegos y querida por mis padres con ternura, vió pasar sin tristeza sus primeros años.

Cuando tenia yo catorce murió mi buena mamá, y fué necesario que Gloria fuese á un colegio á terminar su educacion.

Ya entónces tenia yo veintidos años; era alférez de navío, y pensaba en todo ménos en que pudiera un dia casarme.

Han trascurrido seis años, y al volver

hace algunos meses á casa con licencia, mi padre me habló de Gloria, me dijo que teniendo ya veinte años, era necesario sacarla del colegio, y que le inquietaba la idea de no tener una persona querida que se encargase de ella.

Me celebró su bondad, su talento, su belleza, y al fin me dijo: que para hermosear los últimos dias de su vida, debia unirme á Gloria, colmando sus deseos.

Al pronto esta proposicion me atardió.

Yo no amaba á Gloria, ó mejor dicho, no la conocia como mujer, sino como niña; y además, yo no pensaba casarme nunca.

Mi papá advirtió mi duda, vió que vacilaba, y como si hubiera guardado un último recurso, me dijo que esa era tambien la voluntad de mi madre, que al morir tenia esa esperanza.

El deseo de mi madre era sagrado para mí y contesté que accedia.

Al otro dia salimos para París, donde estaba Gloria que debia volver con nosotros, y quedar al lado de mi padre en tanto que se pedia mi licencia y se arreglaba todo.

Cuando llegué á París deseaba verla con impaciencia, y temia que llegase el mo-

mento y me hubiese engañado mi esperanza.

Pero Dios ha querido que por satisfacer á mi padre no fuese yo desgraciado, y ha hecho que mi Gloria sea una mujer bella, dulce, angelical.

No puede llamársele hermosa, pero sí linda y simpática.

Tiene una estatura regular con suaves y puras formas; su tez es tan blanca y aterciopelada como la espuma del mar; sus ojos pardos, rasgados y llenos de fuego tienen una mirada atractiva y risueña; sus cejas suavemente arqueadas tienen, como sus pestañas, el delicado color castaño de su cabello; sus mejillas rosadas como los celajes de la mañana, su boca pequeña y sonriente, muestra una preciosa dentadura que brilla entre el coral de sus labios, como brillan heridas del sol las conchitas de nácar que en la orilla del mar bañan las olas.

Su carácter además es tan dulce, su corazón tan tierno, que es imposible no quererla.

Casados al fin, mi padre—que tiene ya una avanzada edad—ha deseado que no me separe de él, y aunque yo quisiera se-

guir mi carrera y ser útil á mi patria, la voz de un padre anciano y tan bueno como el mio, es tan poderosa, que al cabo he tenido que complacerle en todo.

Aquí me tienes, pues, que dí fondo.

Pero aunque en mi nueva vida soy feliz, no he olvidado ni mis antiguos amigos, ni los gratísimos momentos que junto á ellos he pasado.

Entre esos amigos, bien lo sabes, te cuentas tú en preferente lugar.

Por eso para tí no soy el hombre lijero y frívolo que los demás conocen, sino el hombre que habla con el corazón, y que confiesa sin temor los sentimientos de su alma á quien puede comprenderlos.

Muchos al saber que me he casado, me dirigen, envuelto en una broma delicada, un sarcasmo ó una reconvencion.

Tienen acaso razon por haberme oido decir muchas veces que no me casaria, pero tú no lo harás, porque comprenderás que en mi lugar todo hombre de honor hubiera hecho lo mismo.

Pero tiempo es ya que dejemos de hablar de mí, para recordar algo de aquel rico suelo donde nos conocimos, y donde tan buenos ratos pasamos.

¿Te acuerdas, Luis, de aquella noche en que la oficialidad de tu regimiento y la de mi fragata cenábamos á bordo de ésta en la bahía de la Habana?

Entónces apénas nos conocíamos; de ahí puede decirse que nació nuestra amistad.

Se hablaba, como siempre, en las reuniones de hombres solos, de política, de mujeres, de amor.

El tema político se agotó pronto y ya no se habló sino de la mujer.

Uno prefería la georgiana por sus volap-tuosas formas y rasgados ojos; otro las circasianas de tez de nieve; la albanesa de magnífica hermosura; las griegas de grandes ojos y blancura azulada; las espiritua-les francesas, las apasionadas italianas y las rubias inglesas.

Otro recordaba la mujer de los climas meridionales y la prefería morena y resada con brillantes ojos, y no faltó quien di-era la palma de la belleza y la gracia á las españolas, y entre ellas á las andaluzas, de quien alguno dijo citando á Stuhl, que tenían los ojos como la mano del gato, mitad terciopelo y mitad uñas, para acariciar y arañar á la vez.

Después de citar á todas las mujeres analizando la belleza especial de cada raza y el carácter de cada pueblo, se empezó á buscar la belleza moral en ellas, cada uno según su criterio.

Tú—lo recuerdo muy bien—alternabas siempre sin asentar ninguna opinión particular, ni en las teorías distintas que presentaban del amor, ni tampoco en las varias formas con que uno ensalzaba y otro negaba la virtud de la mujer.

Pero cuando uno de los jóvenes que más sangrienta burla hacían de todos los sentimientos, negó en absoluto que hubiese en la mujer virtud, tú con voz serena pero firme le digiste que no continuase en un terreno tan resbaladizo: él insistió obediendo sin duda á las impresiones que inspira el vapor del *champagne*, y tú digno y noble le digiste que mentía al calumniar en todas las mujeres á tu madre.

Mediaron contestaciones, os desafiásteis y yo tuve el honor de ser tu padrino en el duelo que se realizó al siguiente día.

Desde entonces, cuántas veces nos hemos visto hemos estrechado más y más el lazo de nuestra amistad formado por nuestro cariño.

Ya hace un año que no te veo, pero puedo asegurarte que tu recuerdo ha vivido siempre en mi corazón sin debilitarse con el tiempo ni la distancia.

Por eso al saber de tí me apresuro á escribirte ofreciéndome por si puedo serte útil, y recordándote mi cariñoso afecto.

El marqués de la Vega, mi amigo, que también lo es tuyo, es el que me ha dicho que estás ahí, por cierto que te tiene en alta estima, pues sin saber que yo te conocía te prodiga grandes y merecidos elogios.

Mucho deseo saber de tí para creer que no has olvidado el sincero afecto con que es tu amigo

CÁRLOS.

CARTA XI.

Antonio á Luis.

Madrid, Junio, 186...

Cada vez comprendo ménos lo que te sucede, mi querido Luis. Conoces que amas y sabes que eres amado de la delirante manera que tu corazon desea, y sin embargo te llamas desgraciado!...

Hay algunos corazones—y acaso el tuyo es uno de ellos—que no se sacian jamás, siempre aspirando sensaciones nuevas apagan en la ansiedad de un nuevo deseo, el rayo de felicidad que un sentimiento puro empezaba á hacer brillar.

Pero para estos soñadores el mundo es un desierto en el que no hallan una sola flor. Ellos no aceptan la vida tal cual es, y la embellecen con la práctica constante del bien; ellos no buscan consuelo en la

luz ideal de la esperanza que es el faro del alma, sino que en pos de la ilusoria felicidad que sueñan, y que el mundo no puede darles, porque todo lo que es divino é infinito pertenece á otra esfera, ansiando una ilusion irrealizable, pasan la mitad de su vida en una aspiracion estéril, y la otra mitad lamentando desengaños no recibidos, porque lo imposible no se debe esperar.

No he podido leer sin asombro, Luis, tus teorías del amor; ¡que no se puede amar si no se nos ama? ¡Ah! qué poco conoces el corazon humano á pesar de tu experiencia! se ama, sí, y ese amor combatido y oculto es más grande quizá que el que se manifiesta. Lamartine dice «amar por ser amado es propiedad del hombre; amar por sólo amar es casi propiedad de ángeles.»

Ese amor oculto en el alma se diviniza, se depura de todo sentimiento mezquino, y como una esencia encerrada en un cristal vive hasta que el cristal se rompe, ese amor alienta en el alma mientras ésta sostiene á la materia.

¡Cuántas dolorosas historias podrian leerse en unos ojos donde brilla como un refle-

jo interno una luz sombría, en una frente surcada por arrugas prematuras, en una boca que ha olvidado sonreír!

Y todos esos dolores secretos que pasan desapercibidos entre nosotros todos los días, responden á uno de esos amores sin esperanza que viven ocultos en un dolor que no cesa y que llega hasta á ser necesario como una parte de vida, pues sufrir es *sentir*, quien siente *es*, y si quitaran del corazón esa amarga esencia quedaría el vacío que es la nada, que es la muerte.

Dices también que si no te amara Blanca tu amor se apagaría. ¿Qué sentimiento es ese que necesita ser sostenido y no se basta á sí mismo? ¿Qué amor es el tuyo que se apagaría como se apaga un reflejo al extinguirse la luz que lo produce?

El amor que nace en el alma y se alimenta con su sávia, vive por sí solo á despecho de todo, y más grande cuanto más difícil.

Quizá al juzgar el sentimiento que esa niña te inspira te engañas nuevamente, porque el hombre que resuelve por medio de la ciencia los problemas más difíciles; el hombre que abarca con su mirada sobe-

rana el espacio y mide el vuelo del tiempo, rara vez sabe leer en su corazón sus emociones y sentimientos.

Yo sigo con ansioso afán el progresivo desarrollo de esa afección en tu alma, y veo muchas sombras oscureciendo el puro rayo de luz que hoy te fascina.

No comprendo tu sufrimiento, tu desesperación, que debe emanar de una causa oculta que no me has creído digno de conocer á pesar de mi amistad y cariño, pero aparte de esto, y guiándome sólo por las impresiones que me copia tu carta, creo que ha de haber muchos pesares para tí y más aún para *ella*, en ese éxtasis que os envuelve. Creo que la guirnalda que formais con esas flores del corazón ha de tener más espinas que perfumes.

Tú, Luis, eres apasionado, entusiasta, leal y bueno, pero perteneces por desgracia á esos hombres que sueñan, y la vida se compone de algo más que sueños, de realidades bien tristes á veces, de decepciones, que sabiéndolas sufrir con el corazón firme, sabiendo oponer á ellas una prudente filosofía, pasan como ligeras nubes del cielo de la vida ante el sol de la razón,

pero que dejándose dominar por ellas, esparcen con las sombras de la desesperacion una eterna noche, bajo la que mueren ahogados por la helada atmósfera del desengaño, todos los sentimientos de ternura, todas las aspiraciones de fé, todos los consuelos de esperanza, que como flores del cielo brotan en el alma.

Yo no veo á tus amores más que un término, porque eres tú demasiado honrado para no pensar al amar á Blanca en hacerla tu esposa.

Te casarás, y ó Blanca con su gran talento, con su pureza de corazon, con su angelical hermosura, fija para siempre tus aspiraciones haciendo plegar las alas á tu inquieto pensamiento, y entónces será feliz, ó desvanecida una vez más la ilusion de tu alma sin haber logrado saciar su sed, serás mucho más infeliz que hoy porque habrás envuelto en tu desgracia á un ser inocente.

No creas que las imaginaciones como la tuya son las que más firmeza ostentan en los dolores.

Ellos pasan agitando las almas que son tan grandes, con la profunda violencia con que revuelve al mar el huracan, y apénas

extremecen á los que más humildes les opone un dique de prudencia, como ese mismo viento que levanta en montaña de espuma el Océano, riza apénas la superficie del lago.

Tus sueños al alejarte de la vida práctica, acrecen ese vacío que sientes en tí y que no es otra cosa que la absoluta carencia de afectos verdaderos, de sentimientos realizables.

Quizá tambien tus recuerdos que tú diceš ser tan dolorosos, con esa desconfianza necesaria en quien ha sufrido desengaños, contribuyen á aumentar la soledad de tu alma despertando esa lucha.

Pero tú debes ya olvidar esos desengaños y alejarlos de tu pensamiento, como aleja el sol la sombra de la noche; los primeros pasos en la vida casi siempre imprimen una huella de lágrimas: ¡feliz el que vé brotar de esas lágrimas flores que perfumen las áuras que respira!

Triste el que siente resbalar el rocío del primer dolor dejando abierto en el corazon un cáuce á la corriente de los pesares que éstos ahondan más y más.

Dispénsame la tristeza en que estas páginas van impregnadas y que responde á la que envuelve mi corazon.

Hace algunos días que un sentimiento tenaz esparce sobre mi vida risueña y tranquila como una sombra que todo lo oscurece ante mí.

Quizá á través de ella he visto tu porvenir iluminado de un fulgor sombrío, y leal siempre expongo á tus ojos mis tristes presentimientos y temores, como te hubiese dicho en otra ocasion mis alegres esperanzas.

Tú dejando lo amargo de mis reflexiones, sabrás acoger en ellas el cariño que las inspira, y estimando este en su valor olvidará las otras, en primer lugar porque me autoriza la amistad que nos une, y además porque el que ama perdona con suma facilidad, pues como dice Bacon «el amor es el más benigno y mejor de los moralistas.»

Espero, Luis, que en medio de la embriaguez moral que tu dicha te produce no olvidarás ni el cariñoso interés con que anhelo tu dicha, ni mi deseo de saber de tí.

ANTONIO.

CARTA XII.

Blanca á Gloria.

Vega de Granada, Junio, 186...

Tus cartas, Gloria mia, son siempre queridas á mi corazón; hay en tu voz como una tierna autoridad que de una manera dulcísima, pero firme, me hace oír entre el desvarío que me envuelve los ecos severos de la razón.

Tal vez dices bien al asegurar que es necesario guiar mi primera pasión, y yo te pago con todo el cariño de mi alma el interés con que te ocupa de ello.

Tú no has amado nunca, ó al ménos nunca has sentido el delirio que yo siento, y por eso me dices que para amar á un hombre es preciso conocerle de una manera profunda.

Ah no! para amarle basta verle, basta leer en su alma á través de sus ojos, basta distinguir su voz entre todas las armonías.

Yo no conozco apénas á Luis; nada sé de su pasado, y nunca me habla de su porvenir; no sé de él más que su nombre; y en ese nombre que vibra en mi corazón, en ese nombre que vaga en mis labios como una esencia que se evapora del fondo de mi alma, en ese nombre que escucho en los ecos y oigo en las áuras, hallo toda la dicha que anhelo, toda la luz que deseo.

No conozco de su alma más que el amor que me tiene; sin duda hay en ella dolorosos misterios, puesto que este amor no basta á desvanecer las sombras del pasado, ¿pero no es más generoso hacérselos olvidar con mi amor, y no remover esos dolores con una indiscreta curiosidad?

¿He de amarle ménos porque sufre, porque es desgraciado?

Seria una felicidad para mí que todos sus pensamientos, todos sus deseos, todos los latidos de su corazón hubieran sido míos, pero Dios no lo ha querido.

Dios ha hecho que nos encontremos,

cuando náufrago de la vida, buscaba sólo y doliente un faro de salvacion.

Bendito sea Dios que ha encendido en mi alma este amor para que sea su luz; y bendita sea, sí, la tempestad que le ha hecho buscar en mi corazon un puerto de bonanza, aunque al acogerse á él lleve el alma destrozada.

Alguna vez, cuando le veo luchar con un recuerdo sombrío, daría parte de mi vida por conocer ese pasado que le martiriza.

Y no creas que ansío conocerle para juzgar por él lo que puede ofrecerme el porvenir, no; es que siento celos, es que me parece que ese recuerdo es más grande que el amor que me tiene, cuando lo vence, si bien es tan sólo por un instante; á veces mi alma se identifica tanto con el pesar de la suya, que yo aspiro contra mi voluntad, que me siento morir.

Hace pocos dias, que cuidadosa con su tardanza bajé al jardin á ver si distinguia entre los árboles del camino el rápido galopar de su caballo: crucé una senda que él prefiere, y no viéndole, fuí á sentarme en un pabellon de acacias que hay hácia aquel lado, en el cual le espero muchos dias.

Cuando iba á entrar, oí como un sollozo comprimido, y mi corazón se agitó con una violencia tal, que tuve que detenerme para respirar; me lancé dentro y ví á Luis que, sentado en un banco rústico que rodea el pabellon, con su frente en una de sus manos, decia con un acento que nunca olvidaré:—«Imposible! sí, imposible!....»

Debía sufrir mucho, porque su voz era ahogada y temblorosa; yo quise huir para no aumentar su dolor, pero una fuerza superior á mi voluntad me retenia.

Sin duda la atraccion de mis miradas irradió en el fondo de su alma, porque alzó la cabeza con violencia, y al verme se levantó rápidamente, pero sin tratar de ocultar dos lágrimas que brillaban en sus ojos.

—Blanca—me dijo con voz apasionada y más serena ya—siempre es Vd. el íris de las borrascas de mi corazón.

—No, le dije yo, puesto que no basto á disiparlas.

Luis se sonrió tristemente y me siguió hasta un paseo rodeado de flores que tiene una vista magnífica, y que siempre está saturado de perfumes.

Nos sentamos allí, y Luis que habia dominado ya su pasada emocion, me dijo con cariño:

—Déjame que te hable como te habla mi corazon que no puede pronunciar el Vd.

Sin dejarne responderle y tomando por una aceptacion mi silencio, continuó con calor.

—Blanca, ¿qué piensas de lo que acabas de ver?

—Que sufres, que luchas, no sé con qué sentimiento, pero que esta lucha destroza tu corazon.

—Es verdad, sufro, no puedo ocultártelo; pero oye, Blanca; tú eres aún una niña, tu corazon es hoy el débil capullo que una ráfaga marchita; deja que no sean mis dolores los que sequen con su hálito de fuego su cáliz delicado. Si tú pudieras ser hoy mi amiga, si tu cándido pensamiento pudiera leer sin destrozarse en el fondo de mi alma, verias cuánto amor hay en ella para tí, y cuánto vacío ilumina este amor.

—¿Por qué no olvidas esos dolores para no pensar más que en ese amor? le dije vacilando.

—Blanca, tú eres un ángel y no sabes que hay dolores que no se pueden olvidar.

A tu lado, sin embargo, se desvanecen, porque tu amor es á mi alma lo que el sol al mundo físico; con su calor celestial deshace las sombras que se condensan sobre mi corazón, como aquel con sus rayos las nubes que se agrupan en el horizonte. Yo te amo, Blanca, déjame decírtelo, te amo, y tú no puedes dudarlo porque mis palabras brotan del corazón; pero si me hubieses pedido una explicación de la primera frase de amor que te dije, obedeciendo un secreto impulso; si me preguntases hoy qué espero de este amor, no podría, no sabría decírtelo, Blanca: ¿será tu corazón tan grande que no vacile, á pesar de estos tristes misterios; serás tan noble, tan generosa, que aceptarás mi amor aún en la creencia de que no puede darte la felicidad?

—Le he aceptado ya y él sólo me hace feliz, le contesté, pero ¿tanto valen para tí esos recuerdos que no sólo les dedicas tu pasado, sino que quieres dedicarles tu porvenir?

—Si tú tuvieras hoy el profundo y doloroso conocimiento que yo tengo de la vida, no vacilaría en levantar á tus ojos el velo de mi alma, pero acaso, Blanca mía, perdiera tu amor, y... déjame que huya de

este pensamiento, porque me vuelvo loco. Cuando me has visto hoy esa era la causa de mi desesperacion; pensaba que alguna vez se desvanecerá á tus ojos el misterio que hoy me rodea, y entónces, ¡oh Blanca! no dejes de amarme, porque en mi corazon queda aún un rayo de fé, y el dia en que te perdiese se apagaria para siempre!

—Pero Luis, ¿no sabes ya que yo te amo, y siempre, sean los que quieran esos misterios que no deseo saber, te amaré del mismo modo?

—Ah! bendita seas por la dicha que me das, me dijo muy conmovido.

Su frente parecia haberse despejado; en sus ojos brillaba de nuevo la mirada dulce y estática que fija siempre en mí, y yo sonreia de placer con la idea de haber alejado sus pesares, con la sola seguridad de mi amor.

—Voy á cojerte algunas flores para que me formes un ramo que me recuerde este dia; adios, me dijo levantándose.

—Cuando le ví alejarse, mi corazon se oprimió y empecé á pensar en sus palabras.

Por qué teme tanto, me decia yo con anhelo, que deje de amarle al saber su pasa-

do; ¿tan terribles, tan dolorosos son esos secretos que me oculta?

¿Pero no puede ser acaso que aluda á su posicion que segun he oido á Manuel ha comprometido, gastando su fortuna en locas prodigalidades?...

Ah! no, esto no puede ser; él sabe muy bien que un amor como el mio no se entibia por un móvil tan mezquino.

Dios mio, qué secreto será ese que le puede alejar de mí? amaré á otra mujer?

No, él no ama más que á mí, estoy segura de ello.

Pero sea lo que sea yo le amo, y le amaria del mismo modo si me dijesen: es un criminal.

Sí, yo le redimiria á fuerza de amor, yo le volveria á la senda del bien.

Cuando estaba en estos pensamientos absorta y dominada, llegó María que desde uno de los balcones de casa habia visto á Luis buscando flores.

Sonriéndose al verme sola y en la creencia de que Luis acababa de llegar, me invitó á pasear para que le encontrase sin duda. Luis se unió á nosotras en el paseo, y me dió desordenados aún algunos ramitos de heliotropo y jazmines.

Volvimos á casa y empecé á formar un ramillete pequeño de heliotropo combinando los jazmines en el centro, para que formasen estas palabras: «te amo.»

Cuando Luis le vió me dió gracias con una mirada tan amante, tan apasionada, que lo olvidé todo para no pensar más que en él.

Lo guardó en su pecho sin que de nada se apercibiera María que miraba un periódico de modas, ni Manuel que entraba en aquel momento.

Ya ves, Gloria mia, que nada te oculto, para que tú me digas tu parecer.

Que Luis tiene pesares es indudable, que me oculta algun grave secreto, tambien; pero Gloria, yo le amo, y el amor no piensa, no hace más que sentir.

De todos modos mi corazon y mi porvenir son suyos; de todos modos yo no puedo amar sino á Luis.

No sé si este amor me hará desgraciada, pero yo no puedo renunciar á él, porque este amor es mi vida.

No lo combatas, pues, pero guíalo con tu cariñosa voz que tanto eco levanta en mi corazon.

No sé cuando partiremos, María está al-

go indispuesta, y aquí hace una agradable temperatura.

Tampoco sé si me seguirá Luis, porque no me atrevo á preguntarle nada temiendo hacerle sufrir.

Agradezco á Cárlos sus deseos—que me honran—de conocerme; asegúrale en mi nombre mi gratitud y amistad.

Adios, Gloria, no olvides á tu amiga

BLANCA.

CARTA XIII.

Cárlos á Manuel.

Madrid, Julio, 186....

Más vale tarde que nunca, mi querido Manuel: temia que me hubieses olvidado dejando vagar tu pensamiento entre las brisas perfumadas de esas soledades.

En el mar de la vida hay, como en los otros mares, corrientes desconocidas é inevitables; una de ellas ha impulsado la barquilla que libre hasta hoy ha desafiado á las olas, y—como tú dices muy bien—la ha hecho encallar.

Pero á la verdad que en vez de hallar en este escollo el desierto sombrío como las nubes que le cubren, he hallado el oasis, y náufrago voluntario, bendigo la tempestad que me arrojó á esta isla de paz y de amor, donde encendido por Dios brilla el faro de mi vida.

No quiero, sin embargo, concederte de una vez la victoria, al asegurar tú que sin la mujer no se puede vivir.

Yo recuerdo á veces mi alegre pasado, y creo que era muy feliz tambien, cuando solo y libre, viviendo sobre las olas, forjaba esperanzas que, como ellas ante mi buque, huían ante la realidad para deshacerse en lo infinito.

A veces pienso tambien si pasado ese éxtasis que llaman la *luna de miel*, y en el cual podriamos asegurar con Víctor Hugo, que sentimos el embrutecimiento de la felicidad, buscaré yo con ánsia el inmenso horizonte que ántes veía dilatarse á mis ojos, y que hoy limita ese muro que se llama *deber*.

Si habré de entonar un himno al himeneo diciendo con Milton:

Amor santo nupcial! Santo amor, salve!
Salve, ley misteriosa, orígep puro
De la estirpe humanal, dulce y seguro!

.
Los dulces nombres
De hijo, padre y hermano, entre los hombres
Por tí se conocieron y fijaron;
Y con vínculos santos estrechaste
La humana sociedad que tú fundaste.

O acaso, y no lo deseo, tendré que decir como Campoamor:

Todas mis glorias de amante
se reducirán ¡Dios mio!
á tener en adelante
una mujer que me espante
las moscas en el estío!

Pero no lo espero: mi Gloria, sin que se pueda llamar hermosa, es una mujer muy bella; tiene esa distincion que tanto realza la belleza natural, y es además muy buena.

Yo tengo ya treinta y cuatro años, y á esta edad las ilusiones vuelan sin tocar la frente que surcan los desengaños.

Las ilusiones son como las mariposas; buscan las flores más bellas para embriagarse en perfumes y se alejan de la flor marchita.

Ya puedo, pues, hallar en una agradable realidad más dicha que en los sueños dorados que iluminaban ántes mi pensamiento.

Quedo, pues, vencido, y reconozco el invencible poder que Dios ha concedido á la mujer al darle la belleza.

Con mucho gusto iria á darte un abrazo, y á escuchar contigo los cantares andaluces, á los que como sabes soy aficionado.

Iria tambien por conocer á esa hermosa niña, cuyas alabanzas despiertan tan profundamente mi interés.

Mi mujer habla de ella con pasión; de su belleza, de su bondad, de su genio de artista y de su gran corazón; tú me dices lo mismo, y á la verdad tengo un vivísimo deseo de conocerla por ver si os equivocais, ó si son tal vez exagerados vuestros elogios.

Conozco mucho á Luis de la Roca, lo he tratado en la Habana y he podido apreciar en todo su valor las bellas cualidades que le adornan.

Si Blanca vale tanto como decís, si Luis se ha enamorado de ella, y á su vez Blanca lo ama, nadie como él sabrá hacerla feliz, porque nadie como él la puede comprender y estimar.

Sí, Luis sabrá sostener con su talento poderoso el delicado sentimiento que ha sabido inspirar; á su lado brillará más el talento de esa niña, pues el talento de la mujer para que no se desborde como las aguas inútiles de un torrente del desierto, necesita ser encauzado por la mano de un hombre querido, que sabiendo guiarle le haga fertilizar las flores de la imaginación, en vez de envolverlas en su corriente desordenada.

Si en el alma de Blanca brilla tan ra-

diante ese reflejo emanado de Dios que se llama genio, Luis sabrá acrecer su luz haciendo que el mundo la admire, en vez de anularla entre las sombras de su egoísmo, como hacen la generalidad de los hombres que rara vez perdonan á su mujer el que tengan más talento que el que á ellos les ha concedido el cielo.

Luis tiene esa educacion tan necesaria en el hogar, que embellece la materialidad de la vida como si fuese un velo delicado extendido sobre ella.

Con hombres como Luis no hay esposas desgraciadas; de una mujer vulgar hubiera él podido hacer una esposa modelo; de una mujer como Blanca, hará el ángel que ha de guiarle en el mundo.

No he visto un hombre de un corazón más generoso, más vehemente, más apasionado que él; en América era querido de cuantos le conocian, y se contaban de él rasgos de un valor admirable, y de una gran nobleza de sentimientos.

Contaban sus amigos, que un día cazando en aquellos soberbios bosques donde se ostenta aún vírgen la vegetacion primitiva, oyó á traves de sus ramajes un eco dolorido y lejano que llegaba hasta él

como un suspiro de agonía. Oírle é internarse en la espesura buscando al que le exhalaba, fué para él una misma cosa. Los troncos seculares tendiendo sus ramas como un toldo flotante, le impedían ver á lo léjos y avanzaba sin direccion, guiado solamente por el eco que de tiempo en tiempo repetía un lamento.

Despues de andar mucho en todas direcciones cruzando el bosque y cuando ya se ocultaba el sol bañando de luz las copas de los árboles, descubrió oculto entre el espeso follaje que cubria el suelo á un hombre que inmóvil sobre un pequeño charco de sangre, se quejaba lastimosamente.

Luis se bajó á recogerle, y el pobre hombre que era un negro jóven y robusto, hizo un movimiento de terror, que cesó al ver el rostro noble y compasivo de Luis.

Despues de preguntarle con interés, rasgó sus pañuelos para vendar la herida que aquel hombre tenia en un costado, y sosteniéndole cuidadosamente le hizo andar algunos pasos para buscar su caballo.

Debilitado por la mucha sangre que habia perdido, el herido se desvaneció y

Luis, dejándole sobre un ribazo, corrió á buscar agua á un manantial cercano rociando con ella el rostro del negro que seguia inmóvil.

A fuerza de cuidados le hizo volver en sí, pero viendo que no podia sostenerse y cada vez se ponía peor aquel pobre hombre, y conociendo que le seria muy difícil cerrada la noche encontrar el camino y tomar su caballo atado en un árbol, Luis tomó en sus brazos al herido y partió con él á través del bosque.

Muchas veces se detuvo falto de fuerzas y dudando el camino que debía seguir, pero insistiendo en su buena obra con la enérgica fuerza de su voluntad indomable, jamás se le ocurrió abandonar al infeliz que hubiera muerto á no haber Dios enviado su acento hasta el corazon de un hombre valiente y generoso, que no dudó en salvarle.

Cuando Luis llegó á la Habana hizo llamar á un médico para que se encargase de curar al negro, y ocho dias más tarde, encontrándose fuera de peligro, le referia que cazando con su amo por el bosque y no habiendo acertado á señalar á éste la senda que habia seguido una pieza que perseguian,

el amo, enfurecido por su torpeza le habia herido con el mismo puñal de caza, y le habia dejado abandonado.

Luis escuchaba conmovido esta triste relacion, y enterándose cuidadosamente del nombre de su señor, ofreció á Pancho— así se llamaba el negro—mejorar su suerte.

Fué á ver al dueño de Pancho, que se sorprendió al saber que aquel *mal vicho* vivia todavía, y le propuso su venta.

Aceptó por una crecida cantidad, pues avaro y cruel aquel hombre conoció el deseo de nuestro jóven, y el negro quedó como propiedad de Luis.

Cuando estuvo restablecido, Luis le dijo que era libre, y que podia marcharse y vivir donde le acomodase.

El negro besó sus manos de rodillas, y sintiendo la inmensa gratitud que los hijos de la raza desheredada sienten hácia el que les hace un bien, le suplicó le dejase vivir á su lado para pagarle con su lealtad la vida y la libertad que le debia.

Desde entónces Luis le llevó consigo, y jamás un criado más fiel ha demostrado á su señor un cariño más grande.

Esta anécdota te habrá demostrado cuán generoso es su corazon, y cuánto merece

las simpatías que despierta por su agradable exterior.

Al saber por tí que está en Granada le he escrito, y si está en efecto enamorado de Blanca, me lo dirá, pues aunque yo nada he querido decirle de tus sospechas, su corazón expansivo y sincero no podrá ocultarme su secreto.

Quiera Dios que si es así nada se oponga á la dicha de estas dos almas igualmente grandes, igualmente poéticas, para que puedan realizar en la vida el cielo que han soñado.

Cuando dejais ese valle? Creo que nos veremos en París, pues á fines de mes marcharé con Gloria á Vichy, y desde allí te escribiré.

Saluda en mi nombre á la Marquesa, ofreciendo lo mismo á Blanca mis respetos, y no dudes del sincero cariño que te profesa tu amigo de corazón,

CÁRLOS.

CARTA XIV.

Antonio Mendoza á José M.^a de Leon.

Madrid, Julio, 186....

No extrañes, mi querido Pepe, que no te haya escrito ántes; estoy cruzando una de esas crisis dolorosas para el corazon, no tanto por el mal que producen, cuanto porque se ignora el remedio para ellas.

Difícil, ó más bien imposible, me seria explicarte lo que siento, lo que anhelo, lo que ansío.

Algun sentimiento poderoso siento revolve en mi alma, alguna idea grande surge en mi pensamiento, algun deseo palpita en mi corazon, pero en vano mi razon quiere descifrar este misterio, su esfuerzo supremo le fatiga, y yo sigo sufriendo los efectos de una causa que no comprendo y cuyo origen me es desconocido.

Es un anhelo vago y extraño, es una aspiracion purísima, es un afan sin nombre para mí que domina mis sentidos.

Creo que ni física ni moralmente debe encontrarse la causa de mi extraña situacion ni los medios de combatirla.

Es una ecuacion que no se resuelve; es una incógnita á la cual no puede darse valor.

No es una ilusion, puesto que no sé en qué se inspira; no es una esperanza, pues ignoro lo que deseo; es una desesperacion enérgica y concentrada que no se apaga, que acrece cada vez más, y que disuelve mi corazon en lágrimas, lágrimas que hierven ocultas en él sin brotar jamás á los ojos, como hierve comprimida en las entrañas de la tierra la candente lava del volcan que no ha podido ascender al cráter.

Es una ansiedad infinita, parecida á la que debió sentir Colon al buscar en el horizonte el rayo de luz que le señalara el soñado mundo; yo busco hace tiempo tambien la luz que disipe mis dudas y la busco en vano!

Dejaré mi pluma correr para que copie de una manera independiente de mi volun-

tad todos mis sentimientos, porque como dice un conocido poeta:

El alma estalla de pena
si no abre cáuce al dolor.

Tú quizá los comprendas mejor que yo, y si no es así me enviarás tus consuelos en nombre de la amistad que nos une.

Lo que más amargura imprime á mi alma es ver á mi querida madre triste y cuidadosa como si el dolor de mi alma reflejase en la suya.

En vano me esfuerzo por alejar con mis palabras sus temores; yo no sé fingir y mi sonrisa es forzada, y mis palabras que quieren ser tranquilas y frívolas, son graves y sombrías.

Tú sabes la ternura apasionada que debo á mi mamá, su cariño exclusivo y la confianza con que he depositado siempre en su corazon mis leves penas de niño.

Hoy cree que he roto esa grata costumbre, puesto que no le confío mis pesares y sufre por ello un doble dolor.

Hace algunos dias que buscando distraccion en la lectura pasé á la biblioteca y tomé un libro sentándome junto á uno de los balcones. A los pocos momentos dejaba caer el libro y apoyaba la cabeza en

mis manos dominado por una conmoción profunda; así permanecí algún tiempo, no sé cuánto.

Las ideas desordenadas y ardientes pasaban por mi pensamiento como chispas inflamadas, y relámpagos de una tempestad que no veía lo iluminaban por un momento para hacer más densa la oscuridad que lo envolvía.

Absorto en este delirio no ví á mi mamá acercarse á mí, hasta que sentí sus brazos rodear mi cuello y caer sus lágrimas sobre mi frente.

Aquel rocío de dolor que brotaba de un corazón tan querido me despertó de mi fascinación, y sentando á mi madre sobre mis rodillas empecé á secar sus lágrimas con apasionados besos.

—Qué tienes, mamá de mi alma, por qué lloras? la pregunté, aunque comprendía demasiado la causa de su llanto.

—Antonio, Antonio mio, me respondió con voz ahogada, tú sufres, sufres mucho, y yo quiero saber tus pesares para calmarlos ó compartirlos.

—Te engañas, mamá, la dije, procurando dar á mis palabras un acento natural; si tuviese alguna pena á tí sola la confía-

ria; pero sin tener penas, hay dias, hay momentos en que se está triste sin saber la razon de esa tristeza.

—No es un dia, ni un momento, Antonio el que tú has tenido así, bien lo sabes; nada te he dicho miéntras lo he creído una emocion pasajera, pero veo acrecerse tus sufrimientos y vengo á pedirte como madre que me hables con el corazon.

—Te aseguro mamá, la repetí, que no tengo ningana pena; tu cariño te infunde temores para los cuales afortunadamente no hay motivos.

—Podrá ser, me contestó con desaliento, acaso mi cariño es tambien el que me hace oír tus sollozos cuando duermes, y el que pone en tus labios palabras que no comprendo.

—Qué palabras son esas, dímelas, le dije con ansiedad, porque creia que ellas serian un rayo de luz en el caos de mi pensamiento.

—Las he olvidado, me contestó de una manera tan insegura que comprendí que vibraban aún muy distintas en su corazon pero que no queria decirlas; las he olvidado, repitió lentamente, sólo recuerdo dos nombres.

—Cuáles, mamá, cuáles?

—Hélos aquí: ¡Blanca! ¡Luis!...

—Al escuchar esos nombres, Pepe, me estremecí, me pareció ver el fondo de mi alma al vacilante fulgor de una luz extinguida al momento y que condensó más su oscuridad.

Tranquilité á mi mamá con algunas palabras, y como al corazon de las madres llega siempre la voz de sus hijos, creo que logré desvanecer su pena, asegurándole que un sueño en que delire un poco no debe inspirarle ese temor.

Pero desde entónces, Pepe, es cada vez mayor la confusion de mis ideas, el desórden de mi pensamiento.

El nombre de Blanca resuena constantemente en mi corazon, unas veces tan dulce como el batir de las alas de un ángel, otras como el eco desesperado de una maldicion.

A este nombre se mezcla el nombre de Luis, y mi alma se revuelve entónces doliente, y siento rugir no sé qué pasiones que despiertan en ella.

¿Amaré yo á Blanca?...

Pero nó, qué desvarío, este nombre me impresiona más, porque es el que ha llega-

do á mí en medio de mi delirio.

Recordarás que cuando en Córdoba te hablé de esta niña, te dije que creía que mi amigo Luis de la Roca estaba enamorado de ella; así era en efecto, y Blanca le ama también.

Luis me escribe con toda confianza y me habla de sus amores, sin ocultarme que éstos levantan una gran lucha en su corazón, y que es desgraciado.

¡Desgraciado teniendo el amor de Blanca! ¡Ah! algunos corazones no se sacian nunca, y avaros de felicidad dejan siempre la dicha verdadera por buscar venturas ideales!...

Sin duda estas cartas que leo con inmenso interés son las que graban en mi alma el recuerdo de Blanca, bien así como la última idea que nos agita al dormirmos es la que toma forma en nuestro sueño.

Sin embargo, este agoviador recuerdo, esta inquietud constante y tenaz imprimen á mi espíritu un sello de desaliento, de agonía, que en vano quiero desvanecer.

Dime tú, pues, qué debo hacer; á no ser porque ahora no puedo abandonar á mi buena mamá, me iría á buscarte á ver si olvidaba á tu lado esta fatal fascinación.

Escribeme y envíame en tus cartas el rayo de luz que busco en vano; ellas me serán muy gratas, pues á más de tus consuelos me traerán la grata seguridad de tu cariño, que estima en todo su valor tu amigo

ANTONIO.

CARTA XV.

Gloria á Blanca.

Madrid, Julio, 186...

Tienes razon, mi querida Blanca, un amor que como el tuyo al nacer en el alma la domina, no se puede, no se debe combatir sino guiar.

Pero seré yo la que pueda hacerlo, niña mia?

¡Ah! no!... De nada servirá mi voz si tú no despiertas de ese éxtasis con el poder de tu voluntad.

Yo creo que se deben acariciar en el pensamiento algunas ilusiones, para que ellas sean la luz del mundo moral como el sol del mundo físico, pero no creo que se debe vivir constantemente en el país de las quimeras, como haces tú, mi linda Blanca.

Eres muy jóven y no es extraño; sientes ahora esa primavera de la vida que tan bella es, pero que tan pronto pasa.

Schiller dice lamentando su pérdida:— «Por qué han de pasar tan pronto esos hermosos dias del primer amor?»

Pero en la creacion todo guarda una relacion admirable; todos los sonidos forman una sola armonía, todos los reflejos una sola luz.

Para que madure el fruto la flor cae, y en el órden moral, para que la razon dé frutos de consuelo, las ilusiones se desvanecen.

Estas reflexiones me ha inspirado tu carta, Blanca mia, tu carta, que me prueba que en tu corazon no cabe hoy más que un sentimiento, y que para que mi voz llegue hasta tí debo hablarte con su mismo lenguaje.

Te basta conocer de Luis el nombre, la mirada y el eco de su voz!...

Pero, niña mia, ¿has pensado lo que seria de tu pobre corazon, si por una de esas eventualidades de la vida que no se esperan, y que son por lo tanto más terribles, esa voz se apagase para tí y no vieras brillar esa mirada, ni nadie te res-

pondiese á ese nombre que te es tan querido?

¿No has tenido la idea de que Luis puede sentir por tí, no un amor profundo de los que jamás se extinguen, sino una fascinacion grande é instable, que deje al pasar en tu alma con el primer dolor el vacío eterno donde no vuelva á anidarse la esperanza?

Aunque no te hayas engañado al juzgarle, aunque sea leal y sincero, ¿crees tú que saciará tu sed de amor el amor tibio de un corazon gastado, abrumado por recuerdos devoradores? Bendices la tempestad que le arroja á tu lado aunque tenga el alma destrozada....

¡Ah! qué niña!... ó mejor qué corazon!... Quizá dices bien, y el hablarte yo así consiste en que no he amado nunca con ese delirio, pero tú sabes que siempre he querido á Cárlos al cual recordaba en mis expansiones contigo con más calor que á un hermano, pero en la creencia de que él no sentia hácia mí más que el afecto de familia, ocultaba en el corazon mis sentimientos, y á no haberme amado Cárlos, á no haberme hecho su esposa, quizá hubiese llegado á ser algun dia este cariño puramente fraternal!

Tú, apasionada en todo, no podrias amar así; tu alma de ángel comprende todos los grandes sentimientos tan elevados como sus aspiraciones, y les rinde un culto magnífico; quiera Dios que no sientas con la misma inmensidad los dolores, porque acaso no sabrias ni podrias resistirlos!

Las almas más grandes son las que ménos saben sufrir, ellas se abaten con el primer soplo de desgracia, mientras las almas débiles se fortalecen.

Así cae el árbol secular herido del rayo mientras la débil palma se columpia airosa mecida por el huracan! Por eso deseo, no que ames de otro modo, pues á nadie le es dado cambiar su manera de ser, sino que tu voluntad no se anule, que tu voluntad enfrene tus sentimientos desordenados.

Oye lo que dice Feuchtersleben, que parece se ha escrito para tí:

«Hay épocas afortunadas en la vida, en que el cuerpo se subordina al espíritu, de modo que llega á olvidar sus propias necesidades. En estos casos, todas las fuerzas físicas se desarrollan y siguen libremente su curso, como una corriente que se extiende sin barreras, entre una orilla visible y otra invisible.

»¡Feliz el que alcanza ese poder de abstracción, que sabe evocar el éxtasis y moderarlo con su propia voluntad.»

Debes, pues, Blanca mía, no olvidar esta máxima y esforzar ese poder hoy adormecido en tí, para pensar, para comprender á dónde te llevará ese impulso que te arrastra.

No pases esa ansiedad que refleja tu última carta por adivinar lo que entristece á Luis; hay misterios en la vida del hombre demasiado graves para confiarlos á una niña, y á ellos sin duda pertenece el que le aflige, cuando á pesar de su amor no se decide á revelártelo: además, la muerte reciente de su madre disculpa esa tristeza, pues aún debe llenar su alma tan doloroso recuerdo.

Yo nada temo respecto á sus antecedentes, ni á su vida pasada; Carlos le conoce y cuenta rasgos grandes y magníficos que prueban cuánto vale, y justifica tu apasionado amor.

Carlos lo creía en la Habana, y al saber que está en Granada le ha escrito, y hasta creo que hubiese ido á buscarlo á no ser por las muchas ocupaciones que tiene.

Cuando me oye Cárlos hablar de tí y me pregunta algunos pormenores de tu carácter, de tus costumbres, me dice refiriéndose á Luis:

«Son dos almas vaciadas en el mismo molde, y Dios al unirlos por el amor, ha querido que se confundan en una, para que puedan en la vida realizar un cielo; cuanto me dices de Blanca he observado yo en Luis; la misma grandeza de sentimientos, el mismo entusiasmo, la misma pasión.

»Ah! continuó, no aconsejes á Blanca que le ame ménos, Luis necesita ser amado así, ántes que todo, de una manera exclusiva y eterna, sólo de ese modo aceptaría él el amor de una mujer.»

Muy grato me es saber que es digno del amor que te inspira, pues esto es una prueba de que te hará feliz.

Me ocupan mucho los preparativos de viaje y no te puedo escribir más, cuando lo hagas tú me diriges tus cartas á Vichy.

Adios, Blanca mia, queda pensando en tí, y queriéndote con todo su corazón, tu amiga

GLORIA.

CARTA XVI.

Isabel de Leon á la Marquesa de la Vega.

Sevilla, Julio, 185...

He recibido tu carta, querida mia, con el grato placer que todas las tuyas, y la he leído con tanto gusto como con afán era esperada.

No necesitabas disculparte con tus ocupaciones; yo conozco tu gran pureza para escribir, y por eso estimo en más tus cartas, pues venciéndola por mí me ofreces una prueba de cariño.

No sé en verdad cómo puedes estar tanto tiempo en el campo; tú, tan bella, tan elegante, tan distinguida, encerrarte en la soledad de ese valle!...

Debe ser muy aburrido contemplar siempre el mismo paisaje, por más que esté bordado de flores y lleno de armonías.

Yo no encuentro placer alguno en esas poéticas soledades, y prefiero la luz brillante de un salón y los eco de una orquesta, á la dulce y suave luz de la luna y á la armonía de la corriente en que se quiebran sus rayos.

Deja pues ya esa vega donde el estío con su abrasado soplo habrá secado las flores, y no me hagas dudar de tu buen gusto quedándote en esas florestas eternamente solas, en vez de buscar uno de los animados centros de la moda invadidos ya por lo más elegante de nuestra sociedad.

No me extraña que tu hermana sea hoy lo que prometía hace seis años; entónces se adivinaba en ella esa belleza que hoy se ostenta espléndida, como se adivina en un capullo la hermosura de una rosa.

También cuando niña despertaba vivas simpatías, y á través de los velos de la infancia se veían á veces brillar como claras chispas de un fuego interno, rasgos de un talento deslumbrador.

Comprendo cuán querida te será, no sólo por su mérito y sus gracias sino por ser tu única familia; quiera Dios que no la separen pronto de tu lado, pues valiendo

tanto la cercará una verdadera c6rte de *aspirantes* ap6nas sea conocida.

Antes de recibir tu carta habia oido hablar de su belleza, su bondad, y del gran talento que la distingue.

¿Sabes 6 quien? A mi hermano Jos6 Mar6a, el cual lo sabe por su amigo Mendoza que habla de tu linda Blanca con apasionado entusiasmo.

Pepe, que no la vi6 de ni6a, porque como sabes estaba ent6nces en el colegio de Artiller6a empezando su carrera, me hace infinitas preguntas acerca de ella, y ha leido con el mayor inter6s los p6rrafos que en tu carta describen su belleza.

El como yo sabe el cari6o que ha unido siempre 6 nuestras dos familias, y dedica ya una tierna simpat6a 6 Blanca, la cual 6ntes de verla envia 6 lo l6jos en alas de la fama el poder de sus encantos, como envian las flores 6 distancia las emanaciones de su esencia, para hacer desear su proximidad.

Creo que si su cuadro vale tanto como dices, no debe quedarse oculto en el oratorio de tu quinta, sino llevarle 6 tu galer6a donde pueda ser admirado, y donde conquiste gloria 6 su j6ven autora: ¿de qu6

sirve el talento si se oculta? si ella desea verle ahí tú harás que hagan para ello una copia, teniendo tú al original en Madrid.

No te equivocas al decir que será aquí insoportable el calor; pensábamos irnos, pero como por ahora no quiere Pepe solicitar una licencia y no puede sin ella acompañarnos, sólo iré yo con mamá á uno de estos deliciosos puertecitos que hay muy próximos.

Con mucho más gusto te acompañaría en tu excursion á Baden, pero mamá no puede quedar sola, está como sabes delicada y necesita de todos mis cuidados.

Á tu vuelta á Madrid iré á tu lado unos dias para tener el gusto de verte, lo cual deseo mucho, conocer á tu hermana y gozar con tu triunfo cuando la presentes en el gran mundo.

Indudablemente que tú sabras realzar su natural belleza, pues la bella y elegante marquesa de la Vega tiene que dirigir de una manera encantadora é inmejorable el atavío de su hermosa niña.

Ya me parece sentir el rumor de admiracion que se levantará en tus magníficos salones, al aparecer Blanca al lado tuyo como para hacer resaltar unidas la belleza de vuestros distintos tipos.

Los rizos ondulantes de tus cabellos rubios parecerán más vaporosos y de un matiz más delicado junto á los espléndidos cabellos negros que guarnecen de una manera tan bella la frente de tu hermana.

Tus ojos, de un azul tan puro como el cielo de la mañana, brillarán con más dulzura, si se miran al mismo tiempo los magníficos ojos de Blanca, negros como la noche y brillantes como la luz; tu boca, siempre risueña, y tus mejillas rosadas como la dicha, harían más notable el contraste junto á la boca suspirante y la tersa palidez que á ella le es habitual.

En todo ofreceis la misma diferencia, pero bellas las dos, hareis resaltar mutuamente vuestros encantos, como una flor de nuestro ardiente clima unida á una suave flor acuática.

Todos lo conocerán así, y entre las que más admiren y más de corazón lo digan, estaré yo, María mía, pues gozaré mucho con los aplausos que tributen á esa querida niña, á la que tantas veces he tomado en mis brazos, cubriéndola de besos.

Adios mi buena y querida amiga, escríbeme desde Baden y no olvides decirme si tu niña hace muchas conquistas y si hay

mucha animacion y variedad de modas.

Mi mamá te abraza cariñosamente y mi hermano te saluda como á Manuel y Blanca, besa á ésta por mí y sabes cuánto y qué de veras te quiere tu amiga

ISABEL.

CARTA XVII.

Blanca á Gloria.

Vega de Granada, Julio, 186....

Mañana salimos para Baden, Gloria mia, y te escribo en la última noche que paso aquí para arrojar sobre el papel las lágrimas que llenan mi corazón y le oprimen.

Luis queda en Granada; y á la sola idea de no verle, falta aliento á mi vida y luz á mi alma.

Yo lo he visto dudar y sufrir, como si su corazón le impulsara hácia mí y le retuviese y alejase, no sé qué poder fatal que ha vencido al fin.

Hoy ha sido uno de los días más hermosos que he visto en Andalucía, como si la naturaleza solemnizase algo grande y ostentase para ello sus mejores galas.

La vega se engalanaba con las mejores

flores; una brisa dulce y fresca mecía voluptuosamente las hojas, dejando en ellas besos de perfumes; el cielo era tan azul y tan puro que parecía un pabellon de raso sostenido en el vacío por la mano de Dios.

Nunca olvidaré este día ni estos sitios donde mi corazón ha dado su primer latido y han brotado en mi pensamiento las primeras emociones.

Ayer terminé el cuadro que han de colocar en el oratorio, y aunque me halagaba el entusiasmo con que era admirado, me entristecía el pensar que acaso la que tanto ha orado á su santa imágen al darla forma, sólo en sueños la vuelva á ver.

Tengo un triste y vago presentimiento que no comprendo, pero que llena mi alma de sombras de dolor.

Creo que es una despedida eterna la que hago á estos sitios, y Luis lo cree también, pues en las frases que me ha dirigido hay muchas de desesperacion y ninguna de esperanza.

Me decias en tu última que dominase con el poder de mi voluntad mis sentimientos; si lo que tú quieres es que limite los impulsos de mi corazón según las fórmulas sociales, cumplo tus deseos, Gloria, pues

ni una sola vez vibrará el nombre de Luis en mis labios, aunque ese nombre querido resuene para mí en todos los ecos de la creacion; pero si me dices que esclavice, que amolde á la medida de mis deseos el amor que brota grande y puro en mi pensamiento como ilusion, en mi razon como anhelo, y en mi alma como esperanza, entónces en vano lo intentaré, porque yo no puedo decir á mi corazon que no palpите, que no anhele una dicha divina; no puedo hacer que mi alma lo espere y que no se dilate en otra, ni puedo hacer que mi pensamiento no delire en la aspiracion incesante de una ilusion celestial.

Yo no puedo atraer el sueño que huye de mí ante el recuerdo de Luis, como huye la no he ante la luz de la mañana; no puedo deshacer las lágrimas que se forman en mi corazon ántes que suban á mis ojos en olas de fuego, ni apagar el eco que me repite dulcemente la voz de Luis, aunque esta voz siempre grata me diga como hoy «adios;» y esa frase á la que llama Víctor Hugo la palabra de las profundidades, resuene para mí tan triste como el eco de una campana de agonía.

Yo podria decir parodiando á un filósofo-

fo aleman, que el mundo se halla donde se halla él, pues sin él sólo encuentro el vacío y la nada.

Yo hubiera sido feliz en esta soledad donde todo me habla de él, donde todo guarda el perfume de su recuerdo.

Aquí, el banco en que yo estaba cuando le ví la primera vez; la calle de árboles por la que le veía avanzar al galope de su caballo; el pabellon en que una tarde ví lágrimas en sus ojos; los jardines que recorría buscando flores para mí; la acacia de donde él cortó una rama que rozó mi frente, el viento que volaba de él á mí, como para trasmitirme con su aliento la esencia de su alma.

Alí no tendré suyo más que mi pensamiento y un ramo de violetas, secas ya, que una mañana encontré en la reja de mi tocador y que Luis dejó para mí.

Luis al ménos podrá venir á estos sitios y recorrerlos buscándome; podrá leer los libros que yo leía y que le he dejado; mirar mi cuadro; coger estas flores, mirar cuanto queda mio, pero yo ¿en dónde buscaré sus recuerdos?...

Ah, Gloria mia! qué triste es la ausencia de la persona amada! es el vacío, la ago-

nía del alma que muere sin morir.

Cuando yo no vea el cielo que cubre su frente, ni sienta las brisas que dilatan su aliento, no sé si voy á poder respirar, porque vá á faltarme la vida de esperanza que hoy me sostiene.

Ya ves que no le reconvegno porque no me siga: sufría hoy tanto al separarse de mí, su voz era tan temblorosa, su mirada tan sombría, que su dolor ha debido ser intenso, y cuando ha podido vencerle, debe haber alguna causa más grande que él, que yo no comprendo ni puedo adivinar.

Si vieras cómo vacilaba hoy, cómo dudaba al decirme cuánto valor necesitaba para quedar léjos de mí!

Manuel le ha dicho que puesto que ha de permanecer aún en Granada, venga alguna vez en nuestra ausencia á inspeccionar la obra del oratorio—muy adelantada ya;—ha aceptado con alegría, porque como sabe que soy yo la que he deseado tenerlo, le es grato ocuparse en satisfacer un deseo mio.

Ha visto ya terminada la Concepcion que le ha de adornar, y no necesito decirte con cuánto entusiasmo.

Esta tarde estaba mirándola de nuevo

—pues se ha colocado en el saloncito bajo
—y Maria salió para dar algunas órdenes;
entonces Luis se volvió á mí y con una voz
tan alterada que me asustó, me dijo mirán-
dome con pasión:

—Blanca, dime ante esa imágen bendita
que no me olvidarás nunca, que no dejarás
de amarme.

—Sí, te amaré siempre, Luis, le dije:
¿pero lo dudas tú?

—No, pero necesito saberlo, me contes-
tó, y añadió como si obedeciese á una idea
fija: ¿y si no me volviese á ver, ó si te di-
jesen que no debias amarme, sería siempre
tu amor el mismo para mí?

Al oír esta pregunta mis ojos se llena-
ron de lágrimas; no verle más, Dios mio!
es no vivir esa vida de sueños de gloria,
de esperanzas divinas que su presencia me
inspira; es la agonía que rompería mi co-
razon demasiado débil para resistirla; la
idea de no verle que él despertaba en mi
mente, cruzó como un relámpago fugaz
ante mis ojos y me sentí morir.

El debió comprenderlo así, porque mi-
rándome con ansiedad, con temor, me pi-
dió perdon por haberme asustado con tris-
tes presentimientos.

¿Para qué he de prolongar mi dolor diciéndote los pormenores de su dolorosa despedida?

Después de escribirte estoy más tranquila, como siempre tu cariño y tu amistad son mi supremo consuelo.

Escríbeme, Gloria mía, ya sabes cuánta dicha me dan tus cartas tan dulces, tan amantes, como el corazón que las inspira.

Creo, no sé por qué, que he de sufrir mucho en Baden, al menos comparte mis pesares, ya que eres tan buena, para que sea menos infeliz tu

BLANCA.

CARTA XVIII.

Luis á Antonio.

Granada, Agosto, 186...

Muchas veces he querido escribirte, tanto para contestar á tu grata última como para buscar en tu amistad un alivio y un consuelo; pero siempre he dejado la pluma con desaliento; me faltaba valor para escribir tal como yo queria, es decir, grabando en el papel toda la amargura de mis sentimientos.

Hoy espero tener ese triste valor, porque estoy desesperado, y es una gran verdad que el heroismo no es muchas veces más que el resultado de la desesperacion.

Blanca ha marchado á Baden con sus hermanos, y sin ella creo que podré romper esta fascinacion extraña que ha envuelto mis sentidos, y que viéndola me era imposible desvanecer.

Dices que no te habré creído digno de saber la causa de mis pesares: no, Antonio, no; es que quisiera ocultarla á mi pensamiento, á mi propia razon.

Es el resultado de uno de esos momentos de locura, ó más bien de debilidad moral que nos encadena para toda la vida, á una lucha dolorosa, tanto más triste cuanto es más imposible que termine.

Tú quizá no me perdones que no haya sabido vencer los impulsos de mi corazon, provocando la situacion difícil que mi amor hácia Blanca ha creado para ella y para mí.

Pero si tú supieras cuán grande es este amor, cuánto he buscado yo á una mujer como Blanca, y que esa niña apasionada y tierna es el ángel que realiza en el mundo el ideal de todos mis sueños, entónces, Antonio, me compadecerias no pudiendo culparme!

Además hay algo, como una fuerza que emanase de un poder superior é invencible que domina nuestra voluntad y nos impulsa fatalmente á donde no queremos ir.

Yo he luchado agotando mis fuerzas para vencer este amor, que se engrandecía más cada vez, y que hoy es mi vida.

Pero era imposible que al ver á Blanca, dulce, amante, apasionada, brotasen de mis labios más que las frases de amor que eran un eco del inmenso que llena mi corazón.

Muchas veces he querido deshacer el misterio que la martirizaba y decirle la verdad, toda la verdad; pero ¡ay! el temor de ver apagarse en lágrimas la luz de aquellos ojos magníficos donde veía yo escrita la historia del amor que inspiraba, apagaba mi voz y no tenía valor.

Hoy, comprendiendo que me faltaría siempre, te busco á tí que eres mi mejor amigo, para que cumplieras una misión bien triste, pero que sólo á tí confiaría.

Hace un año que estoy casado en secreto en la Habana.

Cómo se hizo este casamiento, voy á decirte.

Frecuentaba yo en el pasado año una de las casas más distinguidas de la Habana en que se recibía los Domingos, siempre con una encantadora confianza y bondad.

Una noche en que asistí á un baile ví una joven que estaba sola y al parecer muy aburrida.

Me senté junto á ella y empecé á preguntarle por qué no bailaba; me contestó

con esa dulzura natural en las americanas, que nadie la habia invitado.

Me levanté y la ofrecí mi mano que aceptó con alegría, y empezamos á girar en el torbellino de parejas que valsaba.

Al dejarla en su asiento de nuevo, Luz —así se llamaba—estaba encantadora: sus mejillas ántes pálidas estaban rosadas, sus ojos pardos brillaban y su boca algo grande pero fresca y pura sonreía dulcemente mostrando una preciosa dentadura.

No era una mujer hermosa pero era una niña graciosa y linda.

Aquella noche y despues varias veces la hablaba yo con preferencia á otras, pero sin sentir hácia ella más que una débil simpatía.

Sin embargo, se empezó á notar que yo la distinguía, y mis compañeros me dieron algunas bromas por mis amores.

En vano les aseguré que no existían, no me creyeron.

Luz no tenía padres, vivía con un hermano bastante mayor que ella que la quería con pasión.

Un día paseaba yo distraído y pasé por delante de su casa mirando á los balcones, en los cuales veía algunas veces á Luz y

cambiaba algunas palabras con ella.

Allí estaba en efecto, y me detuve á saludarla; hablamos de varias cosas y me dijo que habia aprendido una sonata muy linda en el piano: le demostré deseo de oirla, y aunque no sin dudar y vacilar mucho me invitó á pasar.

Su hermano no estaba allí, y Luz creia que no vendria en unos dias; me recibió en su gabinete, adornado con elegante sencillez, y se sentó al piano tocando en él varios trozos que oí con placer, pues sabes cuánto me gusta la música.

Despues, confusa y ruborizada vino á sentarse á mi lado casi temblando de emocion.

Yo no amaba á aquella mujer, te lo repito, pero estaba solo con ella en un gabinete perfumado, iluminado por la débil luz de la tarde que pasaba á traves de cortinajes rosados envolviendo todos los objetos en un suave matiz; veia temblar en la mirada de aquella jóven tan bella no sé qué irradiacion misteriosa que me dominaba, y agitarse sus labios como si en ellos se apagasen sin sonido las palabras que brotaban de su corazon.

Entónces pensé en que aquella mujer,

aquella niña, podía quizá saciar mi corazón vacío, creí ver el amor en su mirada y la hablé de amor.

No sé decirte lo que sucedió despues; Luz me amaba y acogió sin extrañeza la demostracion de un sentimiento que no existia, pero que ella deseaba.

Cuando se habla de amor las horas pasan rápidas, como las palabras que lo expresan, y ni Luz ni yo nos apercibimos de que á la luz del dia sucedia la sombra de la noche; con sus manos entre las mias oia palpitante el eco de mis pensamientos que realizaban el primer dulce sueño de su alma, y olvidados del mundo nos creiamos solos en él; debo confesarte que yo participaba de la fascinacion que ella parecia sentir, y es que en mis ojos se reflejaba el rayo inmenso de aquella pasion que se me demostraba de una manera tan grande sin tratar de encubrirlo ni apagarlo.

De pronto, en medio de nuestro éxtasis, Luz sintió una voz que la llamaba, y ántes de poder tomar una resolucion apareció su hermano en la puerta del gabinete.

Luz palideció de espanto, y yo te confieso que en el primer momento no supe lo que hacer.

Comprendí que debía tomar una resolución definitiva, y me adelanté hácia el hermano de Luz, que mudo de asombro al ver que su hermana no estaba sola, se habia detenido, rogándole que me dispensára mi libertad en ir á su casa en gracia del objeto que me llevaba á ella; amaba á Luz é iba á pedirle su mano.

Al oirme, la mirada dura y sombría que fijaba en mí se dulcificó, y señalándome de nuevo un asiento ocupó él otro, empezando por decirme el disgusto con que habia visto la ligereza de su hermana al recibirme sola; que me conocia y me apreciaba lo bastante para no negármela, y que puesto que ella me amaba tambien accedia con placer á nuestra union.

No puedo decirte lo que yo sentí al comprender que habia fijado mi destino con una imprudente precipitacion; que acaso diciendo la verdad no hubiera debido exigirme tan gran sacrificio, pero ya no podia retroceder.

Le manifesté que nuestro casamiento debía ser secreto, porque mi madre no lo consentiria, y porque yo no podia depositar la cantidad que el Gobierno exigia á los oficiales de mi graduacion.

Quedó, pues, decidido que Luz continuaria con su hermano en tanto que no se pudiese publicar nuestro matrimonio, y que éste se efectuaría lo ántes posible.

Un mes despues, Luz era mi esposa ante Dios, y yo olvidaba en su amor y sus caricias los tristes pensamientos que en ese mes me habian agitado.

Pero muy pronto la ilusion que yo habia acariciado de felicidad se desvaneci6.

Luz era ligera y coqueta; las emociones pasaban por su corazon sin grabarse en él, y aunque me amaba como ella podia amar, no era ese el sentimiento que necesitaba yo.

No podia, no sabia privarse por mí de un placer, y si alguna vez me veia triste, en vez de preguntarme la causa para consolarme, se aburría.

Al casarme con ella, obedeciendo á un sentimiento de honor y delicadeza, creí poder hacerla feliz, pero Luz se habia equivocado tambien y no era amor lo que yo le inspiraba.

Así pasaron los diez meses que viví á su lado, y cada dia separaba más nuestros corazones, que casi pudiera decir no se unieron nunca.

Por este tiempo recibí mi ascenso á ca-

pitan, y cuando pensaba en publicar mi casamiento, la noticia de la grave enfermedad de mi madre.

Solicité y obtuve una licencia para venir á la Península, y como Luz no quiso seguirme, pretestando que tenia miedo á cruzar el mar, vine solo con tiempo para asistir á la agonía de mi madre querida.

Despues tú sabes de qué modo conocí á Blanca, y cómo he hallado en ella la mujer que soñaba y que he buscado toda mi vida.

La he amado de una manera tan grande que su amor apagaba en mi alma hasta la dolorosa realidad que me separa de ella, para hacerle soñar un mundo de delicias.

Mil veces he querido decirle la verdad, y otras mil llevarla conmigo á donde nadie nos conociera y vivir para ella; pero ¡ay! Blanca acostumbrada al respeto y consideracion del mundo no podria vivir huyendo de la sociedad.

Ya sabes, Antonio, por qué me llamo infeliz, por qué sufro, á pesar de tener la grata seguridad del amor de Blanca.

Ahora oye lo que espero de tí.

Quiero que vayas á Baden y veas á Blanca; que la digas todo lo que yo no he teñi-

do el valor de decirla, y que la ruegue me perdone.

No me culpes tú, ni me culpe ella, pues la amo de tal modo, que si hoy la viese de nuevo, sólo de mi amor podría hablarla.

Comprendo que es muy cruel esta exigencia, pero Antonio confio mucho en tu cariño y en la nobleza de tus sentimientos.

Si mi voz la hiciese esta declaracion quizá la mataria, y tú sabrás, no lo dudo, dulcificar un poco acerca de mi pobre Blanca la amargura de que está impregnada.

Cuanto yo te diga que sufro seria pálido reflejo de la realidad.

A veces creo ver á Blanca pálida y helada despues de escucharte, la veo despues morir por mí, y entónces sufro yo una agonia mil veces más dolorosa que la muerte.

Otras creo que su alma de ángel se demuestra en toda su grandeza, y acepta mi amor tal como hoy es, grande, puro, inmaterial, sin esperar nada de él.

Sueño tambien que la inmensidad de su amor la dá valor para vencer todos los obstáculos, todas las preocupaciones, y se une á mí por los lazos del amor, más fuertes, más eternos que los que forma la triste corriente de las circunstancias.

Pero cuando más sufro, cuando siento desplomarse sobre mí un mundo de dolor, es cuando pienso que Blanca me desprecia, me olvida, y hasta se avergüenza de haberme querido.

Ah! no, Blanca mia, perdóname; tú me comprendes y sabes cuánta adoracion guarda mi alma para tí; tú sabes que deslumbrado ante tí todo lo he olvidado porque no se piensa en el éxtasis; tú me has visto luchar con una idea que no comprendias y no podias adivinar, pobre ángel, que ella, cual el mio, habia de ensangrentar tu corazon!....

Perdóname tú tambien, Antonio, porque estoy loco; tú no comprendes, no puedes comprender toda la angustia que me oprime, toda la amargura que estoy apurando.

Creo en mi locura que dejo á Blanca sola, abandonada, porque ella, estoy seguro de que no amaré á otro hombre; pienso en lo feliz que acaso hubiera sido de no conocerme, y me odio á mí mismo, y maldigo mi debilidad en no romper desde el primer dia los vanos deseos de mi corazon.

Afortunadamente nadie sabe que yo soy casado, y aunque hayan conocido mi amor

no podrán arrojar sobre la pura frente de Blanca una sombra imaginaria.

Una de las ideas que más me agitan y que aún no he tenido el valor de escribir es que Blanca pudiera casarse con otro.

A este pensamiento mi sangre arde y mi corazón se rompe.

No y mil veces no; yo la mataría ántes; pero ¿con qué derecho?

Antonio, tú solo podrias arrancar de mi alma esta duda cruel; cástate tú con ella, sé para ella más que un esposo un hermano, y yo te bendeciré toda mi vida.

Así la pobre niña tendrá un apoyo y yo no sentiré la desesperacion suprema de creerla de otro hombre.

Sé que esto acaso sea para tí un sacrificio, pero tú sabes lo que vale Blanca, y aunque no la ames serás feliz con su dulce compañía, si ella te concede siquiera su amistad.

Adios, Antonio, no me ocultes nada de lo que digas á Blanca y de lo que ella diga.

Esta carta es el último adios á mis esperanzas, á mis delirios; sé tú para mí lo que espero, para que no lo sea también á mi amistad.

No permaneceré aquí más que el tiempo

necesario para recibir tu carta; despues volveré á la Habana donde me espera un hogar frio, y una mujer que en cuatro meses sólo dos veces me ha escrito para anunciarme que no puede ponerse luto por mi madre por no ser público nuestro matrimonio.

Adios, compadece á tu infeliz amigo

LUIS

CARTA XIX.

Antonio á Luis.

Madrid, Agosto, 186...

He leído tu carta absorbiendo en mi alma toda la amargura de que está impregnada, pero agradeciéndote tu confianza en mí, que estimo en cuanto vale.

Apénas podré coordinar una idea en medio del asombro que siento, Luis: ¡tú casado! ¡ah! ¡qué triste desengaño para la pobre Blanca!...

No comprendo tu fascinacion, ó más bien tu debilidad, en no huir de Blanca al conocer que te enamorabas de ella!....

¿No sabias que al despertar el corazon de esa niña á tu amor habias de marchitar sus flores con un cruel desengaño?...

¡Que no has tenido valor para arrancar ese amor de tu alma!... ah! el hombre dis-

culpa siempre como debilidades sus aberraciones, sus ligerezas y hasta sus crímenes; porque crimen es, Luis, hacer soñar la felicidad á una mujer que nos cree, porque en su dulce candor no duda, no puede dudar de nuestras palabras, para hacerla despertar con una verdad tan triste.

¿Y he de ser yo el que ha de arrancar de la frente de Blanca su guirnalda de ilusiones, el que ha de ofrecerle en la copa de la vida la primera amarga hiel que ha de llenar para siempre su alma de amargura, y al recordar este dolor que nunca olvidará, pues el primero—como dice la Sra. Gomez de Avellaneda—si no es el más grande, es indudablemente el más sentido; al recordar este momento como una sombra penosa en su pasado, recordará mi nombre para odiarle acaso, porque no podrá perdonarme el que haya sido yo quien ha separado de sus ojos el velo que tantos dolores ocultaba?

Y si Blanca no me aborrece por ello, si comprende el sacrificio que por tí me impongo y lo paga con su gratitud, ¿no tendré yo siempre la amargura de verla sufrir y el dolor de no poderla consolar?...

Triste y difícil es la misión que me con-

fias, pero sabré cumplirla por ella y por tí.

¡Ojalá que cuando vistes á Blanca por la primera vez me hubieses hecho esta revelacion y acaso se hubieran evitado muchos males!

Muy pronto saldré para Baden, y allí diré á la infeliz Blanca que era un sueño su amor y su esperanza.

Dices que para ofrecerle el apoyo de que carece me case yo con ella; Blanca quizá no lo consentiria, pero si así fuese ¿has pensado en que amándote Blanca á tí de una manera tan grande seria hacerla más infeliz el encerrar en los estrechos límites de un deber sagrado el vuelo de sus pensamientos?

Ya ves que no me ha sorprendido tu proposicion, y si necesitas para consuelo del dolor que hoy sientes la seguridad de que Blanca al faltarle tú no queda sola; de que si ella me aceptase por su esposo tendria en mí, no el cariño del amante sino el respeto y la consideracion del hermano, yo te juro por la memoria de mi padre que lo seré para ella, y que si no puedo hacerla feliz, pues la felicidad si una vez huye no vuelve nunca á anidarse en el corazon, sabré al ménos rodearla del cariño, el respe-

to y la consideracion que merece, y que yo sabré exigir á la sociedad para la mujer que lleve mi nombre.

Puesto que tu confianza que tanto aprecio me ha descubierto tu pasado, tengo el deber de decirte lo que mi corazon y mi amistad me dictan.

Creo Luis que tú debes volver á la Habana al lado de tu esposa que tiene ante Dios ese sagrado derecho.

No te digo que olvides á Blanca, porque una vez vista no puede olvidarse; pero guarda de ella en vez del ardiente recuerdo que hoy la consagras, la memoria dulcísima que vaga como un perfume queda en el corazon al desvanecerse un sueño embriagador.

Dices que tu mujer te ama á su manera y no como tú necesitas ser amado; pues bien Luis, ¿por qué no intentas modificar su carácter, ó avivar al contacto del tuyo el fuego extinguido en su corazon?...

Es jóven, es bella y buena y la amarás de nuevo, si no con el culto apasionado que dedicas á Blanca, al ménos lo bastante para apreciarla haciéndola feliz.

Quizá ella te ama como tú deseas, y herida por tu indiferencia busca el olvido en

esas diversiones que tú crees le son necesarias.

En tu amor hácia Blanca entra por mucho el empeño del imposible; los hombres como tú se obstinan siempre en alcanzar lo que ven más léjos.

Yo tengo la seguridad de que Blanca te ama tanto, que quizá lo olvidase todo por tí para seguirte; ¡pero qué triste triunfo sería el tuyo y cómo sentirias luégo el vacío que forma alrededor del alma un momento de locura!... Cuando apagada la divina luz de la ilusión vieras lo sombrío de la realidad, ¿seria bastante el amor de Blanca para dulcificar y embellecer la amarga soledad creada por tí?

Y luégo Luis, ¿para qué luchar contra la corriente del destino?...

La vida es breve é igual, siempre el mismo anhelo que no se satisface siempre soñando en ella la felicidad que vemos velada entre las sombras del porvenir como un reflejo que se desvanece.

¿Por qué, pues, ese afán de goces que jamás hallamos?...

¿Crees tú que si pudieras libremente amar á Blanca, dedicarla tu vida, se saciaría al anhelo de tu alma?

Ah! no, Luis, ambicionarias más, porque tal es la condicion humana.

Olvida, pues, delirios que nunca debiste acariciar, ten valor para cumplir con tu deber, y en el mismo hallarás la calma ya que no la dicha.

Yo cumpliré tambien el que tu amistad me impone, y aunque no espero la felicidad, tendré al ménos la dicha de haber calmado tus pesares al cumplir tus deseos, y la grata mision de velar por Blanca será mi recompensa.

ANTONIO.

CARTA XX.

José M.^a de Leon á Antonio Mendoza.

Sevilla, Agosto, 183...

Tu carta me ha entristecido profundamente, pues veo que sufres y siento no poder desvanecer tus pesares.

Quizá al recibir ésta se hayan calmado ya y te rias de tu pasado sentimiento, como al ver la luz se rie el niño de la sombra que le daba miedo, porque las impresiones cuyo origen no se conoce, se desvanecen con la misma facilidad que se crean.

Mucho celebraré suceda así, aunque yo creo ver más claro que tú en lo que pasa en tu corazón.

¿Quieres que te diga lo que produce en tí esa agitacion extraña de que no te dás cuenta? Te lo diré: estás enamorado por la primera vez, y al sentir el amor sientes los celos.

Amas á Blanca de Osuna, y como ella ama á su vez—ó por lo ménos tú lo crees así—á tu amigo la Roca, de ahí tu desesperacion, tus dudas y temores.

No te negaré que es triste, muy triste, amar sin esperanza de que se nos ame, pero creo que el amor que como el tuyo nace aislado, no puede ser muy grande ni vivir mucho.

Tengo yo la idea de que el corazon, egoista en todas sus afecciones, no sabe, no puede sostenerlas por sí mismo, y necesita inspirar el mismo afecto que ofrece, para tener como un deber de no olvidar.

Sin embargo, Antonio, como puede suceder tambien que yo me engañe al juzgar por tu carta tus sentimientos, que no sea amor sino fascinacion pasajera lo que sientes hácia esa niña, hé aquí lo que voy á proponerte.

Vé á donde esté Blanca, háblala, comprende sus sentimientos no de la manera exagerada que hoy los sueñas, sino con el frio análisis de la razon, y acaso sin esa idealidad que tu imaginacion le presta, halles en ella algo que desvanezca tus ilusiones, que son hoy como el delirio de esa fiebre poética que sentimos á los veinte años

pero que se desvanece ante la realidad.

De todos modos debes verla para saber al ménos si es ella la causa de lo que sientes.

Debes, sobre todo, tener valor y no dejarte abatir por ese primer sueño de pesar, y digo sueño, porque ignorando como ignoras la causa de tus males no pueden ser una realidad.

Piensa en tu madre tan buena, tan amorosa, y no la aflijas con dolores imaginarios.

Adios, Antonio, no quiero extenderme más, pues no sé á la verdad si acierto en lo que te digo; de todos modos ya sabes que siempre hallarás en mí cuanto puede ofrecer el mejor amigo en todos los casos de la vida.

PEPE.

CARTA XXI.

Antonio á la Condesa del Valle.

Baden, Setiembre, 186.....

Al escribirte segun tus deseos, que son los míos, apénas llegado aquí, lo hago tambien para pedirte, madre mia, la dicha de mi vida, la gloria de mi corazon.

Hace mucho tiempo que anhelabas saber lo que me preocupaba durante el dia, y lo que agitaba mi sueño por la noche, y hoy voy á decírtelo.

Amo con todo el delirio que se puede sentir á mi edad á una mujer, y el temor de que ella rechazase mi amor me ha hecho callarte mi secreto.

Podria afirmar que has adivinado ya quién es, porque el corazon de una madre tan buena como tú no se equivoca al tratarse de su hijo, y creo tener tambien la seguridad de que no rechazarás mi eleccion.

Es Blanca de Osuna, hermana de la Marquesa de la Vega, á la cual conoces y estimas mucho; hace poco tiempo que vive al lado de su hermana, pues ha pasado los últimos seis años en un colegio de París.

Tiene hoy diez y seis años, y es la niña más dulce, más bella, más angelical que puede soñarse.

Necesito, pues, madre mia, que escribas al Marqués pidiendo para mí la mano de su hermana, y suplicándole que la boda se efectúe lo ántes posible.

Me preguntarás, mamá de mi alma, por qué esta impaciencia: ¡ah! Blanca está enferma, muy enferma, los médicos aseguran que necesita ir á Italia para aspirar bajo aquel brillante cielo la vida que le falta; sus hermanos han de volver á España á donde les llaman graves cuidados, y Blanca sólo puede ir con su esposo si ha de recobrar la salud.

Por la memoria de mi padre te ruego, madre mia, que no retrases una solución que es mi vida, y de la que todo lo espero: tú me conoces muy bien; sabes que sólo te diría lo que sintiese mi corazón; pues bien, te aseguro que si muere Blanca moriré yo también.

Nada sé ni nada quiero tampoco que indiques en tu carta de la dote de Blanca; me es indiferente y hasta deseo que no sea ninguna; en cuanto á mí puedes decirles lo que creas más conveniente, y desde luego usaré el título de mi padre una vez casado, ya que le llevo desde su muerte aunque sin usarle por mi poca edad.

No te entristezca el contenido de esta carta, mi adorada mamá, yo voy á ser feliz, pues amo á Blanca con toda mi alma.

Al momento de casarnos saldremos para Italia, iremos á Nápoles, á Perusa, á Roma; la variedad de clima, las distintas emociones, mi cuidado, en fin, volverán á Blanca la salud, y entónces vendré con ella á buscarte para que nos bendigas en nuestra dicha, y tengas una hija más á quien amar.

Espero tu carta como pudiera esperarse la salvacion; no engañes mis deseos, madre mia, y te bendecirá siempre tu apasionado hijo

ANTONIO.

CARTA XXII.

La Marquesa de la Vega á Isabel de Leon.

Baden, Setiembre, 186....

No he contestado ántes tu carta, querida Isabel mia, porque desde nuestra llegada á este punto apénas tengo un momento de calma.

No creas que como otras veces se disputan mi tiempo las diversiones, no; es muy triste la causa que me ocupa.

Mi Blanca, mi adorada Blanca está enferma, y aunque los médicos aseguran no ser nada importante y sólo efecto de su desarrollo, aunque ella con su dulzura de ángel no se queja, yo la veo marchitarse como una hermosa flor á la que faltan de repente las brisas y el sol.

Yo creí al venir á Baden que Blanca gozaria al verse admirada, y al contemplar

este mundo nuevo para ella, que sólo ha visto su colegio y los campos de Granada.

Creí que le sería muy grato hacerse notar en tan distinguido círculo por la elegancia de sus trajes, por su incomparable belleza, no ménos que por su notable distinción.

En esta creencia la hice traer su equipaje de París, todo sencillo como debe ser para una niña, pero de una suprema elegancia.

Los primeros días de nuestra llegada estaba tranquila aunque profundamente triste; yo creía que al fin cedería esta tristeza á la alegría natural de su edad en que las impresiones pasan tan fácilmente, y nada la decía.

Pensaba también en si las simpatías que yo había creído que la inspiraba un jóven que nos visitaba cuando estábamos en Andalucía, serian más bien un afecto profundo y duradero, y al dejar de verle sufriría mi Blanca con su ausencia, pero jamás le nombraba, y sólo al recibir cada día el correo, su mano temblaba ántes de tomar las cartas de la bandejita en que se las presentaban, y su frente se cubria de grana, ó palidecía densamente.

Muchas veces para distraerla llevábala conmigo á los bailes que aquí se improvisan, á los paseos, y al verla sonreir de nuevo olvidaba mis temores.

Pero hace algunos dias que llegó Antonio Mendoza y nos visitó al momento, notando yo desde entónces en Blanca una extraña agitacion.

A los dos dias de su llegada vino á casa, miéntras yo estaba en el baño con una doncella; lo recibieron Manuel y Blanca, y segun éste me ha contado, entraron nuevas visitas que llevó al centro de la sala y que ocuparon su atencion.

Blanca y Antonio quedaron en el hueco de un balcon cubierto por cortinas de encaje que les ocultaban á medias, y empezaron á hablar en voz baja.

Dice Manuel que á veces oia la voz de Blanca impaciente y alterada y la de Antonio suplicante y contenida, sin que pudiera saber de qué hablaban.

Que poco tiempo despues Blanca dió un grito y cayó desvanecida, apoyando su bella cabeza sobre la butaquita de seda azul en que estaba sentada; Antonio asombrado se puso de pié sin saber qué hacer, y todos rodearon á mi pobre niña, enviando

al momento á buscar médicos; cuando éstos llegaron ya estaba yo allí, y habia hecho acostar á Blanca desmayada aún; los médicos la examinaron detenidamente y convinieron en que era un accidente nervioso que no ofrecia peligro; cuando á fuerza de cuidados volvió en sí, nos miró á todos con asombro, se llevó sus manos á la frente, y como un médico la preguntase qué sentia, le contestó que un leve dolor á la cabeza y al pecho.

Aquella noche tuvo una fuerte calentura, y despues aunque parece más tranquila á veces se la vé temblar convulsivamente, y sus ojos llenos de lágrimas parece que reflejan un sentimiento infinito.

He querido preguntarla qué sufre, qué siente, y procura sonreir para decirme que no tiene nada; pero yo la veo pálida como una azucena, veo que no come apénas, creo que no duerme á juzgar por el círculo oscuro que en la mañana rodea sus ojos, y no sé qué pensar, pero te aseguro que sufre mucho. Los médicos dicen que viaje, que se distraiga viendo nuevos objetos, para desvanecer esa afeccion nerviosa que la molesta; y yo estoy dispuesta y lo mismo Manuel á llevarla á donde nos indi-

quen, á buscar por todos los medios posibles la salud de mi querida niña que me es tan cara.

Siento no hablarte de nada agradable, Isabel mia, pero sólo sé pensar en Blanca y si continúa enferma no sé qué va á ser de mí.

Adios, mi buena y querida amiga, pide á Dios que devuelva la salud á mi niña, y recibe el beso que en pago de tu oracion y como prueba de cariño te envia tu mejor amiga

MARÍA.

CARTA XXIII.

La Condesa del Valle á los Marqueses de la Vega

Mudrid, Setiembre, 186...

Muy Sres. míos y estimados amigos: tengo el honor de pedir á Vds. la mano de su hermana la señorita Blanca de Osuna, para mi hijo primogénito Antonio de Mendoza, conde del Valle.

Motivos de salud me impiden tener el gusto de hacer por mí misma esta petición, para tener el placer al mismo tiempo de conocer á la que espero poder llamar hija; pero creo que tanto Vds. como ella me dispensarán, y que si nos hacen la honra de consentir en este enlace que tanto deseo, lo activirán en cuanto sea posible, representándome Vd., querida marquesa, al lado de esa niña á la que de todos modos aprecio por ser su hermana, y que hoy

comparte en mi corazón el amor que á mis hijos profeso.

Como Vds. conocen la posición de mi hijo, creo inútil y hasta enojoso hablarles de lo que puede ofrecer á su hermana; les diré sin embargo, que á más del patrimonio de su padre que conserva intacto y que le devenga una renta anual de veinte mil duros, yo les cederé el palacio que habito y que es de mi propiedad, siendo de mi cuenta el mueblaje de él, carruajes, caballos y cuanto necesiten al ocuparle.

Esperando con impaciencia la confirmación de la esperanza que abrigo de poder estrechar los lazos de amistad que nos unen con los de familia, tengo el honor de ofrecerme á Vds. como su afectísima amiga y servidora q. b. s. m.,

LA CONDESA V. DEL VALLE.

CARTA XVIV.

La Condesa á Antonio.

Madrid, Setiembre, 186...

No te engañabas, Antonio mio, al creer que tu voz hallaria un eco en mi corazon, porque ¿cuándo el acento de un hijo querido no se hace oír en el corazon de una madre? Hoy mismo escribo al marqués de la Vega pidiéndole para tí la mano de su hermana, y aunque no me sé explicar la razon de tu impaciencia, le recomiendo tambien se efectúe tu casamiento lo ántes posible.

Sabia hace tiempo, ó más bien adivinaba tu amor á esa niña, y no quiero ocultarte que tu eleccion colma mis deseos, pues su familia, que he conocido mucho, es por todos conceptos muy apreciable; á ella no la conozco, pero puesto que tú y contigo cuántos la han visto, aseguran que vale

tanto, lo creo sin dificultad, y empiezo á quererla desde ahora con todo mi corazón.

Pues bien, hijo mio, á pesar de esto no sé qué hay en tu carta que me ha hecho dudar mucho ántes de decirme para estrechar con mi autoridad de madre unos lazos que hoy forma sólo tu voluntad, pero que despues serán indisolubles.

Al saber yo que amabas á Blanca, supe tambien que tenias celos y lo supe con profundo dolor, porque este sentimiento te hacia sufrir mucho.

Tú sabias, y de ahí tu desesperacion, que Blanca amaba á un amigo tuyo, y creias tu amor imposible; y de repente me suplicas te deje marchar á Baden; accedo á tus deseos esperando que allí con nuevos objetos olvidarias quizá un sentimiento imposible de realizar y por lo mismo funesto; pero con gran sorpresa mia, al llegar ahí encuentras á Blanca, y sin duda autorizado por ella me dices que pida su mano.

Aquí, Antonio, hay un misterio que á mí no me es dado penetrar.

Puede ser tambien que sin razon creyes tú que Blanca amaba, y al convencerte de que no es así la hayas declarado tu passion, pero entónces ¿por qué esa precipita-

cion que te hace no esperar á venir junto á tu madre para que pueda con su bendicion asegurarte la felicidad?...

¿Por qué no me dices ni una sola vez «Blanca me ama» como me dices muchas yo amo á Blanca?....

Conozco tu hermoso corazon, Antonio mio, y no creo que por un egoismo apasionado y que no faltará quien disculpe, te decidas á hacer á Blanca tu esposa sin tener su amor. Tú no sabes lo que es una union en que no se siente ese rayo del alma que todo lo ilumina, lo embellece y hasta lo disculpa.

Malo, muy malo es un matrimonio formado por consideraciones sociales en que el orgullo ó la indiferencia ahonda el vacío que debió llenar el amor, pero es peor, mucho peor que uno solo de los esposos sienta por el otro esa pasion divina.

Cuando ninguno ama podrá no haber felicidad, pero no hay sufrimiento; sienten ambos el mismo hastío, la misma indiferencia, y no les hiere pues que mutuamente se la devuelven, pero si sólo uno ama, ¡ah! entónces se cree con derecho á exigir lo que ofrece, entónces siente un infierno de dolor al ver que su amor es rechazado ó no

comprendido, y nada debe haber igual al pesar que sienta el que así apure en un martirio eterno la amargura más intensa de la vida.

Si Blanca no te amara, si amase á otro cuyo recuerdo viviera en su corazón, cuánto sufrirías tú, Antonio de mi alma, tan vehemente, tan apasionado en todas tus afecciones!

Piensa además que no es noble ni generoso encadenar el destino de esa niña, dulce, pura y buena, si no comprendes que has de poder hacerla feliz.

Que una vez unido á ella, habrás de dedicar a toda tu vida, todos tus sentimientos, todo tu sér; que eres hoy muy jóven, sientes la fascinación de un sueño y acaso al despertar te opriman esas cadenas que forja tu voluntad.

Si yo tuviera el convencimiento de que Blanca te ama á tí como tú la amas á ella, nada temería porque ese amor crece cada día en en el corazón y siembra de flores la senda de la vida, pero yo te he oído á tí que Blanca ama á otro y.... ¡es difícil hacer olvidar el primer amor!....

Perdóname, hijo mío, si en mi cariño de madre llego hasta el fondo de tu corazón,

y agitando con mi voz sentimientos dormidos en él te hago sufrir; yo debo hablaste así porque tengo el sagrado y dulce deber de velar por tu dicha, que anhelo más que la mía.

Cumpliendo tus deseos nada he dicho en mi carta de la dote de Blanca que como á tí me es indiferente; sólo le pediré que te ame, que te comprenda para saber apreciar lo mucho que vales, que te haga feliz y habrá cumplido su misión.

He dicho á sus hermanos que os cederé como regalo de boda el palacio que habito, y al efecto me trasladaré en breve con tus dos hermanitas al que tengo más pequeño; entretanto os haré arreglar éste para que al volver á España vengais desde luego á él. No estaría de más que me indicases el gusto de Blanca, para el adorno de las habitaciones que han de estarle dedicadas, y que serán las mismas que yo tengo hoy.

Tambien, aunque tú nada me dices, he cuidado de enviarte algunas joyas y encajes para que los ofrezcas á Blanca.

Los trajes que la destino están confeccionados por la misma modista que la ha hecho los últimos equipajes de campo y baños, y creo que nada le dejarán que desear.

Entre las joyas está el magnífico aderezo de perlas y brillantes que recibí de tu padre y que todas las condesas del Valle han ostentado al ceñirse el velo nupcial.

Nuestro mayordomo el señor Lopez te los entregará y te facilitará cuanto dinero necesites, pues lleva letras por valor de grandes cantidades, para que todo sea espléndido como tu nombre lo exige.

Adios, Antonio de mi alma, desde aquí te bendigo con el corazon y pido á Dios por tu felicidad.

Asegura á Blanca mi cariño de madre, y no olvides en medio de tu dicha cuánto y qué de veras te quiere tu madre que te abraza

MARÍA DE LA CONCEPCION.

CARTA XXV.

Antonio á Luis.

Baden, Setiembre, 186....

Comprendo la ansiedad con que esperarás mi carta, pero la he dilatado porque sé cuánto ha de hacerte sufrir.

He cumplido *en todo* tus deseos, Luis; Blanca sabe yá lo que os separa, y dentro de ocho dias será mi esposa.

Ha estado enferma, muy enferma, al ver desvanecerse todas las ilusiones de su corazón; ahora parece serena, aunque la densa palidez de su semblante vende los sufrimientos que oculta.

No puedo escribir y acaso tú no podrias leer los detalles de la escena que medió al decirle yo tu posicion.

En vano quiso ser fuerte, el dolor que sentia pudo más que su voluntad y quedó desmayada.

No he visto nada más bello, más tierno, más conmovedor, que el dolor de aquella suave niña, herida en el corazón por el destino.

Al caer desvanecida inclinó su cabeza sobre el respaldo de la butaca en que estaba sentada; y aquella cabeza virginal parecía sobre aquel fondo oscuro que la rodeaba una de las ideales creaciones á que el pincel de Rafael ha dado forma.

La palidez acrecia su blancura más densa aún por el contraste de sus cabellos fuertemente negros, que extendidos en largos rizos acariciaban su pecho y su espalda. Vestía un traje blanco con lazos rosa, y era tan ligero su tejido, tan vaporoso, que parecía una flotante nube de celajes rodeando á un ángel dormido.

Mucho ha sufrido despues, y quizá no me engañe si te digo que yo he sufrido más.

Me acusaba de ser la causa de su pesar, y sentía haber tenido valor para decirle la triste verdad que tú la ocultabas.

En su delirio te nombraba constantemente y.... tambien mi nombre vagaba alguna vez en sus labios, pero ni una frase que te culpara, ni un pensamiento de desden; Blanca es siempre el ángel en una forma divina de mujer.

Cuando se ha calmado el acceso nervioso que ha sufrido, he podido hablarla de nuevo y la he preguntado si cumpliendo tus deseos consiente en nuestro casamiento; me ha contestado que sí; pero que se efectuará aquí porque no quiere volver á España en algun tiempo.

Creo, Luis, que hemos obrado con mucha ligereza, y como ya no es tiempo de retroceder, temo por Blanca.

Si la pobre niña al unirse á mí por obedecer tu voz se hace infeliz para siempre, si yo no sé darla, no ya la dicha sino la calma de una vida tranquila, ¿qué va á ser de ella?....

A veces creo que es una cobardía indigna de un hombre de corazon obtener un derecho sagrado sobre una mujer que no nos ama, y á la que acaso queriendo amparar quitamos hasta el derecho de pensar en el hombre de su amor.

Porque Blanca podrá ser mártir pero no faltar ni con un solo pensamiento á lo que se debe á sí misma. Es tan extraño lo que me sucede que me domina esta situacion y deseo salir de ella.

Mi madre, mi buena madre lo comprende así, pero siempre complaciente, siem-

pre bondadosa para mí, ha accedido á cuanto yo deseaba.

Me ha escrito y con su instinto de madre ha leído en mi corazón; me describe cuánto sufriría yo si Blanca no me amase, si no pudiese olvidar su primer amor.

Al leer esto, te confieso que me he dicho que mi madre tiene razón.

Voy á emprender una lucha larga y penosa ¿cual será el resultado?

Voy á pagar tu noble franqueza con la mía, voy á decirte algo que te ocultaba mi corazón.

Yo amo á Blanca también; no de la manera loca, delirante, exclusiva que la amas tú, sino de una manera pura, dulce, é íntima; la amo como si ella fuera la luz de mi alma y el aliento de mi vida.

Hace mucho tiempo que la amo, pero mis sentimientos encerrados en mi corazón, hubieran vivido siempre como una ilusión celestial, contenidas por el amor que tú la tenías y que ella te profesaba.

Pero hoy me dices: «el porvenir de Blanca es tuyo; yo estoy unido á otra mujer y nada puedo ofrecerla.»

Pues bien, Luis, yo acepto y te digo:—amo á Blanca pero respetaré siempre tu

amor á ella, su amor á tí; si un dia ella olvida—y no quiero negarte que yo lo procuraré, su primer delirio,—si en ese dia de gloria para mí veo yo brillar en sus ojos el reflejo del amor que me inspira, entónces Luis, Blanca es mia, sólo mia, y yo sólo tendré derecho á su amor, sin que tú puedas quejarte porque te ofrezco una lucha leal.

De tu parte están hoy todas las ventajas porque tu recuerdo llena su pensamiento; yo sólo sabré ofrecerle la abnegacion de un amor inmenso, que acaso no comprenderá.

Si su amor resiste á todo, si te ama de esa manera invencible que hace que un solo amor llene una vida, entónces en nada la violentaré, porque ántes que todo es su dicha para mí; no podré quejarme tampoco de mis sufrimientos, pues al unirme á ella sé que su corazon es tuyo, y que tu voz es la que obedece al acceder á esta union.

Antes no podia hablarte así porque hubiera lastimado tu corazon; hoy creo que te será más grato saber que amándola mi mayor gloria será hacerla feliz, á la duda de que cansado de una exagerada delicadeza no me cuidase para nada de su dicha.

Apénas nos casemos saldremos de Alemania para Italia y desde allá te escribiré á donde quiera que estés.

Mucho han extrañado los hermanos de Blanca este desenlace que no esperaban; ellos creían que Blanca no accedería, y no se explican lo que sucede. Creen que Blanca y tú os habeis disgustado, y que ésta, resentida porque no la has seguido, ha terminado las relaciones que os unian; que la tenaz resistencia de Blanca á volver á España ahora es porque yo no quiero que la veas.

Vale más que piensen ésto que no que sepan la verdad tal cual es.

A María la contraría mucho que no la den tiempo para la boda de su hermana, y sobre todo que no se efectúe en Madrid; Manuel, que bajo su carácter ligero y sencillo oculta un gran talento, ha comprendido que motiva alguna causa grave esta precipitacion con que yo he impulsado los sucesos, y en vez de oponerse me ayuda á activar la marcha de ellos, y convence á su mujer que por la cuestion del *trousseau* queria dilatar el dia fijado para nuestra union.

Te escribiré despues, y deseo que ántes de marcharte me escribas; tú no sabes Luis

cómo me interesa tu suerte, tanto que si hoy me dijeras:—ya soy libre, cédeme á Blanca,—por su dicha y por la tuya lo haría, aunque matase así todas mis esperanzas de felicidad.

Adios, Luis, ten valor; Blanca está tan triste que parece se esparce en torno de ella una atmósfera de pesares que yo aspiro, y que me oprime el corazón; sólo se anima cuando se habla de tí.

Cuando pienso que aún podemos todos ser felices, un rayo de alegría reanima mi corazón; si tú volvieses á amar á tu mujer, si tu imaginacion soñadora siempre se alejase de lo imposible, si Blanca me amase á mí algun dia, ah! este pensamiento me enloquece: tener su amor es tanto como tener un cielo!

Ya ves si de esa manera habria dicha para todos!

Dejemos al porvenir realizar ó desvanecer nuestras esperanzas, y entretanto confiamos en Dios.

El devuelva á Blanca la salud y á tí la calma, para que sufra ménos tu amigo de corazón

ANTONIO.

CARTA XXVI.

Gloria á Blanca.

Vichy, Setiembre, 186....

No me culpes por mi tardanza en escribirte, ni ménos creas que te olvido, querida Blanca mia.

Desde que salimos de Madrid apenas he tenido un momento mio, pues ántes de venir aquí hemos estado recorriendo los varios pueblecitos que embellecen el Pirineo, y que por su agradable temperatura á más de sus comodidades, su bonita construcción y la afluencia de gente que ahora los ocupa, los hacen sumamente encantadores y agradables.

Aquí recibí tu carta y demoraba el escribirte por poder hablarte de este delicioso pueblo en el cual estoy contenta, pues á Cárlos le sientan muy bien las aguas.

Mucho me ha conmovido tu carta en la

que te muestras tan triste, tan apenada, porque no te haya seguido Luis.

Vé ahí lo que yo temía al saber tus amores; que sintiendo tú con más intensidad que la generalidad de los seres todas tus afecciones, tus pesares debían necesariamente dejar más honda huella en tu alma.

Pero Blanca mia, ¿por qué sufrir por una breve ausencia?

¿Qué harías, mi dulce niña, si la muerte ó la fatalidad os separasen para siempre?

Es necesario tener valor para las pequeñas contrariedades de la vida, porque las grandes por sí mismas aturden, dominan, y como no se puede pensar en tanto que se sienten, pasan sobre el pensamiento como un torbellino de sombras penosas que no se desvanecen.

La vida, Blanca mia, tiene más penas que placeres; yo creo que como el pensamiento vuela y vuela con esas mágicas alas que se llaman esperanzas, más allá del espacio de lo posible, le sucede lo que al ave que se elevára más allá de la atmósfera, caería sofocada por su propio impulso.

Sucede también que sentimos á veces ese anhelo que no cesa y que podríamos llamar sed del alma, y como no puede saciarse,

deja una pena ilusoria con la impotencia del poder humano para alcanzar lo que está más alto que él.

Así pues, niña mía, ten ese valor moral tan necesario al que como tú sientes mucho, y no te dejes abatir por las ligeras nubecillas que empañen algún tanto el horizonte de color de rosa de tu porvenir, pues el llanto se agota muy pronto y se le debe conservar como un bálsamo que en los grandes dolores suaviza el corazón que sin él se rompería en pedazos.

Para distraerte de estos tristes pensamientos, te voy á hablar de este pueblecito que no conoces ni yo conocía y que es deliciosamente bello.

Quisiera que estuvieses aquí para que lo admirases conmigo, y sobre todo para calmar con mis palabras las inquietudes de tu corazón y alejar con mis amantes besos los tristes pensamientos que surcarán tu frente.

Verías qué deliciosa es la campiña que rodea este pueblo, sombreada por frescas alamedas que rodean sus parques y perfumada por bellísimos jardines.

Los manantiales donde se busca la salud ofrecen gran comodidad para beber sus aguas, que brotan y se agitan en medio de

un pilon de piedra, y son ofrecidas á los enfermos por mujeres encargadas al efecto y vestida con uniformidad y aseo.

Hay aquí una gran animacion; se ven constantemente nuevas personas que vienen de distintas naciones á buscar estas aguas. El punto de reunion de lo más elegante y distinguido, y tambien de los ménos enfermos, es el casino, hermoso edificio donde se encuentran cuantas comodidades se pueden desear.

En uno de sus espléndidos salones tiene un precioso teatro, con techos pintados al fresco de una manera deliciosa, más aún por el buen efecto que hacen en la noche con el raudal de luz de su alumbrado.

Los Lunes, Miércoles, Viérnes y Sábados hay conciertos en él, y despues representacion dramática. Los Domingos, Mártes y Juéves se abre el salon de baile que es magnífico y elegantemente decorado.

En vez de balcones tiene tres puertas á un terrado muy extenso lleno de mesitas y sillas rústicas donde se sirven refrescos, y desde donde se respiran libremente las apacibles áuras de la noche, viendo desde su barandal de piedra dilatarse un puro y limpio horizonte y el gran parque que rodea el pueblo.

Además del salon de teatro y de baile, los hay de juego, de lecturas, y uno dedicado á las señoras, donde en elegantes mesitas hay toda clase de papel para escribir, álbums, periódicos de modas, retratos y vistas.

Ya ves que se puede pasar aquí sin violencia una temporada, pues hay muchos elementos para divertirse.

Nosotros nos iremos muy pronto: cuando me escribas hazlo á París, Grand Hotel, donde nos detendremos una temporada, siguiendo luégo á Madrid donde espero tener la dicha de verte.

Y tú, te diviertes en Baden? Me dirás que no, pero creo que si no logra darte alegría esa animacion al ménos te podrá distraer. Cuándo volveis á España? parece-me que prolongais demasiado vuestra excursion.

No sé si habré logrado lo que me proponia que es distraerte un poco con mi carta y alejar de tí las ideas tristes; no lo estés niña mia, porque si el alma se acostumbra á sufrir siempre, rara vez vuelve á sentir la dicha.

Cárlos te saluda afectuosamente y te abraza con el corazon tu amiga

GLORIA.

CARTA XXVII.

El Marqués de la Vega á Cárlos.

Baden, Setiembre, 186.....

Hace dias que deseaba escribirte, mi querido Cárlos, pero el disgusto que nos ha proporcionado la enfermedad de Blanca, y lo que ahora nos ocupa su próximo casamiento me lo han impedido.

Se casa con el conde del Valle, y en este casamiento inesperado hay tal empeño porque se efectúe pronto que será aquí, desde donde nosotros marcharemos á Madrid y los nuevos esposos á Italia.

Te extrañará sin duda que habiéndote dicho que mi cuñada estaba, al parecer, enamorada de Luis, se case ahora con Mendoza; yo no me lo explico tampoco y si no temiera que el contrariar á Blanca estando como está delicada la hiciese daño en su

salud, me opondría ó dilatarla al ménos este casamiento que no creo ha de darla felicidad.

Te digo esto porque el estado de Blanca no es natural; yo he querido hablándola con la intimidad y el cariño de hermanos, profundizar el secreto que guarda en su corazón, pero ha desviado la conversacion á otro terreno aparentando no comprenderme, y sólo he conseguido acrecer mis dudas.

Yo la veo, sin embargo, unas veces pálida, abatida, mirando indiferente cuanto hacemos para complacerla, otras sobreexcitada, con una agitacion que no es natural, activando por sí misma los preparativos para la boda que se efectuará en la próxima semana.

María está consternada; quiere mucho á su hermana y siente separarse de ella, cuando apenas la ha tenido algunos meses á su lado.

Por lo demás aquí se pasa el tiempo muy bien: la ruleta atrae á cuantas personas notables recorren estos sitios, y muchos de ellos se alejan arruinados, mientras la banca crece de una manera fabulosa.

Yo no juego casi nunca, pero me divierte mucho el ver el ánsia, el anhelo de los

jugadores, la fria desesperacion del que pierde el último franco, y se aleja sin que nadie le dirija una mirada de compasion.

A veces entre los jugadores hay mujeres, y entónces las miro con lástima, porque creo que la mujer profana de ese modo su dulce y santa mision.

Esto está animadísimo: los bellos y poéticos alrededores de Baden se ven á las horas del paseo llenos de hermosas mujeres, vestidas de una manera extraña si se quiere, pero encantadora para estos sitios y esta estacion. Yo me voy solo muchas veces á pasear en el bosque cercano, desde donde se ven las verdes montañas que la circuyen y donde cojo siempre algunas flores que Blanca disecca para su herbario.

Adios, mi querido Cárlos, pronto nos veremos, pues Blanca marchará apénas se case y sin el a no queremos continuar aquí.

Mucho me preocupa el casamiento de esta niña, no porque Antonio no sea digno de ella, sino porque á mi parecer Blanca amaba á Luis y no se olvida tan pronto el primer amor.

Dios quiera que halle la dicha en esos lazos que vá á formar su voluntad.

Te estrecha la mano tu amigo

MANUEL.

CARTA XXVIII.

Antonio á José Maria de Leon.

Baden, Setiembre, 186....

Te escribo, Pepe, para ver si desarrollando en esta carta mis ideas puedo explicármelas yo mismo, pues hoy se suceden en mi pensamiento tan desordenadas, tan impetuosas, como las ondas del torrente que rueda por la montaña, y como ellas confundidas al caer se pierden para siempre.

Me caso con Blanca de Osuna en esta semana: tú que has sido el primero en adivinar que la amaba, podrás comprender lo que ahora siento.

Si Blanca me amase, si tuviese al ménos la esperanza de alcanzar algun dia su cariño, ya que no su amor, nada igualaria á mi dicha, pero ha sentido ya su primer amor y quizá sea el último.

¿Cómo, me dirás, si Blanca no te ama accede á ese casamiento?

Es un secreto, bien triste por cierto que he prometido guardar, quizá algun dia lo sepas; á él voy á deber el llamar mia á Blanca; pero, ¡ay! que sólo cuando pueda decirlo de su corazon, podré hallar felicidad en esta posesion que hoy vá á ser una mera fórmula social que me autorice á vivir á su lado.

Dice Séneca que los deseos de nuestra vida forman una cadena cuyos eslabones son las esperanzas; yo tendré esperanza, sí, porque ella me dará aliento para vivir, ¿pero qué será de mí si las veo desprenderse una á una de mi alma, como se desprenden en la noche esas chispas candentes que caen y se apagan para no volver á brillar?

Quiero engañarme á mí mismo soñando en el porvenir, y me digo que acaso Dios ha querido hoy darme pesares para que encuentre mañana más grande, más divina mi felicidad.

Porque Blanca es muy jóven, es una niña; á su edad las emociones tienen tan poca vida en el corazon, como esas hermosas flores de estío que en un dia nacen y mueren: quién sabe? acaso al reflejar en su al-

ma la inmensa llama que arde inextinguible en la mia, haga brotar en ella el mismo sentimiento.

Porque tú no sabes, Pepe, de qué manera la amo yo; la idea sola de llamarla mia hace que mi sangre arda y mi cabeza se pierda.

¡Ella mia! tú no comprendes la dicha que encierra esa palabra: ser mia es tener yo el derecho de adivinar sus deseos, de conocer sus gustos para realizarlos, de oír su voz á todas horas para que no cese el delirio inefable que al oírla siento; es poder sonreír con su alegría, y sentir con su pena; ver una flor que ella ha tocado; el sitio que ocupa, y que al quedar vacío conserva su perfume, la luz que resbala en su frente, y todo lo que la rodea que adquiere para mí como la emanación divina de su sér.

Y si ella me amase!.... ah! entónces quizá no pudiera el corazón resistir tanta dicha!.... Si en ese éxtasis divino que forma como una atmósfera de pasión que envuelve á dos corazones que se aman, sintiese yo sus manos en las mias y viese en sus ojos arder esa chispa celeste que se llama amor, si oyese su voz trémula por la emo-

cion decirme «te amo.....» ah! qué delirio! si no ha de realizarse, Dios mio, deja al ménos que su ilusion me reanime y que ella me inspire el modo de hacerla feliz.

Ya no te escribiré hasta despues de casado; puedes enviar tus cartas siempre queridas á mi casa de Madrid, y de allí me las enviarán á donde quiera que esté.

Adios, no sé lo que me espera en ese porvenir que hoy veo tan oscuro; pero feliz ó desgraciado, siempre pensaré en tí como en el mejor de mis amigos.

ANTONIO.

CARTA XXIX.

Blanca á Gloria.

Baden, Setiembre, 186....

Te escribo, Gloria, para decirte que me caso en esta semana con Antonio Mendoza, y para despedirme de tí, pues en el mismo dia salgo para Italia.

Al leer esto, creo que mirarás de nuevo temiendo haberte equivocado, pero has leído la verdad, aunque por inesperada te asombre.

No podria explicarte el motivo de este casamiento, en primer lugar porque mi mano se negaria á escribirlo, y luégo porque temo hacerte partícipe de mis penas.... te diré solamente que Luis lo quiere, y que su voz es la que obedezco al ir al altar.

Su voz, sí, porque él vá á alejarse, tal vez para siempre, y ha querido darme un protector en su mejor amigo.

Creo que hubiera sido más generoso dejarme libre para que mi corazón pudiese enviarle todos sus latidos, y mis labios suspirar su nombre; pero su último deseo es para mí tan sagrado que no he tenido el valor de oponerme á él.

Muchas veces te hubiera escrito para buscar el consuelo de tu cariño, pero he estado enferma, y además desde que he visto desvanecerse el misterio que Luis me revelaba en sus momentos de abandono y desesperación, desde que sé que su amor es imposible para mí, ha invadido mi corazón un hielo de muerte que paraliza en él todas sus impresiones y que me envuelve en una inacción penosa, pues hasta el pensar me hace daño, como si mi razón embotada por el dolor tuviera que hacer un esfuerzo violento para volver á *ser*.

Yo podría decir como la Margarita de Goethe lejos de Fausto:

«¡Cuán pronto han pasado para mí los días bonancibles; ya no volveré á gozar nunca más la dulce paz del alma!

»Do quiera no está él hay mi sepulcro; sólo donde él asoma reina la vida!»

Porque Gloria, lo confieso, no podré vivir sin él.

Del convencimiento que tengo de que la vida se apaga por momentos en mi corazón, creo que nace esta calma que á mí misma me asombra.

Todo lo veo sin emoción, es verdad que nada espero, y la impaciencia de la esperanza es la que impulsa las horas rápidamente, ó las detiene con una leutitud cruel.

Sólo un sentimiento absorbe en mí toda mi vida; mis recuerdos!

Cuando olvido todo lo que me rodea para vivir en el pasado; cuando con los ojos del alma veo á Luis que ya escucha con una atención profunda las notas de mi piano, ya sigue con una mirada absorta el vuelo de mi pincel, ora me ofrece algunas flores que con su voz de perfumes me hablan de su amor, parece que vuelvo á recobrar la salud y la alegría, y que todo ha sido un sueño fatigoso.

Y sin embargo, no puedo engañarme á mí misma: bien pronto una realidad tan triste como mis presentimientos me despierta, y veo á mi hermana que se apura porque no puede desplegar en mi boda la lujosa elegancia que desea; á su marido que está triste, disgustado con mi casamiento, como si comprendiese que no he de hallar en él

la felicidad, y á Antonio que se esfuerza en ocultarme su amor para que tenga confianza en que no ha de pedir á mi corazon más que el afecto de hermano.

Créeme, Gloria, que lo único quizá que me conmueve y llena de lágrimas mi corazon en medio de esta muerte moral que apaga sus sentimientos todos bajo un sudario de hielo, es ver á Antonio tan jóven, tan digno de ser feliz, con el alma llena de ilusiones y de esperanzas, y pensar que en vez de realizarlas yo dándole la felicidad habré de desvanecerlas.

Tú no sabes qué corazon tan grande, qué sentimientos tan elevados y tan nobles tiene Antonio! esto es un consuelo para mí, porque al ménos tendré la mano cariñosa de un amigo en que apoyarme.

Cuando le veo silencioso siguiendo con la vista mis movimientos; cuando sus hermosos ojos pardos adquieren tan triste expresion al separarse con pena de los míos, me digo que si yo pudiera amarle seria tal vez muy feliz á su lado.

Su figura es muy simpática tambien, muy distinguida: alto y delgado, tiene un cuerpo muy elegante; es blanco y pálido, su cabello castaño claro se riza ligeramente en

su frente pequeña y graciosa; las cejas oscuras y finas sombrean sus ojos pardos que son grandes y llenos de fuego; su boca es movible y graciosa, y cuando sus labios finos y encendidos sonrien, deja ver una dentadura blanca y preciosa que oculta á medias su ligero bigote rubio.

Apénas se separa de aquí, y la verdad es que su conversacion me anima.

No sabes qué alma tan generosa tiene; cuánta abnegacion hay en sus palabras!

Me ama con delirio, y sin embargo, ayer al verme triste me dijo:

—¿Te sientes hoy mal, Blanca, parece que estás pálida?

Iba á contestarle, pero habia en su acento tanta dulzura, tanta bondad, que mis ojos se llenaron de lágrimas sin poder decirle una palabra.

—Animo, me dijo bajando la voz; ánimo, Blanca, muy pronto podremos hablar de *él*, porque estaremos solos...

Y luégo, como si quisiera decirme algo agradable para desvanecer la expresion de pena que debian reflejar mis facciones, me preguntó con una voz que procuraba hacer segura:

—¿No has escrito á Luis, Blanca?

—No: ¿para qué? le dije yo tristemente.

—Ah! Blanca, me dijo con calor; ¿para qué dices! ¿pues no sabes que él esperará tu carta con un afán infinito, que ella le dará valor y consuelo, porque él sufre mucho también?

—Le escribiré, le contesté; y á la verdad que me dije que Antonio tenía razon: qué habrá dicho Luis?

—Pero escribirle para decirle *adios*, es superior á mis fuerzas, porque yo estoy serena, tranquila, pero al oír su nombre, á la idea de escribirle, un mundo de sentimientos despiertan en mi corazón y me enloquecen!

Tú no sabes de qué modo quiero yo á Luis; hoy más que ayer, mañana más que hoy.

Yo oigo siempre su voz, que cual si fuese la única que ha sabido llegar á mi alma me dice palabras desconocidas, pero en las cuales comprendo esperanzas divinas; veo su imágen querida en cuanto me rodea; y es que su alma está en mi alma y nada puede separarlas.

Mi razon me dice:—«su amor es imposible, olvida:»—pero mi corazón responde:—«¿y qué me importa á mí ese imposible,

si más grande que él, puro, inmenso, divino está el amor que le tengo?»

Le amo, le amo, sí, y le amaría del mismo modo si fuese el más criminal de los hombres.

No estoy loca, Gloria, no, es que dejo hablar á mi corazón.

¿Acaso el amor es tan pequeño, tan miserable, que una circunstancia cualquiera, una fatalidad inesperada pueda apagarlo? Ah! no.

Por encima de los límites sociales, de la razón, de la voluntad, el amor se desborda, como por encima de las flores que el arte ha cultivado el arroyo que llena y ensancha la tempestad.

Luis me ama también, ni él ni yo sufriríamos porque hubiera un imposible entre nuestros corazones, porque divinizaríamos el sentimiento de ellos, te purificaríamos y nos amaríamos, á pesar de todo cada vez más, con un amor de ángeles.

¿Sabes lo que me hace sufrir y por lo que él sufre? Porque se vá lejos, muy lejos de mí, porque acaso no volvamos á vernos más.

Cuando pienso que ya no le veré creo morir, y entonces como la *Deruchette* de Víctor Hugo, quisiera que no hubiese mar,

que no hubiese más que cielo para partir juntos.

Perdóname que te hable así, Gloria mia, es la última vez que dejo correr la pluma dando expansion á mis sentimientos; hasta para escribirle á él habré de comprimirlos y despues de casada encerrarlos en mi corazon.

Adios, Gloria, feliz tú que no has sentido estas luchas..... pero no, las produce el amor de Luis, y por todos los sufrimientos del mundo no dejaria yo la dicha de quererle.

Ruega á Dios en el dia de mi boda por tu desgraciada amiga

BLANCA.

CARTA XXX.

Blanca á Luis.

Baden, Setiembre, 186....

Adios, Luis, adios: faltan algunas horas para mi casamiento, y he querido en ellas despedirme de tí.

Hoy hace dos meses que te ví la última vez, te acuerdas?

No me engañaban mis presentimientos de aquel día; al separarme de tí comprendí que no te veria más.

Los sueños de cielo no pueden ser largos, y el que nos envolvía tenia que desvanecerse.

Era demasiado puro, demasiado grande para que se realizase.

No te culpo per ello Luis; tú has debido sufrir más que yo, pues en aquellos dias que vivirán siempre en mi memoria como

estrellas del pasado, mientras yo sentia el éxtasis de una felicidad divina, tú apurabas la desesperacion punzante de un porvenir de dolores.

No te culpo: ¿qué podias tú hacer para luchar con ese amor, si yo sin pensarlo, al amarte tambien quitaba á tu razon los medios de vencer?

No creas que mi corazon rechaza hoy ese sentimiento que me enorgullezco de sentir y de inspirar; yo te amo hoy como te amaba; más aún, pues he idealizado, he concentrado en una aspiracion purísima mi amor por tí, y al divinizarse en mi alma se ha engrandecido.

Y por qué no? ¿acaso porque no podamos unirnos ante la sociedad hemos de romper el lazo de amor que ha formado Dios para unir nuestras almas?

¿Acaso el corazon calcula, mide y resuelve si debe ó no debe amar?

Se ama, y si el mundo separa con un abismo de lágrimas dos corazones, se muere, hé ahí todo.

Pero yo no quiero que tú mueras, Luis, no; piensa en mí como pensarias en una hermana querida, y que el recuerdo de nuestros dias de felicidad ilumine tu vida.

Tú tienes muchos deberes que cumplir; busca á tu esposa, ámala, no creas que yo tendré celos porque yo quiero otro amor que el que te pido para ella; para mí quiero tu alma, sólo tu alma, haz pues feliz á esa mujer, que si te ama como yo te amo, debe ser horriblemente desgraciada, porque no tener tu amor es la desesperacion.

Vive á su lado, yo la quiero por ser tuya, quisiera verla para decirle cómo te debe amar para saciar la sed de tu corazón, ser su amiga, su hermana y verla feliz.

Ten, pues, valor; tenemos un recuerdo que no puede morir en nuestras almas, la mútua seguridad de un cariño purísimo, de ángeles, que vive de nuestra vida y la sostiene, que la alienta, y la esperanza de hallarnos alguna vez en ese abismo azul que recogia nuestros suspiros.

Adios, te envío un recuerdo mio: es un medallon que encierra una copia muy pequeña del ramito de flores que un dia formamos en la Alhambra.

Verás cómo mi pincel ha dado vida á las flores que conservas secas, y él te dirá cuán profundamente se graba en mi memoria todo lo tuyo; consérvale siempre; es quizá lo único que te quedará de mí.

Ya llegan á buscarme....

Ah! Luis, por qué me has impuesto con tu deseo este sacrificio tan grande?

Antonio no puede ser feliz, y yo tampoco puedo esperar la dicha.

No sabes cuán triste es no poder pensar en el porvenir, sin extremecerse, sin verle cubierto de oscuras nubes!

Todos los dias pediré á Dios por tu felicidad; reza tú tambien, Luis, busca consuelo en la fé, para que puedan hallarse ante el trono de Dios nuestros pensamientos, ya que no pueden hallarse en la tierra.

BLANCA.

CARTA XXXI.

Luis á Cárlos.

Cádiz, Octubre, 186....

Tu carta, mi querido amigo, me ofreció el placer más grande que hace mucho tiempo sentia. No sabia, á la verdad, que estuvieses en España, y debes creer que de ser así hubiera sido el primero en escribirte para recordar nuestro cariño.

Mucho te agradezco la parte que tomas en mi pena, tan grande que no la olvidaré nunca, y la confianza con que me honras al hablarme de tu casamiento con la franqueza que lo haces; Dios no deja sin recompensa las nobles acciones, y el premio de la tuya es la felicidad que hoy te rodea, y de la cual me alegro con toda mi alma, pues te quiero como á un hermano.

No dudo que tu noble corazon sabrá cum-

plir los deberes que tu generosidad te ha impuesto, y que al dar tu nombre á tu prima no lo harás como una limosna del alma, sino para compartir con ella la felicidad que la vida te ofrezca.

Dichoso tú que has alcanzado esa dulce paz del hogar sin llegar á él con el corazón destrozado.

Yo, Cárlos, he sufrido mucho desde que no nos vemos!....

He visto desvanecerse todas mis esperanzas, deshechas por las más amargas decepciones.

Al venir aquí olvidé un momento mi pasado para anegar mi alma en un rayo de luz divina que habia buscado siempre sin hallarla jamás, pero la he encontrado tarde, muy tarde, y ya no puedo llegar hasta ella.

Amaba á una mujer, no sé decirte cuánto, pero en ese amor estaban concentrados todos los deseos, todas las aspiraciones de mi alma.

Me parecia que empezaba á vivir, que mi corazón no habia latido nunca, que mi primer pensamiento era el que ella me habia inspirado; habia en esa nueva vida que rebosaba en mi corazón tanto encanto, tan-

tas divinas ilusiones que ellos solos bastaban para hacerme olvidar, y delirar y soñar.

Blanca! déjame escribir aquí su nombre que se escapa constantemente de mi corazón, como si él fuese la estrella que ilumina su densa soledad.

No creas que al decirte hoy que tengo el corazón muerto para la esperanza, sea porque ella le haya herido con un desengaño; Blanca me ama como la amo yo, con ese amor invencible que no muere, puesto que es una parte del alma, y siendo alma no puede entibiarse; pero hay una fatalidad cruel que nos separa.

Blanca es ya de otro hombre, y al serlo ha obedecido mi voluntad; yo tenía que separarme de ella y he tenido miedo á dejarla sola; la idea de que otro hombre la llame suya me hace volverme loco, pero ántes que mi desesperacion es su porvenir, al ménos tendrá al faltarla mi amor, el apoyo de un hombre muy digno de poseerla, más que yo, porque su corazón noble y grande siente por Blanca su primer amor: ¡ojalá Blanca pudiera amarle y yo los viese felices, aunque el dolor me matase. Tú no sabes, Carlos, cuánta amargura he apurado ya en el cáliz de la vida!

Sólo ha habido en ella para mí un sueño dulce y puro, y yo mismo he tenido que arrancarme el corazón para despertar.

Esperaba aquí las últimas noticias de Blanca para marchar á la Habana; en medio de mi dolor recuerdo tu amistad y te escribo, pues se halla no sé qué consuelo en vaciar en otro las penas del corazón.

He oído decir á Blanca que era tu mujer su mejor, ó más bien tu única amiga; tú debes saber pues de ella; Carlos, por nuestra amistad te ruego que me escribas y me digas si es feliz; no sabes cuánto me interesa su dicha, por ella he sacrificado mi esperanza de poder alguna vez llamarla mía, por ella daría mi vida, y la sangre toda que me alienta.

Que sepa yo que ella es dichosa, que la rodean todas las delicadas atenciones del cariño y ya podré morir.

Porque si Blanca es desgraciada, si muriera, ¡ah! yo no me perdonaría nunca el tener la culpa de sus pesares y de su muerte; ¡ah! no, yo no quiero que ella muera, entónces, Dios mio, ¿qué sería de mí?

Dirás Carlos que estoy loco: compadéceme porque arden en mi pensamiento cien ideas distintas, y entre ellas hay una imá-

gen que parece grabada con fuego: Blanca.

Unas veces la veo contenta y feliz reclinada su cabeza en el pecho de su esposo, y me siento morir, y creo que en mi locura los mataría á los dos; otras la veo pálida, enferma, tendiéndome los brazos y llamándome para morir, y entónces sufro mil veces más.

¿Quién nos dijera en esa época que me dices en la cual empezó nuestra amistad, que habia de buscar consuelo en tí para el dolor más grande de mi vida?

Adios, Cárlos, sé tan feliz como yo te deseo; pasado mañana salgo en el vapor *Colon* para América, envia allí los consuelos de tu amistad al que te quiere siempre.

LUIS.

CARTA XXXII.

Luis á Antonio.

Bahía de Cádiz; á bordo del vapor COLON, Octubre, 186..

Cuando leas esta carta, Antonio, ya habrá concluido todo para mí, porque Blanca será tuya.

Tu carta no me ha sorprendido; adivinaba tu amor, y por eso te pedí lo que de otro modo hubiera sido un sacrificio para tí.

Sólo el corazón que ama puede encerrar tanta abnegación como se necesita para cumplir la difícil misión que tú has aceptado.

Porque el alma se rebela contra la idea de lo que debes sufrir, y te ruego me perdones, si mi pasión por Blanca y el convencimiento de lo que vales tú me han hecho rogaros vuestra unión.

Blanca estaba sola; tú lo sabes como yo,

(14)

y sabes tambien que la soledad moral es la más penosa, porque de qué sirven esas personas que *quitan soledad y no dan compañía* si no han de llevar un consuelo al alma que padece?

Sus hermanos la quieren y no dejan de acceder á sus deseos y de complacerla en todo: ¿pero podrá hoy la pobre niña hallar en ellos la expansion que su corazon necesita para no romperse?

Por eso, Antonio, te rogué que la hicieses tu esposa, y te doy gracias por haber cumplido mis deseos.

A tu lado tendrá quien la sostenga cuando vacile, quien la consuele, y.... quizá tambien quien la haga olvidar.

Me dices que si te amase tuya seria y sólo tuya; sí, Antonio, y tú la mereces más que yo.

Mi más ferviente deseo es que Blanca te ame; yo moriria sin su amor, pero ella seria feliz.

Tú no sabes lo que la idea de su dicha es para mí....

Si yo pudiese alguna vez verla á tu lado, sin que ella lo sospechara, feliz y confiada, pagando con su cariño tu noble abnegacion y tu amor, se habria cumplido el anhelo de mi vida.

Blanca no te hablará de mí, lo sé, pero si te hablara, haz tú que mi nombre sea para ella el nombre del hermano, del amigo, y nada más.

Si no puede el tiempo vencer el sentimiento de su alma, si la ves luchar y sufrir, ¡ah Antonio! de rodillas te lo pido, no recuerdes tus derechos para matarle el corazón en el pecho al arrancarle su amor, sé generoso hasta el fin, y entónces que tu amor sea el fraternal, y déjala soñar si sus sueños son su vida. Esos sueños no te podrán ofender á la manera que se ofende el necio que fuerte con su razon lo quiere dominar todo, tú conoces la pureza de su alma, la elevacion de sus pensamientos, la grandeza de su corazón.

Tú sabes muy bien que la voluntad se arrolla impotente contra lo imposible, como se arrollan las olas contra la roca gigante que las resiste y las vence.

No olvides que Blanca—efecto de su elevada naturaleza—siente de una manera más intensa, más profunda, y quizá más invencible que los demás séres.

Me dices que respetarás en ella su amor; lo creo, Antonio, porque conozco tus nobles sentimientos, tu gran corazón; esta seguri-

dad me ofrece alguna esperanza de dicha para Blanca; si la haces feliz, si logras dulcificar el dolor que yo la he producido, que Dios te bendiga.

Yo seré tu amigo siempre, yo reservaré en mi alma como un culto dulce y santo á tu cariño, pero creo que no debo escribirte más.

Tú debes ir borrando todo lo que lleve al corazon de Blanca el eco de mi nombre; un dia pudiera conocer mi letra en una carta y desear leer lo que te dijese, ó bien porque se la mostrases tú, y esto le haria mucho daño; es necesario que entre ella y yo haya una ausencia absoluta cual la muerte, porque desgraciadamente hemos muerto el uno para el otro.

Sólo en un caso te ruego, te exijo que me escribas ó más bien que me llames; si Blanca no se restablece, si muriera, ¡ah! entónces, Antonio, yo tengo derecho á recoger su última mirada, su último suspiro!

No lo quiera Dios, porque en tanto que ella viva yo tendré fuerza para vivir, y me parecerá sentir en el fondo del alma la irradiacion celeste de su mirada que llega á mí á traves de la distancia.

Mañana partimos; entre los pasajeros no

hay ninguno que me sea conocido; voy solo con mis recuerdos, con mi dolor; ¿qué me dirá ahora esa inmensidad del Océano cuando la contemple en la noche?

Quando la crucé por primera vez ¡cuántas ilusiones llenaban mi corazón! quería gloria, honores, distinciones.... ¡ah! ¡Con qué poco se sácia el pensamiento al despertar á la vida!....

Al volver hubiera querido robar sus alas á las aves marinas que pasaban en las ráfagas del viento, para llegar más pronto; me esperaba mi madre! ahora, Dios mio, todo queda ahí, y yo tengo que partir!...

Dice bien Chateaubriand—«en la sociedad cada hora abre una tumba, y hace verter una lágrima.»

¡Qué inútil es el afán que llena nuestra vida, qué insensato su anhelo!

No hay nada más allá del deseo que nos atrae y nos fascina; nada es real sino el vacío que cada nueva pena ahonda á nuestro alrededor.

Antes de concluir quiero pedirte de nuevo que hagas feliz á Blanca, á la manera que es feliz ó puede serlo, quien tiene herido el corazón por el primer pesar.

¡Quiera Dios que algun dia nos veamos

de nuevo, cuando la nieve del tiempo haya caído sobre nuestras cabezas helando sus pensamientos, y felices entóuces recordemos esta época de dolor, como recuerdan despues del peligro los náufragos de una tempestad los azares que corrieron juntos!

LUIS.

CARTA XXXIII.

Gloria á Blanca.

París, Octubre, 186....

Apénas puedo darme cuenta de lo que he sentido al leer tu carta, mi amada Blanca.

Te casas, y por una causa que no comprendo eliges por esposo á un hombre que no amas.

Blanca; ¿has pensado bien lo que vas á hacer?

¿Sabes tú lo que es unirse á un hombre para vivir una misma vida, sentir los mismos placeres, llorar los mismos pesares, y hacer en fin, de dos almas una para que en ella se anide el mismo sentimiento?

Cuando se ama, esto es muy fácil, muy grato: el corazon se identifica con todo lo que siente la persona amada, sin esfuerzo,

sin violencia, como si las almas unidas por el amor tuvieran que unirse también en todos los sentimientos.

Queremos cuanto él quiere; sus recuerdos nos interesan, sus esperanzas nos halagan, sus ilusiones nos acarician; sentimos con sus penas y gozamos una misma alegría, es en fin una misma vida partida para dos almas, en la que deseos, ideas, aspiraciones, todo es igual á los dos.

Pero si no se ama, si la casualidad ha puesto á nuestro lado una persona indiferente, ¿cómo hemos de adivinar sus deseos para realizarlos, cómo dulcificar sus penas que el cariño no nos revela, ni embellecer su vida?...

Por triste que sea la soledad, el vacío que queda en el alma cuando tenemos que arrancar de ella el amor que la llenaba, lo es ménos que la terrible violencia que debes hacerte para vivir junto á un hombre que no es el que ha elegido tu corazón.

Si no puedes ser la esposa de Luis, si como dices hay un imposible que os separa, sé su hermana, su amiga, pero no por huir de tí misma hagas la desgracia de un hombre que noble y generoso te dá su nombre, y te consagra su vida entera.

¡Cuánto has debido sufrir, mi pobre Blanca, con tan cruel desengaño!

Dices que no sabes explicarte lo que te sucede; te creo, sí, porque las desgracias grandes é inesperadas, como los grandes golpes, no se sienten hasta que se empiezan á conocer los efectos.

Tú tan tierna, tan delicada, teniendo que renunciar á tus sueños primeros que extendían ante tus ojos horizontes de oro y rosa; tú tan apasionada, teniendo que ocultar tu amor en el fondo de tu corazón cuando él era tu vida!...

¡Ah! mi pobre niña; las almas como la tuya son las destinadas por Dios á esos grandes sufrimientos morales que una gran parte de la humanidad desconoce, y que son el martirio que más purifica, pues las lágrimas son también un bautismo que redime.

No me digas, no, lo que te separa de Luis; lo adivino; vé ahí por qué yo temía por tí y quería contener en tu corazón sus nacientes impresiones!

Pero nada puede la voluntad contra lo que más fuerte que ella la domina y la arrastra. Ni mis reflexiones, ni tu razón podían contener ese amor que había vivido

antes en tu corazón oculto hasta entonces en tu inocencia de niña, como vive en el cáliz de algunas flores la esencia que no se percibe hasta que el sol las besa con su luz.

Pero si en esto te doy la razón, si comprendo que sería tan inútil querer comprimir el sentimiento del alma con las reflexiones, como lo sería contener un raudal poderoso con la mano, pues el agua se escaparía rugiendo entre ella, á la manera que el sentimiento vencedor, no creo contigo que no pueda dominarse en ocasiones dadas y hasta vencerse.

Dices que amarías á Luis aunque fuese un criminal!... no lo creo. Un alma verdaderamente elevada siente un horror instintivo hácia todo lo que es bajo y miserable. Si tú vieses á Luis degradado ante la sociedad, dejarías de amarle, porque si su recuerdo vivía en tu alma, no sería el recuerdo del criminal sino el del hombre que creíste digno y al que consagraste tu alma.

¡Cuánto daría por estar ahora á tu lado! Yo impediría esa boda que bajo tan tristes auspicios se hace, yo llevaría á tu razón la luz de mi cariño para que vieses el abismo en que insensata y ciega te vas á precipitar.

De todas las posiciones de la vida no hay, no puede haber una más triste, más difícil, más insostenible que la de vivir junto á un hombre que no se ama.

El matrimonio para que pueda crear una atmósfera de felicidad, de dicha suma, debe estar basado en el mútuo cariño, en la mútua confianza, en esa confianza ilimitada que hace ver en el corazon las impresiones á medida que brotan en él, y que sólo el cariño puede inspirar.

Sin él ¿qué puedes tú esperar por más que seas un ángel de bondad, y tenga un gran corazon el hombre á quien has de llamar tu esposo?

Créeme, Blanca, si aún es tiempo no te cases; sé libre hasta que la voluntad de Dios borre en tu corazon esa imágen que hoy vive grabada en él.

Pero si ya no fuese tiempo, si estás unida para siempre á Antonio, entónces ya no eres la niña, sino la mujer, porque la edad no importa nada, sino los deberes contraídos, y creo que no necesito decirte lo que deb's hacer.

Olvida desde luégo tu pasado, y al decirte que lo olvides no te digo que extiendas sobre él un velo, que tu pensamiento

pueda levantar á sus solas, sino que le borres por completo para que ni en sueños pueda acariciarte, porque el pensamiento de la mujer casada no es suyo, pertenece como su alma, como sus deseos, como sus aspiraciones á su marido.

Si te unieses á un hombre material y grosero, si hubiese una causa mezquina que lo impulsara á hacerte su esposa, quizás tuviera disculpa que para huir del presente buscases descanso y olvido en el recuerdo del pasado.

Pero unida á un hombre de corazon que sabiendo que no has de hacerle feliz no vacila en tenderte su mano y unir su corazon al tuyo, que pudiendo aspirar á ser amado como merece se contenta con el afecto que tu corazon le dé, á más de los deberes sagrados que tienes que cumplir para con él, tienes uno más grande que todos: el de la gratitud.

No lo olvides, Blanca, no olvides que tienes que pagar su generosidad para contigo y hazle feliz.

Muchas veces he oido asegurar que el primer amor pasa y se desvanece como esas ligeras brumas que en la mañana coronan los horizontes; que es sólo una flor

en el árbol de la vida que á veces se pierde, pero que nada puede apagar el último amor, más grande que el primero, porque no es ya el amor ilusorio que flota sobre el alma sin tocar á la vida, sino el sentimiento que absorbe por sí solo cuanto se puede sentir.

Sea Antonio tu último amor ya que no ha podido ser el primero, y hallarás á su lado la única y verdadera felicidad.

Ambos sois jóvenes, y Dios ha querido daros inteligencia, belleza, corazon; qué os falta para ser dichosos? Antonio te ama, vence tu corazon, Blanca mia, olvida el pasado, ámale tú tambien y los ángeles envidiarán vuestra ventura.

Yo tambien gozaré con ella, pues te bendigo y te amo como si la tuya fuese una parte de mi dicha.

GLORIA.

CARTA XXXIV.

Antonio á la Condesa del Valle.

—
Florencia, Octubre, 186...

Muchas veces he querido escribirte mi adorada mamá, desde que unido ya á Blanca salí con ella de Baden, pero el estado delicado de su salud, que me inspira mucho temor, me hace dilatar hasta lo que es tan grato á mi corazón como escribirte á tí.

Ya habrás sabido por el Sr. Lopez que regresó inmediatamente á Madrid los detalles de mi casamiento, triste á la verdad, como yo lo estaba con tu ausencia.

Blanca débil y enferma, quiso en vano demostrar valor; apénas terminada la ceremonia cayó desmayada y una violenta fiebre se apoderó de ella; nunca he sufrido tanto, madre mia, como en las horas que pasé junto al lecho en que delirante Blan-

ca me desconocía. ¡Qué agonía tan cruel es ver sufrir á una persona amada! Yo hubiera querido morir ántes de verla enferma....

Algunas veces la idea de que esté herida de muerte, de que sean vanos mis esfuerzos y los recursos de la ciencia para volverla la salud, me hace tanto daño, que el desaliento se apodera de mí y no sé qué hacer, porque si Blanca muriera, ¡ah! madre mía, entónces, te lo juro, moriría yo también!

Tú no sabes cómo la amo yo.... cuando tú la conozcas la amarás del mismo modo porque mi Blanca es un ángel de bondad.

Decias en tu carta que sólo la pedias que me hiciese feliz....

Que ella viva, que yo la vea sonreír, que mis cuidados la salven y no anhele más dicha para mi vida.

En los dias que llevamos en esta hermosa ciudad parece que está mejor; el camino ha sido triste para ella porque dejaba á sus hermanos, porque estaba apénas convaleciente de su enfermedad; para mí porque temia que le hiciese daño, y porque no iba con mi pensamiento á tus brazos.

Yo creo que este delicioso clima ha de hacer bien á Blanca.

Ella goza en admirar los soberbios edificios enriquecidos por Miguel Angel y Rafael; el Arno que se desliza majestuoso coronando de espumas los magníficos malecones de sus orillas; las bellas colinas cubiertas de riquísima vegetacion que coronan la risueña campiña que se extiende bajo el purísimo cielo de Italia.

Ayer ha paseado conmigo por el bellissimo paseo del jardin de Bóboli; no sabes qué feliz era yo al ver que un suave color re rosa teñia sus mejillas, que sus ojos brillaban; ¡Dios mio! cómo bendeciria yo estas brisas si en ellas bebiese Blanca la salud!

Parecia tranquila, y cuando sentados en medio de un bosquecillo de flores veiamos apagarse el sol en un horizonte azul y brillante, se conmovió tanto que una lágrima brilló en sus ojos al decirme con una voz tan dulce como los ecos de aquella tarde:

—¡Qué bello es esto, Antonio!

—¡Oh sí! la contesté, muy bello junto á tí, ¿te sientes bien?

—Sí, aquí respiro mejor; Dios quiera devolverme la salud para que tú no sufras!...

Uno de estos dias en que esté animada

quiero llevarla al Museo Florentino que es lo más notable que tiene la ciudad.

Segun nos han dicho encierra una magnífica coleccion de antigüedades y de grandes obras de arte.

Es un hermoso local preparado al efecto, donde se admiran antigüedades etruscas, romanas, griegas, ya en bronce, ya en medallas, ora en piedras preciosas, bajo relieves ó estatuas, entre las cuales está la célebre Vénus de Médicis, y el renombrado grupo de Niobe.

Además se admiran grandes restos de la pintura antigua y tambien obras admirables de los pintores modernos, en cuya contemplacion debe gozar mucho Blanca, que artista de corazon se extasía ante las obras del genio.

Si Blanca continúa bien, permaneceremos aquí todo este mes y en Noviembre iremos á Civita-Vecchia, á Nápoles y Roma.

Quiero que Blanca dilate su alma en las emociones que han de inspirarla las bellezas para ella desconocidas que encierran esas grandes poblaciones; que puesto que tiene genio y talento pueda beber inspiracion en los monumentos á que una inspiracion gigante ha dado vida.

Por más que me cause honda pena, no volveremos por ahora á España, madre mía; necesito borrar del alma de Blanca esos recuerdos con nuevas y distintas impresiones que vivifiquen su alma y den salud á su cuerpo.

No temas por mí; mi único pesar, á más del que me causa no verte, es que Blanca no esté buena, pero tengo esperanza de que mis cuidados la salvarán.

Ya habrás visto en Madrid á sus hermanos que salieron de Baden el mismo día que nosotros, y aunque tu amor por mí te haya hecho querer investigar si soy feliz, poco creo que de ellos habrás podido alcanzar!

La marquesa, estoy seguro de ello, habrá olvidado ya todo lo sucedido, ménos los trajes que las señoras vestían.... qué carácter tan frívolo y ligero....

¡Qué diferencia al de Blanca! Quizá sea necesario para ser feliz en la vida, profundizar poco sus misterios, verlo todo á través del velo apacible de las apariencias porque hay en el fondo de todo tanta miseria.... ¡ah! sí, al que analiza fibra por fibra el corazón le sucede lo que al que deshoja una flor para ver cómo se forma su cáliz!

Es preciso aceptar el sentimiento tal como es, sin querer eternizarle divinizándole, y olvidar que acaso en él se oculta un cruel desengaño, como se olvida a ver un diamante hermoso que se formó de carbón.

Por eso María es más feliz que Blanca, porque siente menos.

La vida para María es fácil, dulce, agradable.... Blanca acaso no pueda hallar en ella ni un rayo de felicidad porque la pobre niña siente de una manera tan intensa, busca la dicha tan en el alma, que apenas percibe si es ó no agradable el exterior, el cual es todo para su hermana.

Me decías, mi amada mamá, que si me amaba Blanca....

¿Cómo afirmar lo que siente un corazón de diez y seis años que apenas sabe darse cuenta de sus sentimientos?

No sé decirte si me ama, pero es tan buena, tan dulce, que sea cual sea el afecto que la inspire me enorgullezco de él.

Acaso alguna vez me ame como la amo yo; entretanto formaré su corazón, su carácter, porque Blanca es altiva y sólo en nombre del amor recibiría esa educación moral tan necesaria á la mujer.

Es verdad, madre mía, no puedo negar-

te que hay un misterio que ha impulsado á Blanca á ser mi esposa, pero no me pertenece y he prometido por mi honor guardar su secreto; permíteme cumplir mi promesa y callarte algo por la primera vez.

Blanca amaba... quizá ame aún, pero yo espero que olvidará; no creas que sufriré esos tormentos que me describes; el amor de Blanca no puede ofenderme porque es tan puro, tan casto como la esencia que encierra el capullo de una rosa.

Confío en que el tiempo borrará en su corazón el cuadro de sus primeras impresiones, y entónces si me ama, si comprende cómo es amada, habré hallado en la tierra la realizacion de mi sueño de gloria.

Te besa con el pensamiento tu hijo

ANTONIO.

CARTA XXXV.

José Maria á Antonio.

Sevilla, Octubre, 186...

Tu carta, mi querido amigo, me ha sorprendido, y no sé si felicitarte por tu casamiento, ó sentir que hallas obrado en una cuestión tan grave con tanta precipitación.

Respeto el secreto que me dices no ser tuyo, y el cual ha decidido tu casamiento con Blanca; pero sea cual sea, y por graves que fuesen los motivos que á ello te impulsaran ¿por qué con el convencimiento de que Blanca no te ama te has unido á ella?

Es verdad que tú la amas con el delirio en que no se sabe pensar, en que se olvida todo; ¿pero es esto bastante garantía á tu porvenir?

Yo sé que tu corazón es noble y genero-

so, que aceptará sin vacilar y hasta con alegría todo género de sacrificios; sé que tu amor es tan grande como tu abnegacion, ¿pero bastará esto á darte la felicidad?....

De todos modos, y puesto que tú a amas tanto, siempre tendrás la dicha de velar por ella, de verla junto á tí; y acaso en época no lejana te reserve Dios la gloria de su amor, como recompensa de tu noble sacrificio.

Ya que en la confianza de tu amistad me honras consultándome, voy á permitirte darte algunos consejos que dicta mi cariño y mi interés por tí.

No olvides que Blanca amaba á otro, y procura ir borrando ese amor, no imponiéndola el olvido del pasado, sino dulcificándole el presente, á fin de que halle más encanto en la realidad que en el recuerdo.

No la hables de tu amor ahora, pero déjasele colocar en todas las delicadas atenciones que inspira el cariño: si hoy la hablastes de amor su corazón aún lleno de otra imágen te rechazaria, y acaso se apebase más á ese pasado que es preciso que desaparezca por sí mismo; si por el contrario la demuestras con un silencio digno que respetas su sentimiento, si con la nobleza de

tu conducta la interesas, entónces puedes esperar mucho, porque el corazón de la mujer, todo pasión, une como una dulce cadena de afectos, la gratitud, la simpatía, la amistad y por último el amor.

Creo que puedes, que debes esperar mucho; tienes casi la misma edad que Blanca, una figura distinguida, un talento brillante, un nombre ilustre: ¿por qué no te ha de amar? Ella olvidará esa primera ilusión de niña y te sabrá hacer feliz.

La Roca se ha marchado á la Habana, según he sabido por un amigo mio que le conoce y que lo vió en Cádiz; creo que está enfermo también: ¡por qué ha de unir Dios siempre á las grandes pasiones los grandes imposibles!... Pobres jóvenes con tan ancho porvenir y oscurecido ya por tantos dolores!

Tú al ménos la ves, la tienes á tu lado, pero Luis.... desgraciado!... cuánta hiel debe apurar á la idea de dejarla en los brazos de otro!...

Yo no lo conozco pero sé cuánto vale, y lo compadezco profundamente!

Poco puedo hablarte de mí.

Que he pasado una temporada en Sanlúcar acompañando á mi mamá y hermana, y que no la he pasado mal, pues habia allí

muchas y lindas jóvenes que amenizaban aquellos deliciosos sitios.

Después aquí como siempre, llenando todo mi tiempo las ocupaciones del servicio cada vez mayores.

Muchos deseos tengo de volver á verte, de saber que eres feliz; escribeme, y si crees que de algun modo puedo serte útil, ya sabes que será una dicha para mí, pues te quiere muy de veras tu mejor amigo

PEPE.

CARTA XXXVI.

Blanca á Gloria.

Florenzia, Octubre, 186...

Aquí he recibido tu carta, Gloria mia, y aunque estoy mala y me fatiga escribir, no quiero dejar de hacerlo para tí.

Como te decia en mi última, estaba decidido que viniésemos á Italia despues de mi casamiento, y aquí nos hemos detenido por algun tiempo, pues Antonio cree que esto—que á la verdad es muy hermoso—me sienta bien.

No sé decirte lo que siento, lo que sufro, y sin embargo estoy mal; siento una extraña fatiga que á momentos me impide respirar, como un cansancio interno en que me molesta todo, y empiezo á toser de una manera tenaz que me desgarrá el pecho.

Los mejores médicos que hay aquí están

encargados de combatir mi enfermedad, y aunque me dicen que no es nada grave, sino el resultado de una simple afección nerviosa, creo, no sé por qué, que me engañan.

Antonio, que escucha cada día palpitante de ansiedad el parecer de estos señores, está tan triste como si presintiera algo muy doloroso.

Hace algunos días que los médicos llegaron en ocasión en que Antonio, que apenas se separa de mí, estaba en su habitación escribiendo á su madre; les hicieron sentar en el saloncito que precede á mi dormitorio, hasta que Antonio llegase y les acompañara junto á mi lecho donde sin poder conciliar el sueño estaba yo un poco tranquila: los médicos, creyéndose solos, empezaron á hablar quedo, pero el silencio que habia hacia que yo no perdiese ninguna de sus palabras.

—Pobre condesa, decia el de más edad, tan jóven, tan bella y....

—Sobre to-lo, le interrumpió otro, el conde que tanto la ama.

—Pero no puede decirse todavía que no haya remedio, dijo el más jóven de ellos; un esfuerzo de la naturaleza física sobre esa herida moral, que á no dudarlo deter-

mina hoy la enfermedad, y se habrá salvado.

En esto llegó Antonio, y ellos callaron para venir junto á mí.

Ya lo oyes, Gloria, me creen herida de muerte, pues la esperanza en que apoyan la probabilidad de mi salvacion es ilusoria.

Yo no sentiria morir, te lo aseguro, á no ser por el dolor que mi muerte dejaria á Antonio.

Cuánto le debo! Qué bueno, qué generoso, qué noble es para mí! Como si su vida no tuviese más objeto que cuidar de la mia, me dedica una solicitud tan tierna, tantas delicadas atenciones, tantos dulces cuidados, que seria yo muy feliz si Dios no hubiese querido herirme en el corazon.

Y luego no sé cómo agradecerle bastante su respeto á mi dolor; ni una sola vez me habla de su amor, ni me demuestra lo que sufre; me alienta, y parece que quiere hacerme olvidar á fuerza de abnegacion y bondad un pasado que me martiriza.

Ah! si Dios borrara en mi corazon esta imágen que siempre vive en él, si apagase este acento que resuena constantemente en mi alma, aún podria yo ser feliz!...

— Pero no puedo, Gloria, no puedo; contra

mi voluntad, contra mi razon, mi alma vuelva á ese pasado tan bello que no olvidaré nunca.

Tú tambien me dices que le borre de mi memoria.... ah! Gloria, deja al ménos que al hab arte á tí pñeda fijar en él mis ojos para que no me ahogue el dolor!..

Luis! déjame escribir su nombre! cuánto le amo!

Desde que me he impuesto á mí misma el deber de olvidarlo, le amo más, mucho más y de una manera más profunda.

Muchas veces bendigo la muerte que veo acercarse lentamente, porque morir por él es tambien una felicidad.

Tú no sabes, Gloria, qué luchas tan dolorosas sostiene mi pobre corazon.

Yo ahogo en él el grito involuntario de dolor que dejaria escapar, cuando envuelta en una fascinacion extraña veo á Luis solo y desesperado, y oigo su voz que me llama; hago volver á él las lágrimas hirvientes que quizá vertidas me aliviarían, y apago en mis labios la voz que en mis sueños murmura su nombre.

Cada dia estoy más débil, más pálida, más enferma; y es que mis fuerzas se agotan en esta lucha jigante que sostengo con-

migo misma, y mi salud se altera de una manera profunda.

Cuando veo á Antonio siguiendo con anhelo el ligero cambio que algunos dias se nota en mi salud; cuando la delirante alegría de sus miradas me demuestra que ha creido hallar una ráfaga de vida en el fugitivo color que por un momento baña mi semblante, me pregunto por qué no he de pagar yo con todo el amor de mi alma cuanto le debo; pero ¡ay! la voluntad no puede cambiar los sentimientos!

Hay aquí muy hermosos templos á los que voy cada dia buscando en la calma de la oracion y la soledad un bálsamo á mis pesares.

Antonio me acompaña siempre y cuando le veo de rodillas junto á mí, con sus hermosos ojos fijos con una expresion de súplica en la imágen de María, no sé pedir á la Santa Virgen sino que pueda amarle para hacerle feliz.

Ayer al ir á retirarnos me dijo:

—Blanca, si te pones buena, volveremos á Florencia y traeremos á esta hermosa imágen una corona de oro.

Ah! madre mia, aceptad esta ofrenda y devolvedme á más de la salud, la paz del alma!...

Si yo pudiera pensar en Luis sin que mi corazón temblase, sin que mi sangre ardiera....

Si pudiese quererle como á un hermano, su recuerdo no me mataría.

Acaso lo alcance si tú me ayudas, Gloria mía, si me guías con tu cariño y tus consejos.

Qué debo hacer?

Dímelo tú, y te deberá su felicidad la que es tuya de todo corazón,

BLANCA.

CARTA XXXVII.

María á Blanca

Madrid, Octubre, 186...

¿Cómo estás, Blanca mía de mi alma? Aunque en el telegrama que Manuel recibió decía Antonio que llegabas tranquila y al parecer mejorada, no estaré contenta hasta que tú misma me digas que estás bien.

Cuánto te echo de ménos!

No sabia hasta que te has separado de mí que eras tan necesaria para mi dicha.

¡Qué poco tiempo he tenido la felicidad de tenerte á mi lado! en tu niñez, con el afán de darte una distinguida educacion, hice el sacrificio de separarte de mí para que fueses al colegio donde has pasado seis años, y cuando vuelves conmigo, tu casamiento te aleja de nuevo.

No sabes qué tristeza tengo desde que no te veo, y pido á Dios te devuelva la salud para que te vengas á Madrid y pueda al ménos verte, ya que no vivas siempre á mi lado como yo desearia.

Algunas veces me pregunto si he hecho bien en no oponerme á tu enlace, y no me sé contestar; porque es verdad que tú lo has querido, que no hemos hecho más que acceder á tus deseos, pero temo que no ames á Antonio tanto como debias amarle para hallar la felicidad á su lado.

Me tranquiliza la idea de que él vale mucho y sabrá—si hoy no lo sientes—inspirarte ese cariño que dulcifica las penas de la vida y cubre su senda de flores.

Me es muy grato tambien que Antonio por su posicion pueda ofrecerte cuanto hay de más agradable en la sociedad.

Tú, Blanca mia, tan bella y delicada, no hubieras podido vivir una vida oscura, sin encantos ni atractivos; necesitas distinguirtete en todo, ser admirada, halagada, envidiada, en una palabra.

No quiero negarte que al serlo tendrás muchos enemigos, y sobre todo *enemigas*; pero ¿qué mujer jóven, bella, encantadora, no los tiene?

¿Y qué importa á la mujer que vale, que entre el coro de alabanzas que se la prodiga haya algun eco de malicia que desentone en la dulcísima armonía?

De mí sé decirte, Blanca, que he tenido alguna vez en mis salones personas que sabían me aborrecían, y las he recibido quizá con más cariño que á los indiferentes, para probarles así mi deprecio á su envidia, y para humillarles con él.

Te hablo de esto para probarte cuán agradable me debe ser que tú, á quien tanto quiero, seas luégo admirada y notable en esta sociedad que, parecida á los lagos del desierto, refleja en su superficie cielo y estrellas, y guarda en el fondo cieno.

Aquí mi hermosa condesa, brillarás con el prestigio del nombre que llevas, no ménos que con el talento y belleza que te adornan.

Verás cómo te rodean, cómo te halagan, para criticar luégo sin piedad la falta más leve que crean leer en tí, ó que supongan.

Si eres sentimental y dulce, te llamarán romántica y fastidiosa; si eres amable, te dirán coqueta; si grave, orgullosa; si elegante, criticarán tu lujo; si sencilla, te creerán descuidada.

Si demuestra talento, ah!.... entónces, Blanca mia, surgirán *sabios* y *críticos* á tu alrededor, y si no logran aturdirte y tienes el valor de no oírlos para dejar que tu talento brille, acaso, acaso hasta duden de que ese talento te pertenece.

¡Cómo si fuese fácil que se prestase la inteligencia!

Leerás con asombro lo que escribo, porque tú, mi dulce niña, no conoces el mundo y crees que en él todo es bueno y puro como tú; por eso quiero hablarte así para que no te hieran demasiado las primeras espinas que en él recojas.

Cuando se van conociendo todos los misterios que la vida oculta bajo bellas apariencias, el corazón pierde mucho del entusiasmo generoso que lo anima, cuando todo lo vé á través del prisma de las ilusiones, y por eso nos parece al empezar la vida culpable la indiferencia de los que ya la conocen.

Pero dejemos esto, niña mia, que ya hablaremos de ello cuando tenga la dicha de verte, y dime entre tanto si te diviertes mucho en ese bello país de las artes y de los amores.

No dudo que será así, pues nada te falta

para ser feliz, aunque otra de las creencias que yo abrigo es, que para ser feliz se necesita *querer* serlo: querrás tú? hé ahí lo que anhelo saber.

Lo anhelo, sí, porque tú, mi Blanca, eres uno de esos seres que buscan la dicha para el alma.... y esa es tan difícil hallarla!

Puede satisfacerse la vanidad, el orgullo, si esto se desea; puede alcanzarse la grata tranquilidad de una vida pura, la calma helada de una vida indiferente, pero acaso sea imposible hallar esa ventura suprema en que sueñan las imaginaciones como la tuya.

No pidas, pues, á la vida más de lo que ella ofrece, y sé feliz para que yo lo sea viéndote á tí.

Acaso aún conserves el recuerdo de La Roca, pues creiste que te amaba; no he querido hablarte de esto hasta ahora, pero Blanca, yo hubiera visto con inmensa pena que te unieses á él.

Antonio, aparte de tener una posición infinitamente más ventajosa, de ser más jóven y de amarte más, tiene para mí la de ser hijo de una amiga, y sobre todo, que unida á él vivirás junto á mí.

Manuel no te olvida, uno de estos días

te escribirá, y aunque yo procuraré que te hable de cosas que te distraigan, como yo lo he hecho, acaso te deje conocer lo triste que le tiene tu ausencia.

El te dará noticias de tu oratorio, que creo está ya concluido, y de todo lo que pueda serte agradable.

Adios, Blanca mia, cuidate mucho para que tenga pronto la dicha de abrazarte tu apasionada hermana

MARÍA.

CARTA XXXVIII.

Antonio á Luis.

Roma, Noviembre, 186....

En Florencia recibí tu carta, mi querido Luis, y á pesar de tu deseo de que no te escriba, lo hago así porque espero que mis palabras lleven algun consuelo á tu corazón.

Comprendo muy bien el delicado sentimiento que ha dictado esa proposicion, pero yo no puedo admitirla porque seria indigno de tí y de mí.

Yo soy tu amigo y lo seré siempre; no dudes pues, suceda lo que quiera, de mi cariño.

No creas que sea un sacrificio el que me he impuesto al unirme á Blanca; yo la amo de una manera tan pura, tan grande, que si no puedo tener nunca su amor, me

creeré feliz con tener su cariño y velar por ella.

Bastará como recompensa á mi corazón el verla á mi lado tranquila y confiada en el apoyo que mi cariño la ofrece, el compartir sus impresiones, y adivinar sus deseos.

Gracias, Luis, me juzgas bien al creer que nunca en nombre del derecho la exigiré ni amor ni olvido.

Yo respeto sus recuerdos virginales y la idealidad de sus sueños, que no pueden de ningún modo ofenderme.

Yo no la pediré amor, porque si he podido sacrificarla mi vida, no la sacrificaré nunca mi orgullo.

Hoy, sábelo, Luis, mi esposa no es para mí más que una hermana; si algún día el dulce afecto que hoy me profesa toma otra forma, por dicha para mí, entónces y sólo entónces será lo que debe ser.

No quiero negarte que hay momentos de lucha, de dolor, de olvido de mí mismo, en que temo volverme loco, porque yo la amo, no sé decirte cuánto, todo lo que puede querer el corazón al unir en el mismo delirio todas sus ilusiones y todas sus esperanzas.

Pero esas luchas son momentáneas y casi siempre pasan para Blanca desapercibidas.

Mi razon vence y puedo sonreir cuando mi corazon se desgarrá, cuando arde mi sangre en una explosion de dolor infinito.

Blanca me profesa un cariño tan dulce y tan tranquilo como si toda su vida la hubiese pasado junto á mí.

Cuando me vé no demuestra ni placer ni pena; sonrie dulcemente y me habla de todo con la espansiva confianza de una hermana.

Es tan buena que quisiera ocultarme que sufre por no hacerme sufrir, pero yo veo por desgracia que está muy enferma y que mis cuidados no pueden contener los rápidos progresos de su mal.

Ahora creo que está mejor, y así me lo asegura ella tambien, que al parecer está contenta en esa gran ciudad que deseaba conocer.

Mi mayor anhelo, mi único deseo es que recobre la salud; si es la voluntad de Dios que no me ame nunca, me resignaré á ella, haré que mi corazon se satisfaga con el cariño fraternal que hoy me ofrece, pero que ella viva, que pueda yo verla siempre

para que sea el ángel que me aliente y me guie.

Cuando cada mañana al recibir el ramo de flores que le presento me dice—gracias, Antonio—con una dulcísima expresión de ternura; cuando sola conmigo al admirar algún bello paisaje ó algún monumento artístico me participa sus impresiones con una hechicera confianza, lo olvido todo para ser por un momento feliz.

Ya ves, Luis, que puedes estar tranquilo si temías por Blanca; quizás yo no sepa hacerla dichosa, pero para ello hasta el sacrificio de mi vida me parecería poco.

Háblame de tí; ya sabes que me intereso como un hermano por tu tranquilidad, por tu porvenir.

Comprendo cuánto sufrirás ahora, pero acaso haya encontrado ahí tu corazón el calor que necesitaba para reanimarse y olvidar.

Dices que al cruzar el Océano nada dejabas en pos de tí. ¡Luis! que el dolor no te haga ingrato!

No te quiero yo con todo mi corazón?

No te ama Blanca hasta morir por tí?

Ah! yo me llamaría feliz si como tú tuviese su amor aunque no pudiese verla, aunque todo nos separara!

Yo hubiera ocultado mi pasión toda mi vida, á no ser porque los sucesos me han obligado á mostrarla y porque tú mismo lo has querido.

Adios Luis; te envío la seguridad de que Blanca está mejor; que tiene, que tendrá siempre todos mis cuidados, todo mi cariño, como tú tendrás la amistad y cariño que te ha profesado desde que te conoce,

ANTONIO.

CARTA XXXIX.

El Marqués de la Vega á los Condes del Valle.

Madrid, Noviembre, 186....

No os he escrito ántes, mis queridos hermanos, porque deseaba poder contaros algo agradable, y si sólo os hubiese hablado de nuestro viaje no me hubiera sido posible, pues fué bastante triste, tanto por nuestra separacion, como por el cuidado que la salud de Blanca nos inspiraba.

Hoy tengo algunas noticias que daros, que estoy seguro leerá Blanca con placer.

He estado en Granada, ó más bien en la Vega, unos dias, y como esos sitios te son queridos, de ellos quiero hablarte.

Ya está terminada la capillita que deseabas, y que como no podia ménos de ser, inspirada por tí, es una pequeña joya del arte enriquecida por tu bellissimo cuadro,

que brilla en ella como un diamante engastado en un aro de oro.

La órden de ligeras columnitas góticas que la circuyen tiene toda la belleza que puede hallarse en la sencillez y la elegancia unidas; sus embasamentos sostienen preciosas estatuitas de ángeles, que parecen á su vez sostener la cúpula; tan bella, tan aérea, tan elegante es.

El altar de mármol blanco con relieves de oro, se eleva en el centro entre dos grupos de delgadas columnas que descansan sobre sencillos pedestales y están coronadas por un friso delicadamente caído que sostiene un doselete, bajo el que se ostenta la imágen de la Concepcion creada por tu pincel.

El pavimento es de mármol blanco; los frescos de la cúpula, los filetes de las cornizas, de los frisos, de los relieves, todo azul y oro.

Los cristales de un delicioso color de rosa que á todo imprime un colorido tan bello, como si una eterna aurora brillase en la capilla.

Las dos lámparas de plata que caen á ambos lados del altar están sostenidas por guirnaldas de flores azules y blancas, como

las que tienen suspendidas los ángeles del cornisamento.

Ya ha sido bendecida pero no quiero se diga en ella la primera Misa hasta que tú puedas oirla.

El exterior es muy agradable tambien, pues la rodean bellos jardincitos á la inglesa que la envuelven en nubes de aromas.

Sobre la puerta de entrada he mandado grabar en letras de oro la siguiente inscripcion:

«Capilla erigida en honor de la Purísima Concepcion, por Blanca de Osma, Condesa del Valle: año 186....»

Quizás en tu excesiva modestia no te agrade esto, pero es la verdad, pues no sólo el oratorio, sino la quinta, con los terrenos que la rodean son vuestros; es mi regalo de boda á Blanca.

Mucho desco vengais pronto á tomar posesion de él, pues los jardines están ahora encantadores con esas últimas flores de Otoño que parecen más bellas por ser las últimas; y aunque viniéseis á Madrid desde luégo os quedaríais allá unos dias para que Blanca diese gracias á la Virgen por su mejoría, ante esta imágen que todos ven con admiracion, y que es tan bella como el alma que la soñó.

Aquí tambien hay ya mucha animacion; los teatros empiezan á abrirse; para el de la Opera se anuncia una notable compañía, sin contar con que tampoco faltarán los *bufos* ó más bien los *bufones* del arte.

Los salones tambien brindarán con solaz esas pléyades de mujeres hermosas que entre flores y luces, entre perlas y encajes parecen las hadas de la alegría y el pacer.

Nosotros recibiremos los Lúnes como siempre; y vosotros abrireis vuestros salones ó ireis como mariposa de fiesta en fiesta para gozar de todo?

La noche del Domingo la pasaremos reunidos en familia, y ya estoy soñando yo con esas deliciosas veladas en que Blanca con su vocesita de ángel nos hable de las bellezas de Italia, ó nos lea, encantándonos, ó nos deleite al piano.

La verdad es, Blanca, que no podemos acostumbrarnos á estar sin tí, despues de haber tenido la dicha de tu presencia.

A mí se me hacen los dias tan largos, las noches tan insoportables, que te aseguro que si tardais mucho me iré á Italia tambien.

Qué hay en tí, Blanca, que te haces tan necesaria al corazon? Tú todo lo embelle-

ces, lo iluminas, atraes hácia tí de una manera tan invencible el corazón, que aún de léjos conserva como un perfume tu recuerdo.

Sois muy felices, no es verdad?

Ah! no lo sereis tanto como yo os deseo, pues os quiero con toda mi alma.

Ponte pronto buena, Blanca, para que tenga la dicha de verte.

María os abraza tan cariñosamente como vuestro amante hermano,

MANUEL.

CARTA XL.

Cárlos de Guzman á Luis de la Roca.

Madrid, Noviembre, 186...

A mi vuelta de Francia he recibido tu apreciable carta, mi querido Luis, teniendo un gran placer en volver á saber de tí despues de tanto tiempo de absoluto silencio.

Mucho siento que sufras, y más aún que no hayas venido á mi lado en vez de volver á América.

Aquí, á más de consolarte con mi cariño hubiese intentado satisfacer los deseos de tu corazon, venciendo esas dificultades que á mi parecer sólo existian en tu delicada manera de apreciar las cosas, y que tu ligereza ha hecho insuperables.

Creo que puesto que amabas tanto á Blanca—lo sabia ántes que tú me escribieses—no debias de ningun modo haberla

impulsado á casarse con otro, en ningun caso.

Qué te separaba de ella, ¿tu carrera? ¿el haber disipado tu capital y no poder ofrecerle hoy más que tu escaso sueldo de capitán?

Esto es una locura, Luis; es exagerar la delicadeza hasta hacerla ridícula; porque si esa niña te amaba, ni el separarse por tí de su familia, ni el carecer á tu lado de ese lujo inútil que la rodeaba ¡debía serle penoso!

Quiero suponer que no fuese esto, que tuvieses con alguna mujer un compromiso de honor.... ni aún así debiste aconsejarla su casamiento, porque ¿quién sabe lo que pudiera suceder?

Dices que al tener que alejarte y porque no quede sola, deseando su felicidad, querías dejarla un apoyo en tu mejor amigo.

Pero Luis, no pensaste que por hacerla dichosa ibas á hacerla más bien desgraciada para siempre? ¿Qué dicha puede hallar en una union que no está formada por el cariño, y que su corazon rechaza?

¡Ojalá no llegue un dia en que te arrepientas de tu ligereza por algun triste resultado!

¿Que te diga si Blanca es feliz?

Poco, muy poco podré decirte, porque si es verdad que Gloria es su amiga, que la escribe, yo no quiero ver esas cartas que Gloria me mostraria quizá con violencia por tratarse de un secreto ageno.

Sin embargo me habla de ella con mucha frecuencia, y más ahora que segun me ha dicho está enferma.

Hace algunos dias que al llegar yo al gabinete en que habitualmente está Gloria, la hallé llorando; y como ella siempre está contenta y feliz, como su sonrisa es ya para mí tan necesaria como el rayo de sol que ilumina mi hogar, la pregunté con algun cuidado por qué lloraba.

—Mira—me dijo mostrándome una carta que tenia en la mano—la pobre Blanca está muy enferma.

—Quizá te alarmes sin motivo; veamos qué dice esa carta.

—Me habla de lo que sufre, añadió Gloria, pero aquí, dijo señalándome un período, me demuestra que está peor.

Fijé la vista donde Gloria me decia y leí: «cada dia estoy más débil, más pálida, más enferma y es que mis fuerzas se agotan en esta lucha gigante que sostengo

»conmigo misma, y mi salud se altera de una manera profunda.»

No puedo expresarte cuánta pena sentí al leer las líneas que te copio. Pobre niña, tan bella, tan pura, y sufrir ya la vida como una insoportable cadena del alma!

Quizá, puesto que vale tanto el hombre que tiene á su lado, pueda ir aunque lentamente, devolviendo á ese corazón la paz y la fé perdida. Quizá la naturaleza física pueda vencer al mismo tiempo la afección moral que hoy la domina y entónces se habrá salvado.

Yo no la conozco, pero Gloria habla de ella con un entusiasmo tan grande, la quiere tanto, que desde luego me interesa y creo que debe valer mucho porque mi Gloria á más de un gran talento tiene una razón muy serena, una rápida y exacta apreciación para juzgar lo que vé y para apreciarlo en su valor.

Como sé que me quieres, no temo que me llames egoísta si te hablo de mí, ántes bien te será grata mi dicha.

Soy muy feliz; como no esperé nunca serlo ni áun en mis más bellos sueños.

Gloria me ama y ha sabido inspirarme también un amor invencible.

Yo no me casé enamorado, tú lo sabes, pero mi mujer reúne cuanto bello, cuanto bueno puede subyugar el alma.

Su carácter siempre dulce é igual al par que digno y firme, su talento que ella parece no conocer y que se muestra en cada una de sus palabras, de sus miradas, de sus acciones, de una manera tan natural y agradable que se empieza aceptándole y se acaba por necesitarlo como el mayor encanto; su bondad para todos, y su hechicera belleza la hacen un ángel y no es posible dejar de amarla.

Si en las circunstancias en que se hizo mi casamiento hubiera yo encontrado una mujer frívola y ligera que no hubiese sabido prestar á mi corazón el calor que le faltaba; si hubiera sido una de esas criaturas de medianos alcances que no saben hablar más que de la moda del día, acaso me hubieran sido muy penosas las cadenas que hoy me parecen de flores.

Quizá no sean las grandes pasiones las que dan la felicidad de la vida; ellas pasan sobre el corazón como un torrente desolador que arranca de él los mejores sentimientos, dejando la soledad y el vacío; el cariño que nace débil pero que se robuste-

ce en el alma cada día, es el que resiste á todo, el que no muere y al fin basta para la felicidad.

Tú que amabas de una manera tan grande, tan inmensa, estás hoy solo, con el corazón destrozado, léjos, muy léjos de todas tus esperanzas; yo que sólo sentí por mi prima un cariño apacible, el cariño de familia más bien que el de la simpatía, unido á ella hoy la amo y soy feliz.

Lo único que faltaba á mi dicha era un hijo y Dios vá á enviármelo muy en breve.

En vez de cumplir tus deseos hablándote de Blanca, te he hablado de mí; dispénsame y no me culpes porque al hacerlo así obedezco á mi razón.

Blanca es ya de otro; olvídala, ó por lo ménos no busques medios de saber de ella, porque cada noticia ahondará más y más la herida de tu corazón, y tú debes esforzarte porque esa herida se cierre.

Ya sabes cuánto te quiero yo; pues bien, en nombre de ese cariño te digo que no debes buscar á Blanca ni con el pensamiento.

Tu voluntad la ha dado á otro hombre; que tu voluntad imponga silencio á tu deseo. Tuyo de todo corazón,

CÁRLOS.

CARTA XLI.

Gloria á Blanca.

Madrid, Noviembre, 186....

Con cuánta pena he visto por lo que en tu carta me dices, que no estás mejor, Blanca mia querida!

Cuánto daría yo por llevar á tu corazon y á tu espíritu la calma y la dicha que le faltan!....

Pero ¿qué puedo yo hacer por más que mi cariño lo anhele? Nada, Blanca mia, porque para tí no sirven los consuelos vulgares, y á una imaginacion como la tuya hay que hablarle en su propio lenguaje, esto es, de una manera elevada para ser comprendidos.

Ante todo te ruego deseches esas ideas tristes que tanto daño deben hacerte.

Lo que oiste á los médicos no determi-

na nada; ellos exageran casi siempre el mal que han de combatir, y además hablaban, según yo comprendo por lo que dices, en la hipótesis de que tu mal aumentase.

Tú eres siempre delicada, y como todas las naturalezas esencialmente nerviosas, muy impresionable.

En el colegio temblabas por el daño más leve que otra se hiciera, brotaban tus lágrimas por la más pequeña causa, y esa excesiva sensibilidad era quizá la causa de que no te robustecieses al desarrollarte.

Ya debes tú dominar esas vivísimas emociones, y sentir ménos para sentir mejor; debes tener más valor, y alejar de tu pensamiento todo lo que haga daño á tu salud.

Evita esas luchas que me dices sostienes, y que resienten tu delicado organismo; no te alarmes sin motivo por esa ligera molestia que sientes y que es el resultado de la sobreexcitación en que ha estado tu espíritu, en tanto se han resuelto los acontecimientos que han dado lugar á tu matrimonio.

Hoy debes estar tranquila y creerte feliz en la posición en que Dios ha querido colocarte.

Puesto que tú misma conoces cuánto

vale Antonio, cuán digno es de tu cariño, el tiempo se encargará de hacer que lo ames con todo tu corazón mejor que mis palabras.

¿Me preguntas qué has de hacer?

En mi opinión pensar en Luis sin violencia, como se piensa en la ilusión de un agradable sueño, ó en la ficción de un libro que nos interesa; cada día se irá debilitando ese recuerdo en tu alma, porque si estuvieras sola quizá su memoria llenaría tu vida; pero al lado de un hombre como Antonio, muy pronto se borrará por sí mismo y sin que tú lo intentes.

No se puede vivir sin afecciones, sin esperanzas, sin deseos; diríase que el alma necesita también una atmósfera y que la encuentra en la ilusión.

El vacío es la nada, y la nada y la vida ardiente del corazón no pueden unirse.

Por eso se suceden las impresiones, sin que tome parte en ello la voluntad, y como una consecuencia natural de nuestra manera de ser; por eso los pesares, las alegrías, cuantos sentimientos creemos eternos, se limitan, se gastan, desaparecen en fin para dar paso á otros nuevos, pues como dice Víctor Hugo, «la carne del corazón retona.»

Dios te concederá, sí, no lo dudes, ese olvido que deseas.

Tú eres buena entre las buenas, y con un leve esfuerzo de tu voluntad lo alcanzarás.

Tú tienes el deber de vencerte en esa lucha dolorosa que sostienes, porque las grandes pruebas son siempre para las grandes almas.

¡Y qué gozo tan puro no te ofrece tu triunfo!

Habrás pagado la deuda de gratitud que tienes para con tu marido, porque toda tu vida consagrada á él, toda tu sangre gota á gota, no bastaría á recompensar su noble sacrificio.

Le habrás hecho feliz y lo serás tú con la doble felicidad del corazón y la conciencia.

Porque Blanca, esos delirios que pasan como torbellinos de fuego envolviendo la razón, dejan en pos de sí sus destructoras huellas, y abrasan el pensamiento para que no broten más en él las flores de la vida.

Huye pues, niña mía, de esos sueños y vive en el presente y para el porvenir.

Tu primer amor debe olvidarlo tu alma, para pensar en los deberes que tu situación te impone.

Yo no hubiera querido que se efectuase ahora tu casamiento, sino más tarde, cuando el tiempo hubiese dejado sobre tus recuerdos como un velo que amortiguase su luz, pero ya que tú lo has querido debes tener valor y dominar tus sentimientos.

Por qué no volveis á España? Si tú desearas visitar á Italia, en otra época, cuando restablezcas tu salud puedes volver; aquí tendrías el cuidado de tu hermana, el mio, el de tu esposo y el de su buena madre, que te quiere ya con todo su corazón y desea conocerte.

Háblame, sí, con toda confianza de lo que sientes; así al ménos podré decirte lo que segun mi opinion debes hacer.

Voy para concluir á darte una noticia muy buena para mí, y que te demostrará que mi felicidad va á ser mayor aún, pues lo único que á ella faltaba me lo concede Dios.

Voy á ser madre: ¿comprendes mi suprema dicha?

Si tengo una hija llevará tu nombre que me es tan querido.

Adios, Blanca mia, no me escasees tus noticias, pues las espera con más ansiedad que nunca tu hermana de corazón

GLORIA.

CARTA XLIII.

El Conde del Valle á José Maria de Leon.

Nápoles, Noviembre, 186...

Apénas sé cómo empezar esta carta, mi querido amigo. El desaliento, la angustia que oprime mi corazon, apagan en mi pensamiento las ideas.

Blanca está peor; la esperanza de salvarla que yo abrigaba se debilita cada dia...

Hemos estado en Roma muy poco tiempo; apénas Blanca ha podido verla, y yo temiendo que aquel clima le hiciese daño me he apresurado á traerla aquí, pues me dicen que las brisas del golfo la harán bien.

Si Dios quisiera que no estuviese herida de muerte, en ningun sitio mejor podria recobrar la salud.

Como pensamos quedarnos en Nápoles

todo el invierno, hemos tomado una preciosa casa aislada de la ciudad, y desde la cual se vé el golfo tan suavemente azul como el cielo que le cubre; las verdes colinas salpicadas de blancas casas que lo rodean, y al léjos el Vesubio, Castellamare y Sorrento.

Uno de estos dias, en que Blanca por una de las frecuentes alternativas de su enfermedad se hallaba mejor, la insté para que viese desde el balcon el magnífico paisaje que el sol iluminaba.

El mar tenia ese murmurio dulce y suspirante de la ola serena que inspira al corazon una vaga melancolía; los *lazzaroni* vagaban por la playa; los pescadores arreglaban sus redes en la arena, y sus barquillas sujetas en la orilla, se mecian dulcemente esperando partir.

A pesar de lo avanzado de la estacion, la brisa era tibia y húmeda.

Al poco tiempo de estar allí Blanca tosió, y temiendo yo que el viento del mar la hiciese daño, fuí á correr los cristales que cierran el balcon.

—No, no, me dijo ella, aquí se respira muy bien, y además estoy tan mejorada, que hasta daría un paseo por el mar.

—Vamos, pues, le dije loco de alegría por sus palabras; pero no volveremos tarde porque en la noche refresca y pudieras ponerte peor.

Blanca contenta y risueña llamó; una doncella le trajo un sombrero y un abrigo, y apoyándose en mi brazo bajamos para ir al muelle, donde un criado que se había adelantado nos había buscado una barca.

Nunca he sido tan feliz como en aquellos momentos, José María; al cruzar la playa de Nápoles llevando á Blanca á mi lado, sintiendo su manecita apoyarse en mi brazo, y viéndola animada y risueña, parecía que mi corazón se ensanchaba, que dejaba atrás y para siempre el pasado, y alcanzaba al fin la felicidad.

¡Qué bella estaba Blanca! deja que te la describa, y acaso esto calme un poco mis tristes pensamientos.

Vestia un traje de seda azul ligeramente orlado de encaje; un sombrero de terciopelo del mismo color, con un grupo de rosas ménos blancas que su frente, ceñía sus sueltos rizos, y su largo velo de gasa blanca se rodeaba á su cuello delgado y transparente como para acariciarlo.

Como está mucho más delgada, sus ojos

parecen más grandes, sus sienes se han hundido ligeramente como los extremos de su boca, que no por eso ha perdido su forma encantadora; sus manos blancas y pálidas parecen de marfil, y su talle, esbelto siempre, ha adquirido la flexible elegancia de la palmera.

Aquella tarde, la emoción que sentía había dado á sus mejillas el suave matiz de rosa de la salud; ¡qué bella estaba! ¡cómo brillaban sus ojos y qué dulzura imprimía á su rostro su sonrisa!...

Blanca quería visitar el Pausilippo donde está el sepulcro de Virgilio, recorrer esta colina que perforada en su centro deja admirar una magnífica galería de más de una milla de longitud, conocida con el nombre de *La Gruta de Pausilippo*.

Aunque temía que nos faltase tiempo para cruzar el golfo de ese nombre y tocar en la playa de la *Margellina*, accedí á su deseo, y nuestra barca viró con rumbo al Oeste, cortando rápidamente las olas.

Dos jóvenes marineros la impulsaban acompañando el movimiento de los remos con el rumor de una barcarola dulce y sencilla como los hábitos de los hombres del pueblo, que acostumbrados á vivir bajo el

cielo y sobre la ola, unen una piadosa filosofía á la sencillez de sus deseos y á la pureza de sus costumbres.

Blanca, que como sabes habla muy bien el italiano, seguía con curiosidad las tenues vibraciones de aquellas notas acentuadas y sonoras, y como si ellas fuesen la armonía misteriosa del sueño, su cabeza que se iba inclinando débilmente se apoyó en mi hombro y sus ojos se cerraron.

No podré explicarte nunca lo que yo sentí en aquel momento, porque su recuerdo me vuelve loco.

Yo contenía mi respiración para no despertarla, pues apenas duerme de noche; la brisa del mar agitando sus cabellos me envolvía en un perfume suave que me embriagaba; el abrigo de terciopelo en que para preservarse del frío se había envuelto, caía por su espalda y dejaba descubierto su talle encantador: su pecho se agitaba suavemente, sus labios se entreabrían....

Hubo un momento en que lo olvidé todo, no ví el mar que nos rodeaba, ni el cielo que nos cubría, no escuché á los marineros que seguían cantando en voz baja; sólo ví á Blanca apoyando su cabeza en mi pecho en un sueño de felicidad....

Los latidos de mi corazón me ahogaban; una nube envolvía mi pensamiento, y loco, delirante, la estreché rápidamente contra mi corazón y besé por la primera vez aquellos labios divinos....

Blanca despertó, y mirándome de una manera vaga, indecisa, como si soñara, me dijo tendiéndome los brazos y con una voz tan tierna, tan conmovida, que no la olvidaré nunca:

—Luis, Luis mio, cuánto te amo! cuánto tiempo sin tí!...

Al oír este nombre, un grito de rabia se escapó de mis labios, y al escucharlo Blanca volvió en sí y me preguntó qué sucedía.

—Nada, Blanca mia, la contesté procurando dominar la tempestad que rujía en mi pecho; la barca hizo un movimiento brusco y tuve miedo por tí.

—Tengo sed y frío, dijo Blanca; quiero volver á casa.

Dí orden á los marineros de volver á Nápoles, y cubrí los hombros de Blanca con su abrigo.

La pobre niña estaba pálida; su mano que había asido la mia buscando apoyo contra el vaiven de las olas, ardía y temblaba; apoyó de nuevo su cabeza en mi pe-

cho y me dijo con una voz empapada en lágrimas:

—¡Cuánto te hago sufrir, Antonio mio, y cuán bueno eres tú! perdóname; yo pido á Dios que me dé salud y olvido, y acaso me lo conceda!

No sé decirte lo que la dije, porque estaba loco de dolor; besé su mano muchas veces y la aseguré que volverle la salud era el único anhelo de mi vida.

Desde aquel dia se vuelve á mostrar abatida; la fiebre imprime á sus mejillas un color febril, y apénas deja la butaca en que está recostada.

Yo no sé qué hacer; ayer puse un telégrama á mi madre llamándola á mi lado, y si Blanca quiere llamaré á su hermana.

He pensado alguna vez que acaso si volviese á ver á Luis se salvaria, y de ser así lo llamaria sin vacilar; pero ¿y si la emocion la mata? Y aunque Luis acudiera inmediatamente, ¿llegaria á tiempo?

Los mejores médicos de Nápoles la asisten y me aseguran que aún puede salvarse...

Por mi parte estoy decidido á hacer cuanto sea necesario; la amo con locura, es mi vida; sin embargo, si para vivir necesita el amor de Luis, yo lo llamaré á su lado.

Solo un momento he tenido celos: cuando la oí en la barca hablarle con pasion, pues con él hablaba al dirigirse á mí.

Despues, no; verdad es que mi corazon lleno de la inmensa pena que su enfermedad me produce, no puede dar cabida á otro sentimiento.

Pobre ángel mio, cuánto sufre! tiene un alma tan bella, tan pura!... qué feliz seria al lado del hombre de su amor!

A veces me acuso amargamente de ser yo la causa de su muerte.

Creo que acaso libre podria dar expansion á sus sentimientos y no moriria...

No sabes qué horas de angustia, de agonia, paso yo viéndola sufrir; algunas noches voy á escuchar si tose á la puerta de su cuarto, y con la frente apoyada en ella y las manos en mi corazon para retener sus latidos, paso las horas apurando una amargura infinita.

Esta última noche oia su respiracion tranquila y débil como la de un niño; dormia.

Hoy está mejor; esta mañana entré en su tocador y con sorpresa mia la ví sentada junto al balcon dibujando en su álbum de viaje.

—Buenos días, Antonio, me dijo levantándose y tendiéndome ambas manos; estoy mejor, ya lo ves, y he querido copiar para tí este paisaje que tanto te gusta.

Cuando me habla así, cuando la veo mejor, soy feliz y nada más pido á Dios.

Él quiera que esta mejoría no sea tan pasajera como las que tantas veces me han hecho esperar que mi Blanca viva, nada más pido, nada más deseo: que viva aunque no me ame; que viva aunque para darle esa vida tenga yo que romper mi corazón.

Escríbeme aquí, decididamente nos quedaremos el invierno; Blanca se fatiga con los viajes, y además esto es muy hermoso.

Quiera Dios que al escribirte otra vez no llenen tan tristes temores el corazón de tu amigo

ANTONIO.

CARTA XLIII.

Luis á Carlos.

Habana, Diciembre, 186...

Difícilmente hubiera creído al escribirte la última vez que hubiese una situación más triste, más desesperada, y sin embargo me esperaba aquí.

Tu carta me prueba tu buena amistad y tu cariño; gracias, Carlos, voy á corresponder á ella con mi confianza.

Era preciso, indispensable, que yo volviera aquí.... me esperaba mi esposa!...

¿Comprendes ahora por qué al huir de Blanca quería dejarla junto á un hombre noble y digno?

Yo estaba casado en secreto hacia un año; cuando me enamoré de Blanca no creí que fuese amor lo que me inspiraba, sino esa ansiedad curiosa que sentimos al tomar

en las manos un libro que nos es desconocido y cuyo título nos gusta; me engañé; era amor, y tan grande, que debía ser el último de mi vida, porque no puede sentirse dos veces esta pasión que absorbe toda la sávia del alma.

Cuando quise retroceder era tarde; una fuerza superior á mi voluntad me retenia junto á ella; queria decirle mi secreto, y la voz se apagaba en mis labios, y en vez de hablarla de mi pasado la hablaba de mi amor.

Sólo cuando Blanca se alejó de mí, tuve valor para que supiera la verdad; Antonio era mi único amigo, tú estabas léjos, y fué el encargado de hacérselo saber; yo fuí tambien el que quise que se unieran y él porque la amaba, y ella porque yo así lo queria, accedieron á mis deseos.

Te confieso que no creí se efectuase tan pronto el casamiento, y cuando ví que ya no habia remedio, comprendí que con el mejor deseo habia cometido una imprudencia irreparable.

Con el corazon lleno de lágrimas, desesperado, pero decidido á cumplir con mi deber, vine á buscar á la mujer que tenia un derecho á llevar mi nombre; y Cárlos, aquí

me guardaba Dios un nuevo pesar.

La pobre Luz ha muerto en mi ausencia; muy pocos dias ha estado enferma, quizá los mismos que yo tardaba en cruzar el mar; y cuando he llegado, ni aún el consuelo de verla he tenido.

Pobre Luz! sola, enferma, cuánto habrá sufrido!

Yo debia haber vuelto á su lado, y de ese modo acaso hubiera podido evitar su muerte.

A pesar de mi loco amor por Blanca, yo queria á esta pobre jóven, que si tenia un carácter ligero, tenia tambien un hermoso corazon.

Ella no quiso cruzar el mar para ir á España; de otro modo la hubiera llevado conmigo, y acaso se hubiera evitado todo.

¡Dios mio, qué difícil es á veces la vida!

Amo á una mujer hasta el delirio, creo mi amor un imposible, y para huir de mis propios pensamientos quiero verla de otro; porque Carlos, yo me tenia mie lo á mí mismo; yo sabia que de ser Blanca libre mi corazon no renunciaba á ella, y un dia dominando mi razon, olvidándolo todo, hubiera huido con ella, y quizá la hubiese hecho muy desgraciada: pues bien, ahora,

ahora que desgarrándome el corazón he podido renunciar á ella, Dios rompe los lazos que me unian á otra, y soy yo el que queda libre!...

He estado muchos días sin saber que vivía; no podía pensar ni razonar, quería llorar á Luz, y en vez de pronunciar su nombre era el de Blanca el que vagaba en mis labios.

No sé qué hubiera sido de mí si tu carta no hubiese venido á hacerme volver de este letargo.

Al acabar de leerla ya tengo tomada una resolución, ya no vacilo.

Voy á ver á Blanca.

Iré á España en el primer vapor-correo que salga de aquí y si ella aún no ha vuelto, la buscaré en Italia.

Está enferma, sufre, y yo necesito verla.

No quiero que Blanca me vea; sólo quiero seguirla de léjos, velar por ella, y si muriese, entónces, Carlos, morir con ella, porque mi ligereza, mi exigente deseo que ella cumpliera con su bondad de ángel, habrán tenido la culpa de su muerte.

En medio de mis penas, me sirve de gran consuelo saber que eres feliz.

Cuando como en tí y Gloria se une el

talento á un corazon puro, á una decidida voluntad para el bien, una aceptacion táctica de la vida real tal cual es, y además un pasado sin recuerdos dolorosos, la felicidad más que una ilusion, es una grata y dulce realidad.

Yo tomo parte con todo mi corazon en esa dicha que tanto mereces, y deseo que el hijo que esperas la aumente más y más.

Antonio me ha escrito: ¡qué noble y generoso corazon!

¡Ojalá Blanca pudiese amarle como él merece, y alcanzasen juntos la dicha de que son tan dignos!

Al escribir me habla sin amargura de Blanca; me recuerda su amistad.... ¡cuánto debería sufrir al trazar estas líneas pensando que soy yo el que se interpone entre su corazon y el de su esposa!

Créeme, Cárlos, amo á Blanca de una manera tal, que no hay frases que puedan expresar lo infinito de ese amor; pues bien, mi mayor deseo, mi solo anhelo es que Blanca sea feliz con el amor de Antonio: mi pluma se resiste á trazar estas palabras, mi corazon se rebela á mi pesar, y sin embargo, si mi vida fuera necesaria para asegurar su dicha, no dudaria en dársela, con

tal que en la última hora de existencia la viese feliz.

Adios, Cárlos; muy pronto saldré de aquí y espero verte en Madrid.

¿Qué busco? no lo sé! pero necesito verla; de otro modo me volveria loco.

He pedido una nueva licencia; tengo amigos, y espero que se active: es muy posible que me retire.

Adios; te abraza tu desgraciado amigo

LUIS.

CARTA XLIV.

La Condesa V. del Valle á su hijo Antonio.

Madrid, Diciembre, 186....

Acabo de recibir, Antonio mio, el telegrama en que me llamas, y una cruel inquietud llena de angustia mi corazon desde que lo he leído!

Cuando tú quieres que vaya á tu lado, es indudable que Blanca está peor.

Muchas veces al pensar en lo que pudiera suceder si Blanca se agravaba, he querido ir á reunirme con vosotros, pero dudaba porque generalmente la felicidad es egoísta, y los que son felices necesitan la soledad.

Hoy que tú me llamas, iré; ¡y ojalá mis cuidados puedan volver la salud á la que de corazon llamo hija!

Voy á dejar en un colegio á tus dos hermanitas, y al administrador general al fren-

te de esta casa, por si mi ausencia se prolonga; aunque en arreglar esto tarde unos dias, no podrán ser ya muchos los que esté léjos de tí, pues lo deseo tanto por abrazarte como por conocer y cuidar á nuestra Blanca.

Me avisan que me espera el carruaje, y voy á despedirme de los Marqueses de la Vega; dejo esta abierta y á mi vuelta te diré lo que suceda.

.....
 No creí que la Marquesa quisiera tan entrañablemente á su hermanal! Cuando me ha oido decir que marchó á Italia se ha conmovido hondamente, y aunque yo me he esforzado en asegurarla que sólo el deseo de veros me lleva, y que no tengo ninguna noticia alarmante respecto á Blanca, sus ojos se han llenado de lágrimas, y ha repetido entre sollozos:—«Ya no la veré más!»

El marqués, muy conmovido tambien, se ha esforzado en tranquilizarla, y como no lo consiguiera la ha dicho:

—Hay un medio, María; de que te convenzas de que tu hermana no corre peligro.

—¿Cuál? ha preguntado ella con afan.

—Ir á Italia con la condesa, lo cual me parece muy conveniente, porque esta seño-

ra no vaya sola, y porque aquel clima será bueno para tu salud.

Yo no puedo ir por no dejarlo todo abandonado, pero llevas tan buena compañía que no me echarás de ménos.

María ha aceptado con alegría.

Despues hemos convenido en cuándo partiremos, que será en la semana próxima, y han sido arregladas todas las condiciones de viaje, algun tanto difíciles por parte de la Marquesa, que deseaba llevar equipajes, servidumbre, etc., todo lo cual ha sido suprimido y sólo irá lo más indispensable, pues creo que es esto más conveniente en estas circunstancias.

Yo celebro mucho esta determinacion que lleva al lado de la pobre niña enferma una persona querida, pues aunque yo la quiero con toda mi alma, como ella no me conoce, acaso no la inspire la suficiente confianza.

Con su hermana tendrá más expansion, y quizá si tú te has alarmado sin motivo y crees una enfermedad grave ese estado de tristeza y debilidad, que puede ser muy bien el mal que adquiere un jóven corazon léjos de su patria, y que se llama *nostalgia*, pueden el cuidado, el cariño que su hermana y

yo la dedicaremos, hacer desaparecer ese mal que tanto te hace sufrir.

Quiéralo Dios, Antonio mio, quiéralo Dios, como yo se lo pide, para que al lado de la mujer que te es tan querida puedas vivir feliz.

Vé preparando su espíritu para que no la sorprenda nuestra llegada; tú sabrás hacer de modo que no crea que su estado reclama nuestra presencia, toda emocion pudiera hacerla daño, y debes evitarlo.

Entre tanto, tranquilízate y ten confianza; téula en Dios, Antonio mio, que no desoye nunca las súplicas de los que le aman, y El te dará con la salud de ese ser tan querido, la calma y la dicha que te faltan.

Tambien se lo ruega y en El confía tu madre que te abraza y te bendice,

MARIA DE LA CONCEPCION.

CARTA XLV.

Blanca á Gloria.

Nápoles, Diciembre, 186....

Dudando si podré terminar esta carta empiezo á escribirla, Gloria mia. Estoy tan débil que la pluma pesa á mi mano y no puedo sostenerla.

Estoy cada vez peor; no creas que el convencimiento que tengo de que voy á morir me asuste, no; morir es descansar; lo que me aflige, lo que me contrista es no poder evitar á mi pobre Antonio lo que mis padecimientos le hacen sufrir.

El, que no dudó en aceptarme con el alma herida, no se queja; pero yo siento caer sus lágrimas sobre mi corazón abrasándole.

Jóven, apasionado y generoso, me tendió su mano con el corazón lleno de amor y el alma llena de fé: ¿qué he hecho yo,

Dios mio, de esos dos tesoros de su vida? No he tenido el valor de olvidar, no he sabido hacerle feliz; su amor tan grande, tan puro, no ha tenido otra recompensa que un martirio cruel; y sin embargo yo le quiero, daría mi vida por su dicha; cuando su voz dulce é insinuante me habla con la expansiva confianza del hermano, del amigo, mi corazón se dilata, soy feliz; pero cuando vibra temblorosa por la pasión, cuando sus hermosos ojos me envuelven en una mirada hambrienta, enamorada, mi corazón se enfria, sin que mi voluntad se dé cuenta de ello; rechazo aquella mirada y él debe apurar una agonía infinita, porque una lucha de muerte se refleja por un momento en sus ojos.

Efecto sin duda de mi enfermedad hay momentos en que sueño despierta, en que deliro, y á veces Antonio oye las frases que se escapan de mi corazón.

¡Cuánto debe sufrir cuando ellas le demuestran que en su fondo vive indeleble una imágen siempre querida!

Yo no puedo evitarlo: en esos momentos de enagenacion, vivo una vida falsa, ilusoria, y todo lo real lo olvido; cuando pasan, los latidos de mi corazón me ahogan,

no puedo respirar, mi cabeza fatigada no puede pensar, y la frente me duele como si las ideas que se han agitado en ella la hubiesen destrozado.

Estos médicos me prescriben mucho los paseos por mar, para que aspire la brisa húmeda por las olas, y el día en que estoy mejor paseo con Antonio por el golfo.

Qué hermoso es esto! Si pudiese escribir sin fatigarme te lo describiría....

He visto la casita donde nació el Tasso, de la cual dice Lamartine que parece el nido de un cisne, por estar suspendida en una roca.

Qué bella es la Isla de Ischia elevándose entre las olas que le ciñen de espuma!

Hace algunos días estuve en ella con Antonio: aquel día estaba muy mejorada, y Antonio muy contento me propuso visitar la isla; el vaiven de la barca me cansó mucho, pero cuando llegamos allí y pude ver desde la cima de aquella enhiesta montaña—pues una sola forma la isla—el mar que se perdía á lo léjos haciéndose más rumoroso, más hirviente, en los golfos de Gaeta y Nápoles, á ambos lados de la isla; cuando asida mi mano á la de Antonio iba de un lado á otro con la im-

paciencia de una niña para ver ya sus flancos escarpados, ya un pequeño valle que se forma en ellos, ya las espumosas ondas de un torrente que baja á perderse al mar, ya las cabañas de los pescadores que forman pueblecitos medio ocultos entre los castaños y las vides, mi alma se dilataba y hubiera querido pasar mi vida en una de aquellas cabañas tan risueñas y tan bellas que parecen las grutas misteriosas de la felicidad.

No podré expresarte la poderosa alegría que reflejaba el semblante de Antonio; en medio de su dicha pensaba quizá en que aquel alivio en mí era momentáneo, porque una sombra de pena oscurecía su frente por un momento.

En una de las mesetas que forma la roca, festoneada de verde, y sombreada por sus altos pinos me senté un poco para contemplar el magnífico espectáculo que se domina desde allí. Antonio sentado á mis piés seguía con alegre sonrisa la dirección de mis miradas, y contestaba con suma complacencia á mis preguntas.

—Si hubiese traído el álbum—le dije—tomaría esta magnífica vista.

—Bosquéjalo al lápiz en mi libro de me-

morias y luégo puedes trasladarla á él más despacio, me contestó.

—Sea; de ese modo tendrás un recuerdo de este dia.

—Ah! Blanca mia—me replicó muy conmovido,—sin ese recuerdo viviria siempre en mi corazon.

Tomé su libro y al abrirlo para buscar una hoja en blanco dejé pasar las primeras llenas de fechas que por el momento no pude leer.

—Cuidado, Blanca, cuidado—me dijo Antonio con un acento á la vez alegre y conmovido, que me causó extrañeza;—vas á descubrir un secreto mio si miras esas hojas.

—Tú no debes tener secretos para mí—le dije adoptando un tono festivo,—y por lo mismo las voy á leer.

—Ah! no, no, Blanca; sólo despues que hayas dibujado en él podrás verlo todo, pues bien merece la dicha de tener un dibujo tuyo el confiarte un secreto.

Empecé á dibujar en silencio; de vez en cuando alzaba mis ojos del papel y los fijaba en Antonio que me sonreia; yo era feliz: en aquel momento no vivia más que en el presente; el pasado se habia borrado

de mi pensamiento, y no pensaba en el porvenir.

Ay! si Dios hubiese querido hacer eterno ese olvido, quizá hubiera recobrado la salud, y viviera feliz!

Pero esos momentos de dicha, de luz, brillan un solo instante sobre las sombras de mi corazón, como las auroras boreales que iluminan por un momento la larga noche del polo!....

Por fin el pequeño bosquejo estuvo terminado, y en uno de sus extremos escribí esta sencilla dedicatoria: Blanca á Antonio.

Apénas dejé que lo mirase, pues sin darle tiempo para ello empecé á volver las hojas diciéndole con alegría:

—El secreto ántes.

Al empezar á leer la primera hoja, Antonio palideció tan intensamente que yo asustada, temiendo cometer una imprudencia, fuí á devolvérselo sin mirarlo.

—No, Blanca—me dijo grave y sério, pero muy dulcemente;—tú lo has querido y es preciso que lo veas.

Entónces empecé á leer, y á medida que avanzaba, mis manos temblaban, y una inmensa emoción enrojecia mi frente.

Era una especie de diario, muy conciso,

muy breve, como un resúmen de lo que él sentía cada día, desde que unido á mí de mí esperaba toda su dicha.

Sus temores por mi vida; sus locas esperanzas que despertaban á una mirada mia; sus desengaños cuando yo, sin saberlo, con una frase deshacia sus ilusiones; todo estaba consignado allí, y sus palabras tan sobrias, tan naturales, tan sencillas llegaban á mi corazón.

Cuando acabé de leer estaba llorando; comprendía cuánto había hecho sufrir á aquel corazón todo mío, que nunca había tenido para mí una queja ni una exigencia, y mi llanto brotaba sin que yo lo pudiese contener.

Tampoco pude dominar mi emoción para pronunciar una palabra; extendí mis manos á Antonio, que se había puesto de rodillas como esperando su sentencia, y las cubrió de besos y de lágrimas. Lloraba también, y tampoco se atrevía á hablar.

Hubo un momento en que nuestras miradas se encontraron y se atraieron con una fuerza magnética, nuestras manos se estrecharon..... débil por mi enfermedad me sentí vacilar, y Antonio me sostuvo en sus brazos.... Gloria! cómo expresarte la

emocion que yo sentí, cuando los labios de Antonio, trémulos, ardorosos, se fijaron en los míos que temblaban!....

Yo no sabía darme cuenta de lo que sentía; parecíame que una nube envolvía mi razón, que soñaba, y en medio de aquel sueño veía á Antonio de rodillas esperando una palabra de amor.

Por una fascinacion extraña, y que ahora no me explico, me parecia que le habia amado siempre, que por él era cuanto habia sufrido, me identificaba con todo lo que él sentia, y la mirada de mis ojos debia ser tan apasionada, tan conmovida, tan delirante como era la suya. Cuando Antonio haciendo un violento esfuerzo para dominar su emocion me preguntó con una voz tan tierna, tan apasionada, que me hizo estremecer:

—Blanca, Blanca mia, me amas tú?.....

—¡Ah! sí, siempre, siempre! le dije yo contestando así, no á su voz, sino á mi pensamiento.

—¡Ah!—murmuró él con delirante alegría;—ahora estoy seguro de salvarte!....

En aquel momento, efecto quizá de las violentas emociones que habia sentido, empecé á toser con una fatiga inmensa; An-

tonio que sostenia con su brazo mi cabeza y me miraba con ojos de terror, dejó escapar un grito al ver en el pañuelo que yo llevaba á mi boca algunas manchas de sangre.

Me llevó en sus manos agua de un manantial cercano, y cuando me vió serena se esforzó en tranquilizarme ¡cuando él estaba más asustado que yo!

Volvimos á Nápoles y aunque luégo he tenido algunas horas de mejoría, casi siempre terminan agravando mi mal.

Antonio, con su delicadeza natural no me habla de la escena de la Isla, pero no violenta como ántes sus miradas y las deja que me expresen su amor.

A medida que mi mal se agrava se oscurece mi razon; no creas por lo que llevo escrito que mi amor por Antonio haya cambiado, no; para mí es siempre el hermano, nunca el amante; pero en los momentos en que el delirio se apodera de mi razon para extraviarla, ya no lo veo á él, veo la imágen que se eleva desde mi corazon con más vida, con más fuerza, alentada por mi locura.

Yo no puedo engañarte á tí; al escribirte pienso en voz alta, y nada puedo ocultarme de mis pensamientos.

Antonio merece no ya amor sino adoracion; yo le admiro, le quiero, pero no puedo arrancarme del alma en tanto que aliente el sentimiento que hoy es su vida.

Te he escrito esta en varios dias, en los momentos en que estaba mejor; quizá no te vuelva á ver, Gloria mia; si es así no me olvides nunca y enseña á tu hijo á orar por mí.

Hoy me dice Antonio que van á venir á nuestro lado su madre y mi hermana. ¡Tan mala estoy que ya me rodean para morir!

Adios, Gloria, qué triste es á veces esta palabra: adios, y El te bendiga por tu santa amistad!

BLANCA.

CARTA XLVI.

Antonio á Manuel.

Nápoles, Enero, 186....

Por María sé que estás bueno, mi querido Manuel, y que tus ocupaciones te han impedido acompañarla, dándonos el gusto de pasar una temporada á nuestro lado.

Ya sabes por los telégramas de María el estado de Blanca; siente una leve mejoría que nos alienta á todos y nos hace esperar, y vuelve á recaer con más intensidad.

Ni todos los recursos de la ciencia, ni todos los cuidados del cariño, pueden vencer esa fatal enfermedad; ya sólo espero en Dios, y á El pido que la salve.

La llegada de María y mi mamá la ha animado mucho, quizá la pobre niña se entristecia sola; he logrado hacerla creer que no es el temor de perderla lo que las trae

á nuestro lado, sino el gusto de vernos, y huir al mismo tiempo de los frios de Madrid que hacen daño á María; lo ha creído así, y las ha recibido con la cariñosa bondad que le es tan natural.

Uno de los médicos nos ha indicado lo conveniente que seria llevarla á Niza en estos meses, pero Blanca débil, quebrantada, se niega á sufrir las fatigas del viaje y no quiere dejar á Nápoles.

Con cuánto gusto leyó en tu carta los detalles que le dás de la capillita que tanto deseaba!

—Ya parece—me decia—que la veo, tan bien me la describe; que estoy orando en ella cuando la última luz de la tarde le presta una luz muy vaga, y cantan las aves en los jardines que la rodean.

Pobre Blanca mia, acaso no puedas verla sino desde el cielo!.....

De qué sirve la ciencia del mundo si aún no es bastante para alejar la muerte de un sér que apenas ha dado en la vida los primeros pasos! Y pasan los sabios las horas de su vida robando á la naturaleza sus secretos, y gastan su inteligencia en averiguar las propiedades de un círculo y de un triángulo, y su talento, su sabiduría se de-

tiene impotente ante una dulce niña que muere lentamente, sin que nada pueda combatir su mal.

Hace algun tiempo leí un librito de un autor francés que se titula *Amaury*; allí un padre que vé morir á su hija única de esa horrible enfermedad que se llama *tísis*, lucha desesperadamente por salvarla. Era médico y dudando de sí mismo convoca á sus compañeros, les expone el mal de una jóven—sin decirles los lazos que á ella le unen porque se expresen con toda libertad—dia por dia, hora por hora, minuto por minuto; y cuántas veces al oír en las consultas á los médicos que asisten á Blanca he recordado involuntariamente al pobre padre de Magdalena!

Yo no puedo como él buscar una esperanza en la ciencia por mí mismo, pero cuánto sufro al ver que no la hay, que nada puede el hombre contra la voluntad de Dios!

Aún tienen esperanza, segun me aseguraban ayer, porque Blanca está en el primer período de esa enfermedad; yo casi no la tengo, su mal no cede, más bien se agrava; su tos cada vez más penosa arranca sangre á su pecho... ¡Si la vieras! Apenas es la sombra de sí misma!

Siempre bella, parece hoy la suave imagen de un sueño ideal.

Los médicos al verla tan jóven, tan linda, tan amada, muestran un gran interés por volverle la salud; ayer uno de ellos, jóven muy ilustrado y de gran talento, me preguntó al retirarse si Blanca tenia algun hermano: cuando le dije que no, pareció extrañarse, pero nada contestó.

¿Por qué preguntaria esto?

María está muy triste; ella como yo ha visto dibujarse la sombra de la muerte sobre la pura frente de su hermana.

Mi mamá, que siente al par que el mal de Blanca el dolor mio, está desolada, inconsolable, yo no sé que hacer; es casi necesario que tú vengas para reanimarnos.

Yo no me separo un instante de Blanca; paso el dia junto á ella, mirándola, espian-do el más leve síntoma de mejoría que me llena de gozo, ó devorando mi pena si la veo peor.

Blanca pasa muchas horas sentada en una pequeña butaca junto al balcon cerrado de cristales de su tocador; con la cabeza apoyada sobre una almohada de batista, envuelta en una bata de cachemira blanca algodónada, y con los piés medio hundidos

en un almohadon de terciopelo, vé inmóvil y silenciosa el suave movimiento de las olas que avanzan ensanchando sus orlas de espuma, ó me escucha leer las dulcísimas poesías de Virgilio, que tanto le gustan.

A veces queda dormida así, como si el rumor del mar y los ecos de esa poesía divina prestasen por un instante á su pensamiento y á su corazon la calma del sueño que alejan de él la fiebre y el delirio.

Por desgracia esa calma cesa muy pronto; la cosa más leve, agitando su espíritu, le hace ver lo que en la realidad no existe, y esa agitacion la mata.

Hace muy pocos dias, estando aquí ya María y mamá, se encontraba algo más animada, y apoyada en mi brazo se asomó al balcon para ver el mar inundado de luz, reflejando con vivos cambiantes los rayos del sol en sus movibles guirnaldas de espuma.

Apénas hacia algunos momentos que miraba distraida á su alrededor, cuando lanzó un grito agudo, y ántes de que yo tuviera tiempo de preguntarle la causa, exclamó pálida, convulsa, aterrada:

—Allí, allí está; ¡es él!

Un momento despues caia desmayada, y

cuando yo quise seguir la direccion de sus miradas buscando la explicacion de su terror y de sus palabras, nada ví.

Un marinero se alejaba lentamente casi envuelto en su ancho capote; ¿seria este hombre el que asustó á Blanca? ¿Seria uno de tantos delirios que le inspira la fiebre?

Esto es lo más probable, pero esas emociones la hacen mucho daño.

No he querido ocultarte su estado, y acaso no podria; mi corazon para no romperse necesita tambien revelar su inmensa pena.

Ven, pues, y si Dios nos envia aún mayores calamidades, que haya un espíritu sereno para obrar, y además tendremos mutuamente el consuelo de estar unidos si ella nos falta.

Tu hermano,

ANTONIO.

CARTA XLVII.

Luis á Cárlos.

Nápoles, Enero, 186....

Ya estoy junto á Blanca, Cárlos; en vano has intentado hacerme desistir de lo que tú llamas una locura; lo será, pero es necesaria á mi vida.

Quiero verla, saber como está; acaso una mirada suya pueda desvanecer estas sombras que á veces flotan sobre mi inteligencia quitando su luz á mi razon.

Sé que se muere, y como nada espero despues, mi único anhelo es vivir á su lado en sus últimos dias.

Me hubiera sido muy fácil decir á Antonio mi pensamiento; él no hubiese tenido celos del ángel que vá á elevarse á otro mundo mejor, pero no quiero que Blanca me vea;—la emocion puede matarla,—me

decias tú; es verdad, y yo quiero evitar esa emoción. He adoptado el traje de marinero, y desconocido con él observo la casita en que Blanca vive.

Todos los días pido noticias de su salud á uno de los médicos que la asisten; la primera vez que le hablé pareció no comprenderme,—le hablaba en español;—entonces repetí mi pregunta en francés y sin duda leyó en lo anhelante de mi voz un interés muy grande, pues satisfizo mis deseos con la mayor amabilidad.

Por él sé que Blanca está muy enferma, que cada día hay ménos esperanzas de salvarla.

La he visto y acaso de no amarla tanto, de no adivinarla mi corazón, la hubiera desconocido!

¡Pobre niña, estaba tan bella ántes de conocerme!....

Ella era como una hermosa flor que mi amor ha marchitado!

Quizá sin mí hubiera sido feliz y viviría amada y dichosa; ahora vá á morir, y soy yo, sí, yo solo la causa de su muerte.

Antonio también está desconocido; ¡qué cambio tan grande en algunos meses!

¡Cuánto debe haber sufrido también!....

La ví un solo momento á traves de los cristales del balcon; debe estar muy débil, pues para sostenerse de pié tenia que apoyarse en Antonio.

¡Qué pálida estaba, qué delgada! sólo sus hermosos ojos no han perdido el fuego de su mirada, como si la última chispa de vida que aún arde en su corazon, se anidase en ellos.

Miró hácia donde yo estaba y se retiró inmediatamente; me conoceria? pero no, ni tuvo tiempo de verme, ni pudo adivinarme bajo mi extraño ropaje, quizá se puso peor, porque ví salir con precipitacion á un criado y volver con un médico.

Hace algunos dias te escribí lo que antecede, y en ellos nada he podido añadir porque apénas he podido pensar ni darme cuenta de si vivia.

He visto á Blanca, la he oido, he estado algunas horas á su lado.

Voy á decirte cómo.

Tiene su hermana una camarera española que, habladora como todas, se ha hecho muy amiga mia.

La he dicho que alejado forzosamente de España vivo en Nápoles como remero, y muy contenta de hallar *quien la entien-*

da, me cuenta cuanto necesito saber.

Por ella supe que la condesa estaba mejor, que pasaba las noches más tranquila, é iba á salir á dar un paseo por el mar.

Un momento despues estaba yo en el muelle, y cuando un criado de Antonio despues de hacer acercar una barca, se alejó, saltaba yo á ella con la ancha capucha de mi capote de marinero echada sobre la frente para no ser conocido.

Los latidos de mi corazon me ahogaban; la iba á ver de nuevo; iba á oir su voz.... la emocion no mata cuando yo no he muerto!...

Al fin Blanca conducida muy lentamente por Antonio y acompañada de su hermana llegó á la barca.

Cuando entraron en ella, María, como siguiendo una conversacion empezada, aseguraba á su hermana que el viento era frio y le haria daño, y repetia que era una imprudencia el salir Blanca, estando tan delicada.

Esta la decia de una manera dulcísima:
—No, María, no; esto es muy hermoso y me hace mucho bien.

Cuando la barca empezó á bogar, Antonio sentado junto á Blanca la hablaba en voz baja: ella sonreia....

Ah! qué infierno de celos, de dudas, sentí desencadenarse en mi corazón!

Hubiera dado una parte de mi vida por oír aquellas palabras que apagaban el ruido de los remos y de las gotas de agua que de ellos se desprendían.

En aquel momento lo olvidé todo; no ví que Blanca se moría y que mi recuerdo la mataba; no ví que Antonio llevaba impreso en su frente el sello de una desesperación sombría, de un martirio infinito.

Tenia celos!....

Tú no sabes cómo los celos apagan en el corazón todos los nobles sentimientos!...

¡Cómo levantan no sé qué pasiones que se ocultan con toda su bravura salvaje en el fondo del alma, de las que después la razón se avergüenza!

Le ama, me decía yo: le ama, sí, y á mí me olvida: ¿qué es pues el amor, cuando bastan algunos meses para borrarlo del corazón?

¿Y con qué derecho, me repetía con amargura, la pediré ese amor que era mi vida?

Ella es de otro, y yo fui quien formó esos lazos que los unen.

Cuánto sufrí en aquellas horas!....

En mi locura los culpaba á ellos, cuando yo solo era el culpable.

La veia tan bella como la habia soñado, más atractiva, más encantadora por su aspecto débil, por su palidez ideal; parecia la forma vaga é impalpable de mi sueño dibujada sobre el fondo azul del purísimo cielo de Italia.

Pero Blanca no estaba sola; yo sentia rujir en mi corazon un infierno de dolor al verla sonreir á otro hombre.

Mas ah! muy pronto aquella dulce sonrisa se borró en sus labios, y triste y silenciosa seguia con la mirada las orlas de espuma que arrollaban las olas, que cortadas un momento por la quilla de nuestra barca se rompian para volverse á unir: ¿qué pensaria en aquellos momentos? acaso mi nombre vagaba en sus labios, acaso se decia que, como la barca á la espuma, habia Dios separado nuestros corazones.

Cuando la hablaban contestaba sonriendo: ¡ay! si es que en su bondad de ángel sólo sabe sonreir!

María instaba por volver á Nápoles, y más cuando oyó á Blanca toser.

Mucho deben temer de esa tos, porque Antonio palideció y mandó á los marineros

que parasen; María apoyó contra su pecho la frente de su hermana con mortal angustia, y Blanca con la frente enrojecida, fatigada, ocultó rápidamente entre su abrigo el pañuelo que habia llevado á sus labios.

Muchas pruebas habia sufrido mi corazon, pero ninguna tan dolorosa como esta!

Verla sufrir, á ella, que es la luz de mi alma y el aliento de mi vida; ver sufrir á mi Blanca y no volar á su lado, no sostener yo solo su adorada cabeza, no secar con mis besos aquella gota de llanto que arrancada por el dolor temblaba en sus ojos.....

Cuando la ví alejarse y quedé solo entre los sencillos remeros que me miraban con extrañeza, sentí mi corazon romperse en un dolor infinito, y loco, desesperado, besé llorando de rodillas el sitio donde ella habia apoyado sus piés; cuando la nube que cegaba mis ojos se deshizo en llanto, ví en el fondo de la barca un objeto blanco y suave.

Era su pañuelo salpicado de sangre impregnado de un agradable perfume; en un lado tenia una sencilla guirnalda de pensamientos rodeando su nombre.

¡Con cuánto anhelo besé y guardé sobre mi corazon aquel tesoro que nunca abandonaré!

¡Cuán tristes ideas sentí al mirarle!

Adios, Cárlos, sólo tu bondadosa amistad puede dispensarme que al dejar correr la pluma no oculte ninguno de mis sentimientos, haciéndote así partícipe de mis pesares; no sé qué será de mí; lo único que me une á la vida es Blanca; si ella muere, haga Dios que yo muera tambien!

LUIS.

CARTA XLVIII.

La Condesa V. del Valle á Gloria de Guzman.

Nápoles, Febrero, 186...

Cumplo con el mayor gusto, mi jóven amiga, su deseo de que le escriba, por más que me sea muy doloroso al dirigirme á Vd. por la primera vez darle tan tristes noticias de la que nos es tan querida.

Dispénsese Vd., amiga mia, si he tardado en hacerlo; todo es dolor alrededor mio, y esta atmósfera de pena que me envuelve, hace que me olvide hasta de lo más indispensable.

Blanca empeora rápidamente; ya no hay intervalos de mejoría que nos den esperanza; la fiebre enciende su sangre constantemente, y aquella dulce cabeza que Vd. me describía con entusiasmo, se inclina como una azucena marchita.

Comprendo el dolor inmenso de su hermana, la desesperacion de mi hijo, porque hay en Blanca no sé qué misterioso encanto que atrae dulcemente el corazon.

Tenia Vd. razon, Gloria, al asegurarme que seria amada de mi Antonio hasta el delirio; nada hay comparable á la adoracion sin límites, á la pasion que la profesa.

Pero hay algo de extraño en este amor; Antonio no tiene para con Blanca la expansiva confianza del esposo; hay entre ellos como un aislamiento convenido de antemano, que mi hijo respeta con toda la generosa nobleza de su corazon.

Blanca sufre frecuentes desmayos, producidos quizá por la extrema debilidad que siente; acometida de uno de ellos estando sola con Antonio, éste me llamó con afan para que yo desabrochando su vestido la hiciese respirar.

¿Por qué su esposo no se atrevia á tocar su pecho?...

¡Ay, Gloria! acaso este misterio sea la causa de todos los males que mi corazon presiente!

Aún hay más; Blanca delira, y en sus delirios repite un nombre que no es el de mi hijo.

Ese nombre es Luis!

Acaso le ama hoy, le ha amado siempre, y la contrariedad de su amor es lo que la mata!

Yo oí decir á mi hijo que Blanca amaba á un amigo suyo que se llamaba así; no creí que fuese una pasión tan profunda, de otro modo hubiera impedido su casamiento.

Antonio la quería de tal manera que hubiera sufrido mucho, pero tal vez se hubiese podido evitar la muerte de esta pobre niña.

Me asusta la idea de lo que sucederá á mi hijo si Blanca muere.

¡Ah, Dios mio, Dios mio, no me guardéis un nuevo dolor!

Dulcificar en su corazón su pena para que ella no le rompa!...

No puede Vd. comprender, Gloria, lo que yo sufro al verlo sufrir.

Por la noche quedamos junto al lecho de Blanca, unas veces la Marquesa y otras yo; mi pobre Antonio nos acompaña siempre; en vano le ruego que descanse, y hasta la misma Blanca se lo dice.

Anoche, para obligarlo á retirarse, le decía con inmensa pena:

—No confías en mí, Antonio mio, no crees que yo sabré cuidarla con tanto cariño como tú?

—No es eso, mamá—me contestaba;— es que no quiero perder un solo instante de los que me restan de estar á su lado.

¡Pobre hijo mio, qué horas de angustia, de dolor, pasa junto al lecho de la pobre niña que en el delirio de la fiebre llama á otro junto á sí!...

Qué desgracia, Dios mio, qué desgracia!

Por qué ha de morir la que es la vida de mi hijo!

¿Qué será de él, qué hará cuando le falte?

Pida Vd. á Dios, amiga mia, que si llama á sí á nuestro ángel, dé á mi pobre hijo valor para sufrir su ausencia, y á mí las fuerzas que necesito para consolarle.

Dispénsenme Vd. el desórden de esta carta, que responde al de mi espíritu, y crea en la sinceridad del afecto que le profesa su amiga,

LA CONDESA V. DEL VALLE.

CARTA XLIX.

María á Manuel.

—

Nápoles, Marzo, 186...

Te escribo con el corazón lleno de lágrimas, mi querido Manuel: Blanca se muere, ya no hay esperanza. Apenas deja el lecho, y apenas puede levantar un momento su bella cabeza abrasada por la fiebre.

No puedo expresarte el dolor, el desaliento con que la miro cada mañana temiendo que sea la luz de aquel día la última que alumbre su frente.

No hay nada comparable á la desesperación de Antonio al ver que han sido inútiles todos nuestros cuidados, todos los recursos de la ciencia.

Apenas toma alimento alguno, apenas duerme; siempre junto á su lecho, él es el

que la hace beber el calmante que mitiga su tos; el que envuelve cuidadosamente sus brazos entre los abrigos de su lecho, cuando agitada por la fiebre los descompone; el que levanta su cabeza cuando sufre un acceso de fatiga que parece ahogarla.

Pobre Antonio! está tan pálido, tan desmejorado, que parece otro!

No creí yo que su amor á mi hermana era tan grande.

Su madre, inconsolable tambien, teme que Antonio pierda la vida ó la razon al faltarle Blanca, pues su aspecto sombrío, desesperado, dicen cuán profundamente está herido su corazon.

Hay, á mi parecer, otra causa moral que determina ese estado; Blanca, en sus delirios, nos ha revelado el secreto de su corazon, la causa de su muerte.

Blanca amaba á Luis de la única manera que una naturaleza apasionada como la suya puede amar, con un amor exclusivo y eterno.

Nos engañamos al creer simpatía lo que era amor, nos engañamos tambien al juzgar olvido lo que era sacrificio.

Yo no pensé, ni por un momento, en que

al casarse Blanca obedeciese á otra voluntad que la suya.

Creí que jóven y bella, le halagaba llevar una corona de condesa; que no habiendo amado, su corazon despertaria con las caricias de su esposo y serian para él sus primeras aromadas flores.

Por eso accedí con alegría á su casamiento, creyendo ver asegurado con él el porvenir de esta niña.

Ah! si yo hubiese podido leer en el fondo de su alma!...

Entónces mi Blanca no moriria, porque libre no hubiera tenido que devorar sus lágrimas, ni ocultar en el fondo de su pensamiento sus primeras ilusiones.

Hace algunos dias que al verla tan mala, quise preguntar á uno de los médicos si un remedio supremo, la vista de Luis, la devolveria la vida.

Al efecto llevé á mi gabinete al que aquel dia quedaba junto á ella, y le supliqué me dijese el verdadero estado de Blanca.

Este médico, jóven, discreto, muy fino, es el que más interés manifiesta á nuestra niña, y en el que todos tenemos más confianza.

Al oír mi pregunta pareció vacilar, pero al fin conmovido me declaró que era sumamente grave.

—¿Y no hay remedio alguno por difícil que sea? le pregunté anhelante.

—Ninguno, por desgracia, contestó tristemente.

—Esperad, añadí, mi hermana amaba á un jóven hasta el delirio; no sé qué circunstancias la obligaron á violentar su corazón, y casada con otro, su vida se vá apagando lentamente; ¿si volviese á ver al hombre de su amor, si oyese su voz, se salvaria?...

—Es tarde ya, me dijo; acaso en un principio esa emocion provocando una crisis á su mal la hubiera salvado, hoy la mataria.

—Y además, repuse yo, ese jóven está muy léjos.

—Ese jóven está en Nápoles, marquesa; me espera cada dia para tener noticias de nuestra enferma, me habla como Vd. en francés, y ó mucho me engaño, ó el dia que esta señora muera tendremos otro enfermo grave.

—Ah! no puede ser! le dije yo, acaso Vd. se equivoca; ese jóven partió á Amé-

rica; ¿quién le hubiera dicho que Blanca estaba aquí?

—Ignoro, me contestó, quién haya podido darle noticias de la condesa, pero creo no engañarme al asegurar que el jóven á que Vd. alude es el mismo á que yo me refiero. Cada dia me espera anhelante y me pide noticias de la condesa, á la que llama como Vd. Blanca; nada hay comparable á la expresion de dolor, de agonía infinita, que se refleja en sus ojos al oír mis palabras que le quitan la esperanza; sólo un hombre que ama de una manera poderosa tiembla como tiembla él al verme aparecer; sólo una voz en que vibra el sentimiento del corazon, es tan vacilante, tan dolorosa, como lo es la suya; además, yo he podido oír en los delirios de la enferma un nombre, el nombre de este jóven.

—¿Cómo se llama? le pregunté dudando aún.

—Se llama Luis, y es digno de ser más feliz.

Desde entónces, Manuel, una mortal inquietud llena mi alma.

Luis está aquí; si Blanca lo vé morirá más pronto; si lo vé Antonio, y loco, desesperado como está... ah! no quiero ter-

minar mi pensamiento que me asusta, pero tengo miedo.

Déjalo todo y ven, Manuel mio; yo necesito tu apoyo en esta dura prueba que sufre mi corazón.

En medio de la angustia que siento al ver á mi hermana, no puedo ménos de pensar en lo que será de estos dos corazones, cuando se apague el último aliento de vida que hoy sostiene á Blanca.

¡Y cuán nobles son, cuán grandes!

Si vieras á Antonio como yo le veo, cuando Blanca delirante llama á Luis tendiéndole los brazos!

Ah! cuánto sufre!

Y sin embargo, ni una queja, ni una reconvencion se escapa de sus labios que no tienen para ella más que palabras de amor.

Una noche habia quedado solo velando junto á Blanca que aletargada parecia dormir; todos nos habiamos retirado, pero no pudiendo yo dominar mi inquietud, volví sin ser sentida al dormitorio de ésta.

Al acercarme oí un rumor confuso de palabras y sollozos, y ya iba á entrar temiendo que Blanca estuviese peor, cuando oí la voz de ésta dulce, débil, cansada, pero al parecer tranquila.

Se dirigia á Antonio, pero sin conocerle, le daba el nombre de Luis, á él creia hablarle.

—No sufras, le decia, ¿no ves que tus lágrimas caen sobre mi corazón?... yo te amo, te amo; mira, aún conservo las flores que tú cogias para mí en la vega de Granada; aún siento vibrar tu primera palabra de amor: ¡que hermosa tarde! ¿te acuerdas?... No tengas celos de Antonio; su amor es tan puro como el de un ángel, yo le amo como á un hermano, pero mi alma eres tú.

Antonio contestaba con sollozos, estrechando entre las suyas las manos de Blanca; de repente, como si hubiera tomado una resolución suprema, se separa de ella diciendo:

—Es preciso, sí, acaso aún sea tiempo....

—A dónde vas, Antonio? le dije yo deteniéndole.

—Ah! estabas aquí, María? me contestó con la vacilante vaguedad del que sueña; voy á buscar la vida de Blanca; déjame, voy á llamar á Luis, puesto que ella le ama tanto que no puede vivir sin él.

No puedo decirte cuántas veces se repite esta dolorosa escena, y cuán difícil es vol-

ver á la razon al que tanto sufre.

¡Cuánto compadezco á esa pobre condesa que siente desgarrado su corazon de madre con el intenso dolor de su hijo!

Si vieras con qué fervor pide á Dios por la salud de la que llama su hija, con qué esmero observa las prescripciones de los médicos, con qué cariño tan grande la prodiga sus cuidados, te enternecerias como yo.

Esta señora, toda bondad, une á un corazon tierno y generoso, un talento muy notable y una nobleza y dignidad muy grande.

Ama á su hijo con pasion; debe comprender, como comprendo yo, que Blanca no lo ama con el amor de la esposa, y sin embargo la demuestra un cariño verdaderamente maternal, y no da á las frases que vierte en su delirio valor alguno.

Quizá quiera de ese modo engañar á su desgraciado hijo, ó borrar la candente huella que las palabras de Blanca deben dejar en su alma.

De todos modos es admirable la generosidad de esta señora, que sin conocer la historia de mi hermana, sin preguntar su pasado, no la culpa por el presente, sino que la compadece y la ama.

Adios, mi querido Manuel, ven pronto y acaso tú puedas dar á mi corazon el consuelo que en nada encuentra: ven, y ¡ojalá llegues á tiempo de ver aún con vida á nuestra Blanca!

Te abraza tu amante esposa,

MARÍA.



CARTA L.

El Marqués de la Vega á Carlos de Guzman.

Nápoles, Abril, 186....

Mi largo silencio te habrá hecho adivinar, mi querido amigo, que sólo muy tristes nuevas tengo que comunicarte.

No olvido, sin embargo, mi promesa, y por más que esta carta renueve las heridas de mi corazón, me decido al fin á escribirla.

Blanca ha muerto.

A los dos dias de mi llegada, y como si sólo esperase á verse rodeada de cuantas personas la amaban para volar al cielo, murió, dejando á nuestro lado un vacío que nada podrá llenar.

Sólo Gloria faltaba á su lado para que estuviese completo el cuadro de sus afeciones, y puede asegurarse que uno de sus

últimos pensamientos fué para ella, pues al decirle yo que tenia una hija y que se llamaba Blanca, en memoria suya, exclamó con ternura:

—Dios se la bendiga!

Quizá no halle palabras para expresarte el dolor, la desesperacion de los que tanto la amaban al perderla para siempre.

María, que la adoraba, ha creído morir con este rudo golpe, y en su pesar se acusaba de su muerte, buscando su culpa en causas imaginarias.

Unas veces creia que no debia haber procurado el desarrollo intelectual de esta niña, de suyo delicada, á costa del desarrollo físico; otras que no debió permitir su casamiento, y en vano queria yo combatir estas ideas que la martirizaban.

La condesa V. del Valle ha sufrido mucho tambien, queriendo sostener con su esfuerzo el espíritu de mi pobre María, quebrantada con tantas emociones.

Cuando yo llegué aquí ya estaba Blanca preparada para morir, pues habia recibido los Santos Sacramentos con una piedad conmovedora.

Al otro dia sintió una ligera mejoría, que casi siempre precede á la muerte, co-

mo el último rayo de vida, y quiso la levantasen para ver el mar á través de los cristales del balcon.

Cuando apoyada en su hermana y su esposo la ví aparecer, quedé mudo de asombro y dolor, sintiendo mis ojos llenarse de lágrimas.

Blanca estaba desconocida, yo no habia podido juzgar al verla en el lecho los extragos que habia impreso en ella su cruel enfermedad.

Antonio, tan pálido como ella, silencioso y sombrío, la miraba, encerrando en su mirada toda la agonía, toda la angustia de su corazon.

Jamás podré olvidar aquel momento. María sentada á un lado de la butaca que ocupaba Blanca, tenia en sus manos una pequeña copa de cristal con un calmante que ésta debia beber; Antonio, sentado á sus piés en una almohada de terciopelo, la miraba con las manos juntas con una expresion de adoracion infinita; la condesa arreglaba las almohadas en que Blanca desfallecida apoyaba su cabeza, y yo de pié junto al balcon, contemplaba con profunda pena aquella flor agostada en el primer dia de su primavera.

De repente la pobre niña cerró los ojos con una expresión de dolor infinito, y llevó las manos á su pecho; sobre su rostro pasó como una ráfaga de muerte, porque sus facciones se alteraron rápidamente y sus labios pálidos temblaron como las hojas batidas por la tempestad, mientras un violento estremecimiento recorría todo su cuerpo.

Antonio lanzó un grito y se puso de rodillas estrechando con transporte las manos ya frías de Blanca; su madre y María sostuvieron su cabeza y yo me lancé fuera para que buscasen un médico.

Apénas habian transcurrido algunos momentos, cuando la puerta del salon que precede al gabinete se abrió con estrépito, y un hombre se adelantó hácia Blanca ántes que ninguno nos diésemos cuenta de ello.

Era Luis de la Roca.

Pero no el jóven simpático, atractivo, elegante, que yo conocí en Granada.

Luis llevaba impresa en su rostro la huella de horribles sufrimientos.

Sus miradas tenían la triste vaguedad de la locura.

El descuido que se advertía en sus ro-

pas, en sus cabellos, denunciaban el completo olvido de sí mismo.

Al ver á Blanca, una desesperacion sombría, muda, concentrada, se reflejó en sus ojos.

Se arrojó á sus piés y sin mirar á Antonio que sostenia una de sus manos, la dijo con una voz en que temblaba todo el llanto de su corazon:

—Blanca, Blanca mia!

Como si esta voz hubiese vibrado en el corazon de la niña que moria, ésta entreabrió sus magníficos ojos, los fijó por un momento en él, y haciendo un supremo esfuerzo, se incorporó levemente:

—Luis, murmuró de una manera dulcísima; Luis, al fin te veo!...

Despues como animada por un soplo de vida, prosiguió tendiendo hácia él sus manos:

—Deja que ántes de morir te diga cuánto te amo; déjame que pronuncie tu nombre que he apagado tanto tiempo en mi corazon, y que te asegure que ni un solo instante de mi vida he dejado de amarte...

Al oir estas palabras, que todos escuchábamos en silencio dominados por lo doloroso y extraño de la situacion, se oyó un sollozo desgarrador.

Blanca se volvió vivamente y vió á Antonio que trémulo, convulso, seguia de rodillas á su lado.

—Ah, eres tú, Antonio, le dijo dulcemente: ¡cuánto te hago sufrir!... perdóname si no he sabido hacerte feliz, si no he podido olvidar... yo pediré á Dios si me recibe en su gloria, la felicidad para tí!

Despues sus ojos se cerraron y tembló con una convulsion violenta; un momento despues volvió á abrirlos, miró con angustia á su alrededor, tendió sus brazos llamando á Luis, y cayó sin vida en la butaca.

No puedo pintarte la escena de confusion, de dolor, que siguió á su muerte.

A María hubo que separarla desmayada del lado del cadáver de su hermana.

Luis, que al verla morir permaneció mudo, inmóvil, sin oir al parecer lo que pasaba á su alrededor, lanzó de pronto una horrible carcajada y rechazó con fuerza á Antonio, que en su dolor, aún permanecia junto á Blanca sin lágrimas y sin voz.

—Es mia, decia Luis con desesperacion y poniéndose delante de Blanca, como para defenderla; es mia, mia, y no me la robarás como me has robado su vida.

El médico que yo habia hecho llamar para Blanca llegó entónces, y al ver á Luis, al observarle atentamente, nos dijo que el desgraciado estaba loco.

Despues que sostuvimos con él una lucha tenaz para hacerle abandonar aquel sitio, lo que sólo hizo cuando le aseguramos que Blanca lo esperaba, volvimos para hacer que Antonio lo abandonase tambien.

Ah! no puedo continuar tan dolorosos detalles!...

Antonio ha estado algunos dias entre la vida y la muerte, víctima de un ataque cerebral.

Al fin, hoy fuera de peligro, puede su pobre madre hallar alguna calma, y todos los que le queremos como merece, no aumentar con la tristeza de su pérdida, la que ya llena nuestro corazon.

Luis continúa privado de razon, pero hay esperanzas de vencer su mal ántes de que tome más grandes proporciones.

Como estaba en Nápoles solo, como era desconocido, nosotros hemos atendido á cuanto ha necesitado, y perfectamente asistido creemos que se salvará.

En la semana próxima partimos para

España; el cadáver de Blanca embalsamado nos acompaña, y será depositado en la capilla que ella hizo construir en nuestra quinta de la Vega, porque así lo quiere Antonio.

¡Cuánta tristeza en este viaje en que volvemos sin la que tanto amábamos!

Era una bella flor que envió su perfume al cielo, y sus restos quedan como el cáliz marchito por la muerte al exhalar su primera esencia virginal.

Ha muerto á los 17 años, cuando empezaba su vida, cuando era amada de cuantos la conocian!...

Yo no culpo á Luis, que es acaso el más desgraciado; pero ¡cuántos males hubiera evitado sin su fatal ligereza! Si Luis hubiera podido dominar la impetuosidad de sus sentimientos, si ántes que el delirio de ellos hubiera escuchado la voz de la razon, ni Blanca hubiera muerto por su amor, ni él estaria loco, solo y enfermo en un hospital de Nápoles!

Ah! cuán cierto es que la pasion que ciega, que arrastra, que envuelve en un torbellino de sombras la luz de la razon y la anula, no puede producir más que desdichas y desastres.

Muy pronto nos veremos en Madrid; María no está buena y quiero que deje para siempre estos sitios que tan tristes recuerdos despiertan en su alma.

La condesa y Antonio se quedan; éste, generoso siempre, no quiere abandonar á Luis, y su madre tampoco quiere separarse de él.

Adios, Cárlos, tú cuidarás de prevenir el ánimo de tu esposa para que sufra ménos con la pérdida de la que la llamaba su hermana, y comprenderás el inmenso dolor que llena el corazon de tu amigo

MANUEL.

CARTA LI.

Antonio á José María.

Nápoles, Mayo, 186....

No puede llamarse vida al soplo que nos alienta cuando el corazón está muerto en el pecho, cuando al avanzar en el porvenir no vemos en él ni un solo rayo de esperanza. La vida cuando todo ha acabado para nosotros es una cadena insoportable que retiene al alma léjos del lugar á donde ansía volar.

Dios ha querido que mi alma se disuelva en llanto, y ha dado sin embargo fuerzas al frágil vaso en que se encierra para no romperse en esta prueba suprema.

¡Qué largas, qué oscuras son las horas de dolor!...

¡Qué agonía se apura en esos instantes que parecen suspendidos sobre nuestro pen-

samiento, que no pasan nunca, que flotan como una bruma densa y pesada por encima de nuestra razón!

El tiempo adormece el dolor, pero al calmar su delirio lo hace más intenso, lo gradúa; como no pueden apreciarse á primera vista todas las bellezas de un paisaje, no pueden sentirse en el primer momento del dolor todas las amarguras de él.

Si en la primera desesperación se absorbera toda la agonía del alma!

¡Pero cuántos detalles que martirizan lentamente, cuántos recuerdos que levantan en tropel todos los dolores que se habían adormecido en el corazón cansado!...

—Vámonos de aquí, me dice mi buena mamá; estos recuerdos te matan.

—¿A dónde iremos, la digo yo, que no lleve su memoria conmigo?

No puedo tampoco abandonar ahora estos sitios.

A más de hallar en ellos algo del espíritu de Blanca, que mi corazón aspira, hay un sagrado deber que me retiene en ellos.

Luis está loco: ¿podría yo abandonar al que ella amaba, solo, desconocido y en tan lamentable estado?

Ah, no! Aunque Luis no fuese mi amigo, yo no le abandonaría.

En los primeros dias, cuando enfermo yo no sabia ni aún si existia, le llevaron á una casa de salud; pero despues le he hecho trasladar á mi lado, y acaso mis cuidados le devuelvan la razon.

He adquirido esta casita donde vendré cada año á recordar á Blanca, en el mismo sitio en que murió, y en el que nada se ha cambiado; aquí podré orar por ella, aquí veré lo que sus ojos contemplaron en la última mirada, y aquí creeré hallar en las áuras el perfume de su aliento.

La locura de Luis es tan tranquila, tan dulce, que no inspira sino tristeza.

Consiste en hablar siempre con Blanca; en pedirla perdon unas veces, en asegurarle su amor otras.

Al principio sufría yo un tormento infinito, pero despues hallo como un triste consuelo en oír constantemente ese nombre tan querido.

Tiene momentos lúcidos, en que su razon parece romper las tinieblas que la envuelven para irradiar un reflejo de brillante luz; pero pasan, y vuelve desgraciadamente á su oscuridad.

Sin embargo, hay muchas esperanzas de salvarle; segun los médicos, parece que no

hay una lesion grave, y sólo se trata de una perturbacion que puede ceder.

De todos modos volverá conmigo á España y será siempre mi hermano de corazon.

Los hermanos de Blanca partieron ya; querian huir de estos sitios... ah! huyen del dolor que ellos les inspiran, y yo viviria constantemente allí donde todo me hablara de ella, allí donde el eco me fingiera su voz, allí donde el cielo me reflejase su imágen!...

¡Cuánto la amaba yo!

Ellos al sorprender en el delirio de Blanca el secreto de su corazon, miraban á Luis casi con ódio... Yo le amo por su amor, y creo que el alma pura de Blanca me sonrie desde el cielo al ver cómo consagro mi vida al que era la suya!

Tambien *ella* me espera en España, y eso es lo único que me llama allí. Quiero vivir junto á su sepulcro, orar de rodillas ante él y ofrecerle cada dia una corona de flores. ¿Sabes cómo alcanzaré este aislamiento que anhelo?

Me haré sacerdote, consagraré á Dios mi vida tan vacía y tan oscura y El la llenará con la luz de su amor.

Iré á vivir aquella casa de campo que perfuma su recuerdo, y cada dia mi oracion subirá al cielo por ella en aquella capilla que revela al mismo tiempo su genio y su piedad.

Ante aquel cuadro admirable á que su pincel dió vida, mi alma hallará el espíritu de pureza y amor que la elevará hasta Dios.

Manuel me ha cedido esa quinta que habia regalado á Blanca, y sólo asegurándole que de otro modo no la admitiria, he podido obligarle á que acepte en cambio mi casa de Madrid.

En medio del inmenso dolor de mi alma tengo el consuelo de conservar todo lo suyo, que nadie puede arrebatarme.

Pendiente de una cinta negra llevo siempre en mi pecho una pequeña llave de plata: ¿adivinas lo que se guarda con ella?... Tengo tambien sus cabellos, sus magníficos cabellos negros que mi madre recogió.

Un anillo de oro liso en que está grabado su nombre, que ella llevaba siempre en su mano izquierda, sus dibujos, todo lo suyo en fin.

Tengo ¡ah, ese es un tesoro! un pequeño álbum en que ella dibujó para mí, un dia

en que muy enferma ya, alucinada por no sé qué fascinación extraña me dijo palabras de amor que me hicieron enloquecer...

Cada día paso algunas horas en el gabinete en que murió, cerrado para todos, pues quiero que quede para siempre tal como estaba aquel día.

¡Quién puede expresar lo que yo siento cuando solo, de rodillas en aquel nido vacío dejo hablar mi corazón!

Allí hay un magnífico retrato de Blanca que nadie ha visto, pues cuando vivía sola conmigo lo mandé yo hacer á uno de los mejores pintores de Nápoles, que pudo bosquejarlo contemplando á Blanca en el balcón, donde cada tarde pasaba algunos momentos.

Con él cuentan los médicos para en un momento favorable hacer á Luis volver de su letargo.

A veces cuando le veo fijar su mirada en un punto del espacio donde cree ver á Blanca, y hablarla con pasión, con éxtasis, le envidio esa muerte moral que se llama locura, porque él no sufre, no recuerda y la vé en su pensamiento.

Hay aquí un sér que sufre casi tanto como yo: mi madre.

Si no fuera por ella yo hubiera muerto también!

Qué incansable en sus consuelos, en sus cuidados!

Con cuánta delicadeza, que sólo inspira el cariño, dulcifica en mi corazón sus pesares! cómo le hace aspirar en sus palabras la resignación y la calma!

Cuando la he dicho mi resolución de hacerme sacerdote no se ha opuesto, sólo me ha contestado con lágrimas en los ojos:

—Eres el último de tu nombre.

—¿Y qué importa un nombre á que sólo dá valor la vanidad humana, madre mia? la he dicho yo; además el último sería siempre, porque yo no daré á ninguna mujer el nombre que llevó ella.

Mi madre ha accedido á todo; ah! cuánta ternura, cuánta abnegación, qué aptitud para todo sacrificio encierra siempre el corazón de una madre!...

En todos los males de la vida, en todos los pesares, encontramos su apoyo.

Si sufrís, comparted vuestra pena y la mitigad; si gozáis hace más grande esa dicha con la que ella siente.

Bendito sea su corazón que ha puesto Dios como un oasis de cielo en el desierto de mi vida.

Pronto volveré á España: quiero velar ante el sepulcro de Blanca; quiero que vea desde el cielo, que si su sombra se fué su alma es siempre amada, su alma vive en la mia, y su memoria en mi memoria.

No olvides á tu desgraciado amigo,

ANTONIO.

EPILOGO.

I.

Manuel á María.

Vega de Granada, Abril, 186...

Siento de todas veras, mi amada María, que el temor de sufrir mucho con tus recuerdos en estos sitios, te haya impedido acompañarme, pues indudablemente habria gozado tu corazon ante la escena conmovedora que he presenciado yo.

Ayer ha dicho Antonio su primera Misa en la capilla de Blanca—así la nombra él—y tanto su madre como sus hermanas, algunos amigos y yo, hemos derramado lágrimas al recibir la bendicion del que en la aurora de la vida se aleja voluntariamente de todos sus goces, para vivir junto á un sepulcro, con el pensamiento fijo en el cielo.

Antonio no es ya el joven apasionado y vehemente que tú conocías.

En los tres años que han pasado desde que Blanca murió, su carácter ha cambiado como su semblante y como su corazón.

Se ha hecho grave y reflexivo; la expresión de melancólica tristeza que el pesar ha impreso en su rostro, le presta esa actitud silenciosa y contemplativa que tan bien se adapta á su traje de sacerdote católico.

Ha crecido algun tanto, está pálido siempre, y en sus ojos, en sus hermosos ojos dulcemente tristes, hay como un brillo de lágrimas, reflejo acaso de las que se ocultan en su corazón.

—Mi mundo es este, nos decía; nada veo, nada quiero ver más allá de estos jardines que aún conservan la huella de sus plantas.

Aquí todo me habla de ella, todo guarda algo *suyo*: léjos de estos recuerdos queridos, estaria solo y faltaria el aliento á mi corazón.

¡Cuánto la amaba!...

Lástima que una adoración tan grande no fuese correspondida, y acaso ni aún se comprendió.

Lástima que Blanca no pudiera vencer el recuerdo fatal de Luis, y viviria rodeada de una felicidad celestial!

Mucho ha herloseado Antonio estos sitios, en los que la primavera extiende su manto de flores.

Los jardines están encantadores; los cenadores convidan al descanso y la meditacion con el rumor de sus fuentecillas y su sombra fresca y perfumada.

En la casa nada ha cambiado apénas.

El piano, que Antonio toca con maestría, está en el mismo sitio, y aún se ven sobre él algunos cuadernos de música que Blanca estudiaba.

Antonio me ha llevado al *nido* de Blanca, cuya llave conserva como el avaro la de su tesoro.

Todo está como nuestra pobre niña lo tenia; la paleta que apénas podia sostener su delicada mano; los pinceles que la servian; sobre el velador un álbum que dejó abierto por la página que acababa de escribir; las flores que ella puso en los jarrones por la última vez y que ya están marchitas; sobre un sillón un lazo que aquel dia llevaba en el cabello... Allí hay tambien algo nuevo; un magnífico retrato

de Blanca que Antonio hizo pintar en Nápoles.

Es de tamaño natural, y le sirve de fondo el cielo azul, límpido, purísimo de la tarde.

Blanca está al balcon, apoyada sencillamente sobre su barandal, y dejando vagar sus miradas sobre las olas del golfo que se ven á lo léjos.

El retrato es una obra del arte; el edificio en que Blanca aparece se destaca de una manera vigorosa sobre el fondo azul lleno de ambiente, de ligereza, que parece dilatarse en el vacío y que copia el espacio.

La figura poética y bellísima de tu hermana, absorbe, por decirlo así, toda la luz de aquel cuadro, y parece iluminada por un reflejo celestial.

Los vaporosos pliegues de su traje blanco tienen una soltura tan natural, que aún se les cree ver agitados por la brisa de Nápoles, como sus sueltos rizos, que tan dulce expresion daban á su rostro.

—Me permitirás que me saquen una copia de él? He preguntado á Antonio.

—Para qué, me ha dicho; te acostumbrarias á ver su imágen y la verias sin

emocion; es mejor que la guarde yo solo.

No he querido insistir, porque se oculta un sentimiento delicadísimo en lo que á primera vista parece egoísmo.

Tambien tiene aquí sus cabellos, que forman un soberbio lazo de ébano, guardado entre dos cristales que cierra un marco de oro.

¡Cuán tiernamente es guardado todo lo suyo!...

Consuela ver que para este noble corazón la muerte es una separacion no eterna, y ocupa las horas de ausencia con los recuerdos del pasado!...

Ah! Si Blanca lo vé desde el cielo, si el alma por sí sola siente tambien pasiones, el alma de Blanca le amará al verle tan noble y generoso.

Hace dos años volvió de Italia: ¿sabes lo que hizo en el año que pasó allí?

Cuidar y consolar al que le habia robado toda la dicha de su vida; volver la salud y la razon al que habia sido la causa de todas sus penas, al que no sólo tenia el amor de su esposa, sino que vino á recibir su último suspiro... ah! que apénas se comprende un alma tan grande, que olvide y perdone tanto sufrimiento!...

Pasados dos dias volveré á Madrid; la condesa y sus hijas marchan tambien; Antonio queda solo, pero no; el que tiene un corazon como el suyo no lo está jamás, le acompaña su propia grandeza; hoy es la providencia de los pobres que busca y consuela con inagotable caridad.

—Pedid por Blanca--les dice--y el nombre de su esposa es bendecido por todos estos sencillos corazones.

Voy triste, sí, pero lleno de consuelo al ver estos rasgos de piedad y amor que refrescan el alma.

Adios, María mia, hasta muy pronto que tendrá el gusto de abrazarte tu

MANUEL.

II.

Antonio á Luis.

Vega de Granada, Abril, 186...

He sabido, mi querido amigo, que has vuelto á España, y me apresuro á escribirte.

Ya he visto realizados mis deseos; ya soy sacerdote, y puedo vivir con el alma fija en Dios, y el corazón lleno de su recuerdo.

Nada vendrá á alejarme de *ella*, y cada día subirá al cielo mi oración, llevándole la esencia de mi alma.

Creo que tú tienes casi un derecho á compartir el cuidado de su sepulcro, á vivir donde está ella, y hé aquí lo que voy á ofrecerte, ó más bien á suplicarte.

Puesto que dejaste tu carrera, y nada te retiene en ese mundo, de que yo estoy tan

léjos, vente á mi lado á compartir y dulcificar mi soledad. Viviremos como hermanos, juntos recorreremos estos sitios que el recuerdo de Blanca perfuma, juntos hablaremos de ella; unidas se elevarán ante el altar nuestras oraciones, y cuando la luz del Sol se apague, cuando sus últimos reflejos hieran los cristales del *mirador de Blanca*, dejando pasar á traves de ellos el vacilante y vago fulgor del crepúsculo, iremos ambos á mirar su retrato de rodillas, á sentir el éxtasis que su imágen despierta.

Aquí hay, para los corazones que la amaban, tesoros de inestimable valor; aquí se puede orar ante la creacion sublime de su genio, ante la imágen de la Concepcion que trazó su pincel como entónces la soñaba, y como acaso la vé hoy.

En esta capilla que ella deseaba tanto, que tiene el sello de su talento y de su buen gusto, hay dos sepulcros á ambos lados del altar.

De mármol blanco y de una forma sencilla, parecen más bien que sepulturas, ornamentos que embellecen el oratorio.

En uno se lee este nombre en letras de oro: Blanca. El otro está vacío; me espera á mí.

Un ángel de alabastro de rodillas sobre él, en aptitud de llorar, sostiene en una de sus manos extendida, una corona de flores naturales.

Todos los días se renueva, y yo guardo las que sobre su sepulcro se marchitan como si me tragesen algo de su espíritu.

Cada mañana recorro los jardines, y las flores más bellas, las que recuerdo que le gustaban más, las corto para su corona.

Los primeros días, mi corazón se llenaba de lágrimas, al entrelazar las flores que habían de adornar su sepulcro; pensaba en que acaso aquella misma rama le había dado flores en otro tiempo para sus cabellos ó su pecho; á veces mi llanto, que no podía contener, caía como un rocío del corazón sobre sus hojas...

Hoy gozo al ocuparme de ello, y por nada del mundo permitiría que tocasen manos extrañas mi perfumada ofrenda.

Cuando al separar la guirnalda marchita han caído algunas de sus hojas sobre el mármol en que está grabado su nombre, las guardo como una preciosa reliquia y las llevo sobre mi corazón.

Si tú vienes á mi lado, tendrá dos coronas en vez de una, y su alma pura son-

reirá en el cielo al ver unidos á los que tanto amó; porque el corazon puede encerrar sentimientos muy distintos, y si el amor de su corazon grande, exclusivo, eras tú, el amor puro y casto de su alma era todo para mí.

Ven, pues, hermano mio, ya que nuestros nombres se unieron, se confundieron en su pensamiento, que se unan tambien y se confundan en una nuestras oraciones por ella.

Te espera tendiéndote los brazos, tu amigo,

ANTONIO.

III.

Luis á Antonio.

Málaga, Mayo, 186...

Tu noble carta me ha conmovido profundamente, y no me sorprende, porque quien conoce la grandeza de tu corazón, quien debe á tu generosidad la razón, la salud y la vida, no puede extrañar, que te muestres tal cual eres en una carta como la tuya.

No sólo olvidas para ser mi amigo que mi insensatez, mi ligereza, mi debilidad, pudieron ser la causa de su muerte, sino que llamándome hermano y tendiéndome los brazos al darme este dulce nombre, me ofreces compartir contigo esa soledad que ilumina como un reflejo de su sér, y esos cuidados que son hoy el único consuelo de tu corazón.

Gracias, Antonio, gracias; cuánto cariño, cuánta admiración puede abrigar un corazón que como el mío está herido de muerte, son para tí.

Yo acepto, sí, con gratitud el nombre de hermano que me das, y con este nombre te pido desde lejos tu bendición... y tu perdón también.

Yo no puedo ir á tu lado; no tengo el valor, la abnegación que tú.

A pesar de que hoy eres el único afecto de mi alma, no podría verte junto á su sepulcro sin un sentimiento de amargura; no podría recordar sin desesperación que tuyos fueron sus últimos días, y no quiero ser ingrato contigo, á quien tanto debo.

Además no creo que podría besar el mármol de su sepulcro, sin que mi corazón se rompiera, ó sin que me abandonara de nuevo y para siempre mi razón.

Tú que guardas en tu corazón como un tesoro tus recuerdos y tu fé, puedes aceptar esa vida contemplativa y purísima, que se apoya en el pasado y vuela hasta el porvenir sin fijarse en el presente; pero yo, con el corazón vacío, yo á quien abrumba la vida como una carga insostenible, necesito emociones candentes que me hagan olvi-

dar, que agitando constantemente y de una manera poderosa mi corazón, me oculten la pura y santa imagen que vive grabada en él.

Tú mereces más que yo el vivir á la sombra de su sepulcro, el esperar que él sea la escala santa que te eleve al cielo; tú, cuya alma aunque dolorida guarda los tesoros de la juventud; cuyo pensamiento fresco y poético si ha visto pasar sobre él las sombras del dolor ha visto también disiparlas el rayo celeste de la resignación y la esperanza; tú que dominando tus sentimientos has sabido hacer de lo más triste lo más santo, vive sólo sonriendo á su sombra querida.

Las flores que yo la ofreciera irían ya marchitas por el contacto de mis manos... llévaselas tú que las perfumas con llanto de tu corazón. Además yo no podría sufrir esas largas horas de la vida del campo.

Yo necesito pasarlas en el olvido, aturdiéndome para engañar la realidad.

Yo maldigo la lentitud desesperante de los momentos que se me hacen eternos, porque yo quisiera vivir mucho para morir pronto.

Tú no sabes cómo á cada instante siento

yo brotar en mí nuevos dolores, mayor desesperacion, como si á cada paso que doy en la vida se ensancharan ante mí horizontes de amargura que yo desconocia.

Y es que la primera ilusion al desvanecerse aún deja sávia en el alma, pero la última todo lo lleva en pos de sí.

Además, Antonio, tú no has pensado quizá, al dejarte guiar por tu generoso corazón, que en esos sitios pasaron los únicos dias felices de mi vida, que en ellos me amó Blanca...

Cómo podria yo verlos de nuevo, solo, y llevando en mi corazón—sepulcro de mis esperanzas—su recuerdo!

Ah! no! mi alma se romperia al oir esos rumores que me trasmitian ántes los ecos de su acento, al aspirar esas brisas ménos puras que su aliento que entónces dilataban, al ver la luz que iluminaba su frente.

He tenido valor para vivir en Nápoles, viendo constantemente el sitio en que murió, pues tú llevando la generosidad hasta lo sublime, quisiste dejarme en tu casa; pero no lo tendria para ver de nuevo á los mudos testigos de mi felicidad.

Allí me la fingia mi deseo, triste, doliente, la veia morir y mi corazón hallaba

fuerzas en lo intenso de su dolor... ahí la vería hermosa, sonriente, feliz... me diría á mí mismo que yo había sido el que con mi insensato amor había apagado la luz de aquella vida y no podría sufrir mis propios pensamientos.

Tú no sabes cómo aún amo yo su memoria... mi dolor es también más vivo, más reciente que el tuyo, pues la locura que ha cubierto por un año de sombras mi razón, me ha impedido sentir!...

Ay! acaso hubieras hecho mejor en dejar al pobre loco entregado á sí mismo, y no hubieras despertado su corazón á los dolores que hoy siente!...

He vuelto á España para arreglar aquí asuntos é intereses de familia, y en breve voy á marchar á América.

Allí los españoles luchan por el honor de su patria, allí mueren defendiendo la integridad de esta nación de héroes... yo voy también como voluntario á luchar contra los filibusteros que la amenazan y la ofenden.

No quiero contigo hacer alarde de patriotismo, ni de esa noble ambición que en otro tiempo henchía mi alma de entusiasmo; no, en mi corazón no cabe hoy más

que una pasión, en mi pensamiento no brota más que una idea.

Quiero morir, y voy á buscar la muerte combatiendo con los enemigos de mi patria: esto es todo.

El suicidio me repugna; es como una indigna cobardía; yo no me mataré, pero haré que me maten.

Tu alma recta y noble rechazará esta idea, pero yo no puedo soportar la vida.

Sin ella falta la luz á mi alma, y hasta el aliento á mi sér...

Adios, Antonio, hermano mio, ya no nos veremos más; seas mil veces bendito por el bien que me has hecho, y por el amor que la tuviste.

Piensa en mí ahí donde fuí tan feliz, y no me culpes si cambié en pesares tanta dicha.

Donde quiera que esté, su memoria y la tuya vivirán unidas en mi corazón.

Adios, adios; si no vuelves á recibir noticias mías, une á tus oraciones por Blanca una oración por tu desgraciado amigo

LUIS.

FIN.



ÍNDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
DEDICATORIA	3
CARTA I.—Blanca de Osuna á Gloria G. de Guzman	5
II.—Luis de la Roca á Antonio Mendoza.	13
III.—Gloria á Blanca	20
IV.—La Marquesa de la Vega á Isabel de Leon	26
V.—Antonio á Luis	33
VI.—Blanca á Gloria	40
VII.—El Marqués de la Vega á Cárlos de Guzman	52
VIII.—Luis á Antonio	59
IX.—Gloria á Blanca	67
X.—Cárlos de Guzman á Luis de la Roca	74
XI.—Antonio á Luis	82
XII.—Blanca á Gloria	89
XIII.—Cárlos á Manuel	99
XIV.—Antonio Mendoza á José M. ^a de Leon	108

	PÁGINAS
CARTA XV.—Gloria á Blanca	116
XVI.—Isabel de Leon á la Marquesa de la Vega	122
XVII.—Blanca á Gloria	128
XVIII.—Luis á Antonio	135
XIX.—Antonio á Luis	148
XX.—José M. ^a de Leon á Antonio Mendoza	154
XXI.—Antonio á la Condesa del Valle .	157
XXII.—La Marquesa de la Vega á Isabel de Leon	160
XXIII.—La Condesa del Valle á los Mar- queses de la Vega	165
XXIV.—La Condesa á Antonio.	167
XXV.—Antonio á Luis	173
XXVI.—Gloria á Blanca	180
XXVII.—El Marqués de la Vega á Carlos.	185
XXVIII.—Antonio á José Maria de Leon .	188
XXIX.—Blanca á Gloria	192
XXX.—Blanca á Luis.	200
XXXI.—Luis á Carlos.	204
XXXII.—Luis á Antonio	209
XXXIII.—Gloria á Blanca	215
XXXIV.—Antonio á la Condesa del Valle .	222
XXXV.—José María á Antonio.	229
XXXVI.—Blanca á Gloria	233
XXXVII.—María á Blanca	239
XXXVIII.—Antonio á Luis	245

PÁGINAS

CARTA XXXIX.—El Marqués de la Vega á los Condes del Valle.	250
XL.—Cárlos de Guzman á Luis de la Roca	255
XLI.—Gloria á Blanca	261
XLII.—El Conde del Valle á José María de Leon	266
XLIII.—Luis á Cárlos.	275
XLIV.—La Condesa V. del Valle á su hijo Antonio	281
XLV.—Blanca á Gloria	285
XLVI.—Antonio á Manuel	295
XLVII.—Luis á Cárlos.	301
XLVIII.—La Condesa V. del Valle á Gloria de Guzman.	309
XLIX.—María á Manuel	313
L.—El Marqués de la Vega á Cárlos de Guzman	322
LI.—Antonio á José María	331
EPÍLOGO.—I.—Manuel á María	339
II.—Antonio á Luis	345
III.—Luis á Antonio	349

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

POESÍAS.

El héroe de Santa Engracia (Poema histórico.)

Guirnalda de pensamientos (Poesías líricas.)

Recuerdos de un ángel (Elegías.)

El mayor castigo (Leyenda dramática.)

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

La catedral de Sevilla. | *El alcázar de Sevilla.*

ESTUDIOS HERÁLDICOS.

La nobleza española.

NOVELAS.

El testamento de un filósofo, primer volumen de la Biblioteca, 8 rs.

Las almas gemelas, segundo volumen, 8 rs.

La Botella Azul, tercer volumen, 8 rs.

Romances y poesías, cuarto volumen, 8 rs.

Cadenas del corazón, quinto volumen, 8 rs.

El odio de una mujer, sex-

to volumen, 8 rs.

El capricho de un lord, dos tomos, ó sean volúmenes 7.º y 8.º, 16 rs.

El secreto de un crimen.

Las apariencias.

Desde Cádiz á la Habana.

Dos minutos.

Fragmentos de un álbum.

La sierra de Córdoba.

Dos hermanas.

La muerta y la viva.

CÁDIZ.

Revista de artes, letras y ciencias, ilustrada con grabados y redactada por los primeros escritores españoles y americanos.—Se ha publicado los días 10, 20 y 30 de cada mes, bajo la dirección de su propietaria Patrocinio de Biedma. Hay coleccionados cuatro tomos, correspondientes á otros tantos años de su publicación.—Se halla de venta la colección de cada año al precio de 25 pesetas.—Número suelto una peseta.